

«JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 13.1—15.11)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 24, N.º 9

JUAN 13.1—15.11

**Autor:
David Lipe**

El lavado de los pies
de los discípulos
(13.1–17) 3

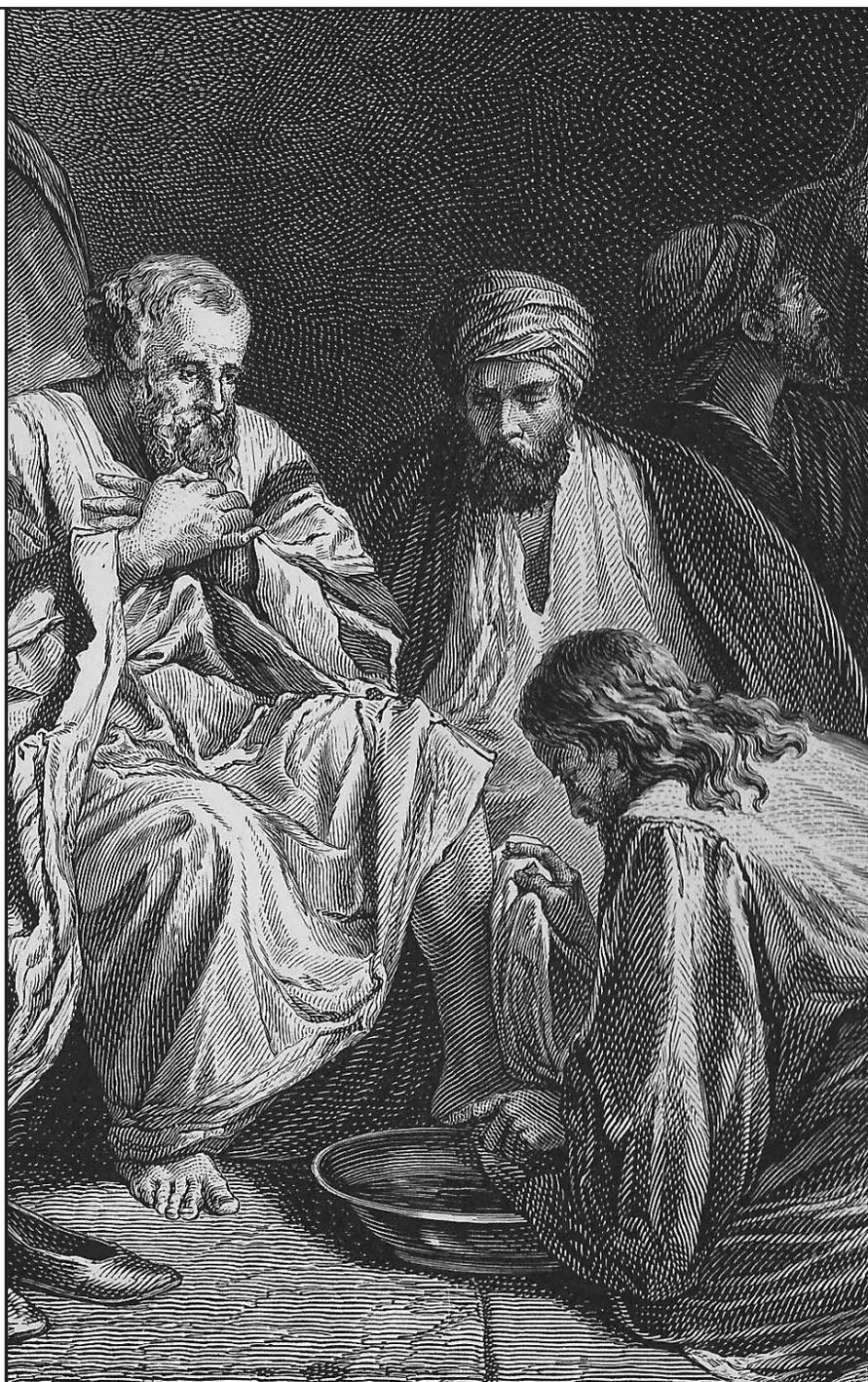
La traición de Jesús es
anunciada y un nuevo
mandamiento es dado
(13.18–38) 11

Jesús, el Camino,
la Verdad y la Vida
(14.1–14) 27

Jesús promete enviar
el Espíritu
(14.15–31) 36

La vid y
los pámpanos
(15:1–11) 46

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



El Evangelio resumido

Quizás el versículo más ampliamente citado en el Nuevo Testamento es Juan 3.16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Probablemente, esta declaración, más que ninguna otra, les brinda consuelo a personas que deseen ser salvas.

¿Por qué el versículo significa tanto para muchos de nosotros? Sin duda, merece su popularidad porque resume muy bien el evangelio. Ningún versículo puede hacer justicia a toda la gama de verdades que se enseña en la Biblia; ningún versículo puede siquiera contener todos los elementos importantes del evangelio. Sin embargo, el versículo podría acercarse más que ningún otro a presentar las verdades más vitales del evangelio en el espacio más corto. Consideremos algunas de esas verdades mientras estudiamos este «resumen del evangelio» que se proporciona en Juan 3.16.

1. *La existencia de Dios.* El versículo presenta el hecho de que Dios es. «Porque de tal manera amó Dios al mundo...» (énfasis añadido). Sin Dios, no podría haber evangelio, ni buenas nuevas. Sin creer en Dios, esto es «que le hay, y que es galardonador de los que lo buscan» (He 11.6) no se puede ser salvo.

Podríamos enfatizar tanto la participación del hombre en su propia salvación que comenzamos a pensar en el evangelio como una actividad centrada en el hombre. ¡No debemos cometer tal error! El evangelio comienza con Dios, con el hecho de Su existencia, con Su naturaleza y con Su iniciativa. Todo lo que tenemos que hacer para ser salvos es simplemente dar una respuesta a lo que Dios ya ha hecho.

2. *El amor de Dios.* El versículo luego presenta el amor de Dios. «Porque de tal manera amó Dios al mundo...» (énfasis añadido). No es suficiente, si lo que queremos es entender el evangelio, que sepamos que Dios existe. También tenemos que entender que Dios nos ama. ¡Le ama a usted y a mí! Fue gracias a Su amor que inició el plan que puso a disposición

la salvación. Decir «de tal manera amó Dios» es otra manera de enfatizar que somos salvos por gracia (Ef 2.8, 9) y por la misericordia (Tit 3.5). La salvación no nos es dada debido a nuestra propia bondad o buenas obras, sino únicamente debido al interés, el amor, la misericordia y la gracia de Dios.

Tal vez lo más notable de este versículo es la frase «de tal manera»: «*de tal manera* amó Dios...» (énfasis añadido). Este versículo no sólo dice que Dios nos ama, también dice cuánto nos ama Dios. Todos estamos interesados en «cuánto». Cuando un hombre le dice «te amo» a una mujer, esta podría estar inclinada a preguntarse: «¿Cuánto?». Si él olvida que se suponía que la había de visitar o llega tarde, o si está pasando tiempo con otras mujeres, ella concluirá que él no la ama mucho (si es que la ama). Del mismo modo, en vista de que Dios ha dicho: «Te amo», es natural que preguntemos: «¿Cuánto?». Dios nos dice aquí, diciendo, en efecto: «¡Te amo en la medida en que te di a Mi único Hijo para que muriera por ti!». ¡Dios nos ama así de mucho!

Amigo, le amo; sin embargo, no creo que le ame tanto. Incluso podría morir por usted yo mismo; pero tengo un hijo que adoro demasiado, y no creo que pueda someterle a morir una muerte cruel para salvar su vida. ¡Podría pedirme muchos favores, pero por favor no me pida que haga eso! Sin embargo, es exactamente lo que Dios hizo por usted y por mí: Nos amó tanto que dio a Su único Hijo para sufrir la muerte más cruel que nos podemos imaginar, y así poder tener vida eterna.

3. *La universalidad del evangelio.* El versículo también presenta la universalidad del evangelio. ¿A quién amó Dios? «Porque de tal manera amó Dios al mundo...» (énfasis añadido). «El mundo» no es el mundo natural, ni es el pecado que se encuentra en el mundo. «El mundo» son las personas que habitan el planeta. Dios amó a las personas del mundo.

¿Qué personas? Una respuesta podría ser
(Continúa en la página 51)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

El lavado de los pies de los discípulos

(13.1–17)

La primera mitad del evangelio de Juan describe una serie de señales realizadas por Jesús durante Su ministerio. Por esta razón, a la primera sección de Juan se le ha llamado «El Libro de las Señales». El capítulo 13 comienza la segunda sección del relato del evangelio y se le ha llamado apropiadamente «El Libro de Gloria»,¹ ya que se refiere a la revelación de la gloria de Jesús. En los capítulos 2 al 12, Juan registró varias señales y luego narró el significado de estas señales en los discursos posteriores. Ahora el orden se invierte. La explicación se da en los capítulos 13 al 17, seguida de la más grande de todas las señales: la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, que reveló Su verdadera gloria.

El ministerio público de Jesús, que abarca aproximadamente tres años y se registra en 1.19–12.50, ya había terminado. Tras la oposición de los líderes religiosos y la súplica de Jesús en el capítulo 12, llegó la última semana en Jerusalén. Jesús estaba solo con Sus discípulos y sabía que moriría al día siguiente, sin embargo, los discípulos parecían estar más preocupados por sí mismos (vea Mt 20.20–28; Mr 10.35–45; Lc 22.24–27). Aparte de unas pocas palabras a los que arrestaron a Jesús y a los que le interrogaron, Juan no contiene nada más de lo que Jesús les dijo a las multitudes. El resto del relato del evangelio se refiere a las últimas palabras de Jesús al círculo íntimo de Sus discípulos, Su gran oración intercesora y los acontecimientos que rodearon Su muerte. Los capítulos 13 al 17 constituyen una unidad grande restringida a una noche y centrada únicamente en Jesús y los Doce. El discurso de estos capítulos contiene gran cantidad de instrucción dada por Jesús a Sus discípulos que no se encuentra en

los Evangelios Sinópticos. Esta fue la noche antes de la crucifixión de Jesús.

De los relatos paralelos, se desprende claramente que Jesús comió una comida final con los discípulos en un aposento alto, momento en el que instituyó la Cena del Señor. Sin embargo, Juan no menciona la Cena del Señor, una omisión que ha generado mucho debate entre los eruditos. Algunos han tratado de encontrar enseñanza en cuanto a la Cena del Señor en Juan 6 (vea comentarios sobre 6.51–58), sin embargo, no tiene un fundamento firme. Puede que no haya sido necesario que Juan se refiriera a la Cena del Señor porque el libro fue escrito a finales del siglo primero y los demás relatos del evangelio ya se habían referido a ella ampliamente. Para el momento de la escritura de Juan, todos los primeros cristianos habrían estado familiarizados con la celebración de la Cena.

EJEMPLO DE AMOR Y HUMILIDAD DE JESUS (13.1–11)

¹Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. ²Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, ³sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, ⁴se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. ⁵Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. ⁶Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? ⁷Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes

¹ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii)* (*El Evangelio según Juan [i–xii]*), The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), cxxxviii.

ahora; mas lo entenderás después. ⁸Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. ⁹Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. ¹⁰Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. ¹¹Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Versículo 1. El capítulo comienza con otra nota de tiempo: **Antes de la fiesta de la pascua.** Esta notación no es tan precisa como algunas otras en el libro y ha sido un tema de debate entre los eruditos. La fiesta de pascua comenzaba «el decimoquarto día del mes [Nisán] en el crepúsculo» (Lv 23.5). La fiesta se extendía hasta la noche (Ex 12.8; 2º Cr 35.14) del nuevo día de Nisan 15, según el calendario judío (con cada día comenzando a la caída del sol). Este fue también el comienzo de la fiesta de siete días del pan sin levadura (Lv 23.6).

Los Evangelios Sinópticos enseñan que Jesús y Sus discípulos celebraron juntos la pascua (Mt 26.17–30; Mr 14.12–26; Lc 22.7–39). Según el calendario judío, habría sido justo en la transición del jueves por la noche al inicio del viernes, es decir, después de la puesta del sol. Sin embargo, la nota de tiempo de Juan 13.1 y otras referencias en Juan han convencido a muchos comentaristas de que Juan entendió que la «última cena» tuvo lugar la noche anterior, el miércoles por la noche (vea 13.29; 18.28; 19.14, 31, 42). Este cálculo coloca la crucifixión el jueves por la tarde, cuando los corderos de la pascua estaban siendo sacrificados en el templo en preparación para la fiesta de pascua que se acercaba. Tal entendimiento hace que Juan entre en conflicto con los relatos sinópticos en términos de cronología. Se han dado varias respuestas a este problema. Algunos eruditos, como J. H. Bernard, han sostenido que en vista de que los demás relatos tienen tales dificultades, la narrativa de Juan es preferible.² F. F. Bruce pensó que «una digresión separada» sería necesaria para conciliar la cronología de la pasión de Juan con la de los Evangelios Sinópticos, pero luego resumió su punto de vista. Concluyó que, si bien la narración

²J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 1:civii. Esto parece totalmente inaceptable, dado que todos los relatos están inspirados por Dios y, por lo tanto, no pueden ser inconsecuentes entre sí.

de Juan se basa en «la fecha oficial del templo para la pascua», Jesús y Sus discípulos tal vez seguían otro calendario y celebraron la fiesta antes.³

La solución más plausible es sostener que los Evangelios Sinópticos están correctos en su cronología y que la frase «Antes de la fiesta de la pascua» debe entenderse en referencia a la narración inmediatamente siguiente, a saber, el lavado de los pies de los discípulos. Las palabras iniciales de Juan no deben entenderse como una referencia a todo el discurso que Jesús tuvo con Sus discípulos, abarcando los capítulos 13 al 17, sino sólo como una introducción al episodio de lavado de pies. El relato de Juan es consecuente con los Evangelios Sinópticos en que la comida que describió era de hecho la comida de pascua. Si este es el caso, entonces cualquier referencia posterior en Juan mencionando una fiesta aún por venir tiene que referirse a la fiesta del pan sin levadura y no a la fiesta de pascua en sí. Se prestará más atención a este punto de vista a medida que se analicen los versículos pertinentes.

Jesús [sabía] que su hora había llegado. Cinco veces, Jesús había declarado que Su «hora» o «tiempo» *no* había llegado (2.4; 7.6, 8, 30; 8.20). En el capítulo 12, cuando algunos griegos vinieron a ver a Jesús, afirmó que *había* llegado la hora de glorificar al Hijo del Hombre (12.23). Sabía que el momento de Su muerte era inminente, **para que pasase de este mundo al Padre.** El hecho de que la palabra «mundo» (κόσμος, *kosmos*; vea comentarios sobre 1.10) ocurre tan a menudo en los capítulos 13 al 17 (cuarenta de setenta y ocho veces en todo el libro) demuestra su importancia. A lo largo de estos capítulos, «mundo» funciona como un contraste entre Jesús y Sus discípulos y el resto de la humanidad.

Al dejar este mundo e ir al Padre, Jesús también estaría dejando **a los suyos que estaban en el mundo.** Los «suyos» se refiere a Sus discípulos y es una de las muchas expresiones entrañables que Jesús utilizó para ellos, como se ve en la segunda mitad del libro. Los discípulos de Jesús estaban en el mundo, y los amaba. El amor de Dios manifestado en Jesús fue por todo el mundo, como se revela en el texto dorado de 3.16. Jesús había demostrado este gran amor en Sus llamamientos a la humanidad perdida durante Su ministerio

³F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 279.

público. Por el momento, el foco de Su amor eran Sus discípulos y no la población en general. Desde este capítulo en adelante, Jesús se concentró en aquellos a quienes amaba íntimamente. Ni Sus sufrimientos ni Su partida saciarían de ninguna manera Su amor por los suyos.

«Amor» (ἀγάπη, *agapē*) es un concepto importante en esta parte de Juan. Según C. H. Dodd, los capítulos 1 al 12 están marcados por palabras relacionadas con «vida» y «luz». Las palabras anteriores ocurren cincuenta veces, mientras que las últimas palabras ocurren treinta y dos veces; sin embargo, en los capítulos 13 al 17, las palabras «vida» se encuentran sólo seis veces, y las palabras «luz» no aparecen en absoluto. Por el contrario, las palabras «amor» se encuentran seis veces en los capítulos 1 al 12 y treinta y una veces en los capítulos 13 al 17. Dodd concluyó que «este cambio de vocabulario no es accidental».⁴

Jesús **los amó hasta el fin**. Se puede interpretar temporalmente la frase εἰς τέλος (*eis telos*) con el significado de «hasta el final» o adverbialmente para querer decir «hasta el límite». Si el significado anterior era deseado, la idea es que Jesús los amó hasta el final de Su vida. En cualquier caso, el texto presupone un amor sin igual por parte de Jesús por Sus discípulos. El amor de Jesús superaba el manifestado por los seres humanos; Su amor era incondicional. Saber que Judas lo traicionaría y que Pedro lo negaría no disminuyó Su amor por ellos. Aunque era consciente de que Sus discípulos lo abandonarían cuando fuera entregado por manos inicuas, aún así «los amó hasta el fin».

Versículo 2. Sobre la base de lo que se ha mantenido concerniente a 13.1, la expresión **cuando cenaban** no debe interpretarse como que la cena estaba bien en camino. La NIV consigna que la cena «estaba en curso». El evento había comenzado, pero la comida en sí no había tenido lugar necesariamente.⁵ Por lo tanto, como se ve de lo que se recoge de 13.4, 26, «cuando cenaban» es correcto, en lugar de la opinión de que la cena estaba a punto de terminar o había terminado (KJV).

Antes de desarrollar el episodio del lavado de los pies de los discípulos por parte de Jesús, Juan

⁴ C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto evangelio)* (Cambridge: University Press, 1968), 398–99.

⁵ El apoyo textual para este punto de vista se da en D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, *The Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 469.

menciona, como entre paréntesis, que el traicionero acto de **Judas Iscariote** ya había sido concebido. Jesús tenía pleno conocimiento de lo que estaba a punto de suceder; sin embargo, como siervo humilde que era, lavó de manera humilde los pies de los discípulos, incluyendo los de Judas. George R. Beasley-Murray bien dijo de Judas: «Su aparición en esta introducción sirve para contrastar su terrible acción con el servicio humilde y amoroso de Jesús, y pone este último en un relieve más elevado».⁶

El significado exacto de **como el diablo ya había puesto en el corazón** no es claro en el sentido de que el texto no especifica el corazón de quién es al que se refiere: el de Judas o el del diablo. Los mejores manuscritos tienen «Judas» en el nominativo, lo que parece indicar que «el corazón» es el corazón del diablo. Esto quiere decir que el diablo puso en su corazón (del diablo) que Judas traicionaría a Jesús. Según este punto de vista, la idea de traicionar a Jesús era de los designios de Satanás. Decidió en su propia mente que Judas sería el traidor. Por otro lado, si «Judas» es tomado como un genitivo (posesivo), entonces el corazón es el de Judas, haciéndole responsable de originar la idea de traicionar a Jesús. Algunos eruditos han observado que la lectura probablemente fue alterada del nominativo al genitivo por los copistas posteriores con el fin de dejar claro que fue el diablo quien puso el plan de traicionar a Jesús en el corazón de Judas. La mejor solución a la pregunta se encuentra probablemente en aceptar a «Judas» como un nominativo, sin embargo, entendiendo que es el corazón de Judas lo que se entiende. Una nota en la Biblia de la NET consigna, «... el uso del artículo griego (en lugar de un pronombre posesivo) es un modismo típico cuando se indica una parte del cuerpo de una persona. El nombre de Judas se retiene hasta el final de la declaración para dar un efecto dramático (énfasis)».⁷

Cualquiera que sea la lectura aceptada, es evidente que en algún momento el diablo tentó a Judas a **que [...] entregase** a su Señor. Sin embargo, no quiere decir que Judas estuviera bajo alguna compulsión irresistible para llevar a cabo su plan. Judas cedió a la tentación del diablo. La debilidad de Judas la constituía su amor por el dinero, que ha llevado a muchos otros a la destrucción (vea

⁶ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, *Word Biblical Commentary*, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 233.

⁷ W. Hall Harris III, notes on John (apuntes sobre Juan), en *NET Bible*®, 1a ed. (Richardson, Tex.: Biblical Studies Press, 2005), 2070, n. 9.

1ª Ti 6.9, 10). En el relato de Marcos de la unción en Betania, después de la reprimenda de Jesús a aquellos que criticaron el actuar de María, Judas inmediatamente fue a los principales sacerdotes para traicionar a Jesús. Sólo Juan menciona a Judas como la voz de la objeción en 12.4–6; puede que dé a entender que existía una conexión entre la objeción y la acción de Judas.

Versículos 3–5. El conocimiento especial que Jesús tenía de la voluntad del Padre se menciona nuevamente, haciendo hincapié en tres conceptos significativos: Su soberanía, Su origen y Su destino.⁸ Jesús sabía **que el Padre le había dado todas las cosas en las manos** (13.3). Jesús estaba facultado para llevar a cabo la voluntad soberana de Dios en todos los asuntos relacionados con la redención. Además, **había salido de Dios, y a Dios iba.** Con conocimiento absoluto de haber sido empoderado por el Padre (Su soberanía), de haber venido de Dios (Su origen) y de Su inminente regreso a Dios (Su destino), Jesús se vistió como un siervo de la casa y lavó los pies de Sus discípulos. Debido a Su infinita grandeza, podría haber llamado a legiones de ángeles e inmediatamente derrotado los malos designios del diablo y de Judas (Mt 26.53). En cambio, realizó la tarea de un siervo y lavó los pies de los discípulos, incluidos los de Judas, Su traidor.

Jesús **se levantó de la cena** (13.4), es decir, la comida de pascua que acababa de ser servida; **se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.** La NIV consigna que Jesús «se quitó su ropa exterior, y envolvió una toalla alrededor de su cintura». D. A. Carson pensó: «Su acto de humildad es tan innecesario como impresionante, y es simultáneamente una muestra de amor (v.º 1), un símbolo de limpieza salvadora (v.ºs 6–9), y un modelo de conducta cristiana (v.ºs 12–17)».⁹ La escena debe ser imaginada con Jesús y los Doce reclinados sobre divanes o esteras que rodean una mesa de no más de dieciocho pulgadas de alto. Probablemente, cada hombre se apoyaba sobre su brazo izquierdo, ya que la derecha era normalmente dominante, con los pies de todos irradiando fuera de la mesa. Desde esta posición, Jesús se levantó de Su estera. Uno de los Doce debía haber tomado la iniciativa de llevar a cabo la tarea de lavar los pies; sin embargo, hacerlo habría sido admitir su inferioridad, algo que ninguno de ellos haría, en vista de cómo estaban pidiendo una posición de

honor en el reino. Por lo tanto, Jesús asumió el papel del más humilde lavando los pies de los demás. El relato de Lucas narra cómo había surgido una disputa entre los discípulos sobre quién debía ser considerado el más grande. Jesús les enseñó acerca de la verdadera grandeza y apeló a Su propio ejemplo: «... yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22.27).

El acto de lavar los pies era de naturaleza servil; según algunos judíos, ni siquiera había de ser realizado por esclavos judíos.¹⁰ La tarea estaba reservada para esclavos gentiles, mujeres y niños. Sin embargo, Jesús se quitó Su vestimenta exterior, tomó una toalla y «se la ciñó» como un siervo (vea Lc 12.37; 17.8). «Una toalla ceñida sobre los lomos en el oriente era señal e insignia de esclavitud».¹¹ Toda la escena fue verbalizada por Pablo cuando dijo que Aquel que «siendo en forma de Dios [...] se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo [...] haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2.6–8). Aunque los discípulos no lo entendían en ese momento, el acto de Jesús era una declaración de la naturaleza divina misma revelada en la carne.

Entonces Jesús **puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos** (13.5). Varios casos del Antiguo Testamento muestran que el lavado de pies era considerado un acto de hospitalidad (vea, por ejemplo, Gn 18.4; 19.2; 1º S 25.41). Dado que las personas caminaban largas distancias por caminos polvorientos, la hospitalidad requería que se proporcionara agua para el lavado de pies, y se hacía habitualmente a su llegada, después de que los invitados se habían quitado las sandalias en la puerta.¹² Como Jesús y Sus discípulos habían venido de Betania en un camino polvoriento y sin pavimento, sus pies necesitaban ser lavados. Jesús comenzó el proceso, lavando y secando, a su vez, cada pie con **la toalla** que había envuelto alrededor de Su cintura. La escena involucraba a Jesús, el Rey de reyes y Señor

¹⁰ Cuando se enumeren tareas degradantes que a un sirviente judío no se le debe pedir hacer por su amo, dijo el rabino Yishmael: «No debe lavar los pies ni atar sus sandalias [...] como lo hacen los esclavos» (*Mekhilta Éxodo* 21.2).

¹¹ G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John (El Evangelio según John)* (New York: Fleming H. Revell Co., s.f.), 231.

¹² «En el antiguo Cercano Oriente el lavado no se hacía normalmente en un lebrillo con agua estancada, sino vertiendo agua sobre las partes del cuerpo» (Raymond E. Brown, *The Gospel According to John [xiii–xxi] [El Evangelio según Juan (xiii–xxi)]*, The Anchor Bible, vol. 29A [Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970], 551).

⁸ Bruce, 280.

⁹ Carson, 462–63.

del universo, agachándose para lavar los pies de los discípulos. El acto de Jesús fue revolucionario, ya que este caso de un superior lavando los pies de un inferior «no tiene un paralelo conocido en la antigüedad».¹³ Tal acto habría conmocionado la sensibilidad de los discípulos y habría pedido alguna explicación, que Jesús daría en breve.

Versículos 6, 7. Se desconoce del texto cuántos de los pies de los discípulos Jesús lavó antes de llegar a Pedro. Parece que no fue el primero, puesto que Jesús «comenzó a lavar los pies de los discípulos» (13.5) y luego **vino a Simón Pedro**. El texto simplemente no revela cuándo fueron lavados sus pies. Raymond E. Brown dijo perspicazmente: «El hecho de que Pedro fuera el primero (Agustín) es menos probable que el hecho de que fuera el último (Origen). La evidencia es insuficiente; sin embargo, después de Su conversación con Pedro, Jesús [dijo]: “y vosotros limpios estáis”».¹⁴

Al parecer, los demás discípulos soportaron el lavado en vergüenza y silencio angustiado, pero no Pedro. Éste se opuso al acto de Jesús. Al igual que en Cesarea de Filipo, cuando Pedro protestó contra la declaración de Jesús sobre Sus sufrimientos y Su muerte final (Mt 16.21–23), su objeción aquí era directa y bien intencionada, pero ignorante de la misión de Jesús. Pedro dijo: **¿tú me lavas los pies?** Ambos pronombres son enfáticos; y se le da especial estrés a la palabra «me» (μου, *mou*) porque inmediatamente le sigue el pronombre «tú» (σύ, *su*) en el texto griego, literalmente quiere decir, «¿Tú mis pies lavas?». Podríamos suponer que Pedro, mientras hablaba estas palabras, quitó sus pies. Pedro no podía soportar la idea de que su Señor y Maestro le lavara los pies. Guy N. Woods capturó la escena: «Mientras los demás se sentaban en un silencio vergonzoso, permitiendo que Jesús continuara, el impulsivo Pedro no podía soportar lo que para él era el máximo absurdo y habló protestando de manera indignada».¹⁵

La respuesta de Jesús colocó «yo» (ἐγώ, *egō*) y «tú» (σύ, *su*) en contraste enfático. No dio una explicación; solo dijo: **Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.**

¹³ John Christopher Thomas, *Footwashing in John 13 and the Johannine Community (El lavado de pies en Juan 13 y la comunidad juanina)*, 2ª ed. (Cleveland, Tenn.: CPT Press, 2014), 150, n. 56.

¹⁴ Brown, *El Evangelio según Juan (xiii–xxi)*, 552.

¹⁵ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 283.

El término «después» (μετά ταῦτα, *meta tauta*, «después de estas cosas») es una nota de tiempo indefinido. Jesús no especificó cuándo lo comprendería Pedro, sin embargo, dijo que en algún momento en el futuro lo haría. Jesús dio alguna explicación de Su actuar en 13.12–17; esta podría ser, al menos en parte, Su referencia «después». Podríamos interpretar lo dicho por Jesús en el sentido de que Pedro entendería la importancia del acto de Jesús después de Su muerte y resurrección (vea 2.22; 12.16). También podría suponerse que Pedro sería iluminado cuando los apóstoles alcanzaran un conocimiento perfecto al recibir el Espíritu Santo (vea 14.26; 16.13). Probablemente, Juan tenía todas estas consideraciones en mente. Pedro y los demás discípulos más tarde se darían cuenta de que quien quisiera ser grande en el reino tenía que ser abnegado y humilde en actitud y carácter. Pedro finalmente comprendió lo que significaba ser grande en el reino; les dijo a sus lectores en 1ª Pedro 5.5 que Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes. Por el momento, como el texto pone de manifiesto, no entendía este principio.

Versículos 8, 9. Pedro no fue conmovido por la reconfirmación de Jesús; protestó con la negación más fuerte: **No me lavarás los pies jamás.** La fuerza de las palabras de Pedro se captura en su doble negativo (οὐ μή, *ou mē*), literalmente representado, «Jamás no me lavarás los pies» y expresado en nuestro idioma como «Jamás me lavarás los pies». Era incomprendible para él que Jesús se agachara a la posición de un esclavo y participara en tal actividad. En cuanto a su participación, ¡estaba decidido a que jamás sucedería! La respuesta inicial de Pedro a la acción de Jesús («Señor, ¿tú me lavas los pies?»; 13.6) fue consentida por Jesús; sin embargo, en esta exclamación la naturaleza impulsiva de Pedro alcanzó su apogeo. Su orgullo puso en tela de juicio la misma decisión que Jesús había tomado de lavar los pies de los discípulos. «Pedro es lo suficientemente humilde como para ver la incongruencia del actuar de Cristo, pero lo suficientemente orgulloso como para dictarle qué hacer a su Maestro».¹⁶

La protesta de Pedro evocó la siguiente respuesta de parte de **Jesús**, que tomó la forma de una reprimenda: **Si no te lavare, no tendrás parte**

¹⁶ G. H. C. MacGregor, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)*, The Moffatt New Testament Commentary (London: Hodder and Stoughton, 1928), 275.

conmigo. El que Pedro «no tenga parte» (μέρος, *meros*) con Jesús querría decir que no podría tener comunión con Él. Si alguien desea ser discípulo de Jesús, tiene que someterse voluntariamente a lo que el Maestro exija en actitud, creencia y acción. Tal sumisión requiere aceptar lo que Jesús ha dicho sin cuestionamientos. Si Pedro había de poder tener comunión con Jesús y pertenecerle a Él, tendría que adoptar una *actitud* totalmente diferente, una de humildad en lugar de orgullo. Además, tendría que *crear* lo que Jesús dijo sin cuestionarlo y, como resultado, *actuar* de acuerdo con esa creencia. Las acciones de Jesús eran las de un humilde siervo, y si Pedro iba a pertenecerle a Cristo, entonces tendría que aprender a ser la misma clase de siervo.

Ni **Pedro** ni ninguno de los demás discípulos comprendieron el significado del lavado de los pies por parte de Jesús, sin embargo, lo que Pedro sí entendía era que deseaba tener parte con Jesús. En consecuencia, dijo: **Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.** Repudió su protesta anterior contra el lavado de sus pies, pero todavía estaba siendo impulsado por sus propios deseos y una vez más trató de dictar las acciones de Jesús.

Versículos 10, 11. En respuesta, **Jesús** dijo que **el que está lavado, está todo limpio** y sólo necesita **lavarse los pies.**¹⁷ Dos palabras diferentes para «lavado» aparecen en el texto griego, probablemente transmitiendo dos tipos de lavados. La palabra *νίπτω* (*níptō*, «lavado»), que aparece en 13.5, 6, 8, 10, se utiliza con frecuencia para indicar el lavado de las extremidades, es decir, las manos y los pies. La palabra *λουῶ* (*louō*, «lavarse»), de la cual se forma el participio perfecto *λελουμένος* (*leloumenos*) en 13.10, indica «lavarse, como regla de todo el cuerpo, bañarse».¹⁸ La imagen empleada por Jesús podría ser la de un hombre que iba a una fiesta que se había bañado en casa y sólo necesitaba lavarse los pies (ensuciado por el camino polvoriento) a su llegada antes de tomar su lugar en la mesa. Otra

¹⁷ Aunque muchos eruditos omiten las palabras *εἰ μὴ τοὺς πόδας* (*ei mē tous podas*, «excepto sus pies»), la evidencia favorece su retención. El caso para retenerlas parece estar resuelto por el hecho de que Jesús insistió en 13.8 en que el lavado de pies es necesario para tener comunión con Él.

¹⁸ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 603.

posibilidad es que el lenguaje de Jesús se relaciona con la limpieza ceremonial judía en preparación para la pascua. Al igual que otros judíos (11.55), los discípulos ya se habían sumergido ritualmente, y ahora sólo necesitaban lavarse los pies sucios.

El lenguaje descriptivo de esta narración podría considerarse que tiene tres aplicaciones espirituales.¹⁹ 1) El baño (*louō*) del cuerpo simboliza la limpieza que se recibe como resultado de la respuesta al sacrificio de Jesús en la cruz. Esta purificación de la culpa del pecado tiene lugar cuando confesamos nuestra fe en Cristo y somos bautizados en Cristo (Ga 3.26, 27), un acto de una vez por todas. Aquellos que han sido limpios de esta manera tienen parte con Jesús; es decir, comparten o tienen comunión con Él. 2) El lavado (*níptō*) de los pies quiere decir que aquellos que han sido limpios sólo necesitan lavarse los pecados posteriores. Este estatus se mantiene andando «en la luz» y apropiándose de la promesa de permanecer continuamente limpios por la confesión de los pecados (1ª Jn 1.7, 9). 3) La aplicación final implica una lección de humildad, que se presenta en Juan 13.12–17.

Jesús utilizó deliberadamente el lavado literal de los pies para simbolizar la limpieza interior. Dijo: **vosotros limpios estáis, aunque no todos.** Una vez más, el conocimiento perfecto de Jesús es evidente. El que sabía lo que había en el hombre (2.25) se daba cuenta de que los discípulos, con la excepción de Judas, estaban limpios a pesar de su inmadurez. El único otro lugar en Juan donde Jesús les dijo a Sus discípulos (menos Judas) que estaban limpios es 15.3: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado». La limpieza viene a través de la palabra de Jesús y Su sacrificio en la cruz. Jesús dijo que no todos los discípulos estaban limpios **porque sabía quién le iba a entregar.** De Su amor insondable, Jesús lavó los pies de Judas; sin embargo, Judas no estaba limpio. Puede que sus pies estuvieran limpios, pero su corazón estaba sucio. En este punto del ministerio de Jesús, los discípulos no sabían quién era el traidor; sólo en el arresto de Jesús fue revelada la identidad del traidor a todo el grupo.

ENCARGO DE JESUS A LOS DISCÍPULOS A SER SERVIDORES (13.12–17)

¹²Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo:

¹⁹ Para aplicaciones similares, vea Woods, 285–86 y Carson, 465.

¿Sabéis lo que os he hecho?¹³ **Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.**¹⁴ **Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.**¹⁵ **Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.**¹⁶ **De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió.**¹⁷ **Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris.**

Versículo 12. Después de lavar los pies, Jesús se puso Su **manto** exterior (vea ESV) y **volvió a la mesa**. Pedro había sido silenciado, y sólo podemos imaginarnos cuán solemnes debieron ser los discípulos mientras intentaban comprender el significado de lo que Jesús había hecho. Preguntó: **¿Sabéis lo que os he hecho?** Su pregunta era centrar la atención de ellos en Su acto y Su próxima explicación. Bruce pensó que aquí Jesús les presentó dos lecciones a Sus discípulos: una de carácter teológico y la otra de carácter práctico. Según el primero, «el lavado de pies simboliza a Jesús humillándose para soportar la muerte de la cruz y la eficacia purificadora de su muerte para el creyente».²⁰ Esta última explicación se desarrolla en los versículos 12 al 17. Jesús lavó los pies de los discípulos para que aprendieran de Su ejemplo a servirse unos a otros. Ambas explicaciones reflejan las muestras supremas del asombroso amor de Jesús por los Suyos (vea 13.1). Pablo escribió que Jesús «por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2ª Co 8.9). Debido a Su amor, se humilló y se convirtió en el siervo despreciado para los demás. El mismo amor que hace posible que las personas sean limpias es el amor que la comunidad de creyentes deben tener unos por otros.

Versículos 13–15. Jesús procedió a responder a la pregunta que había planteado en 13.12. Primero dijo: **Vosotros me llamáis Maestro, y Señor** (13.13). El verbo «llamáis» proviene de φωνέω (*phōneō*), la palabra regularmente utilizada para llamar a una persona por su nombre o título (vea 1.48). «Maestro» (διδάσκαλος, *didaskalos*) es el equivalente al *rabí* hebreo y arameo (1.38). Era el término utilizado por los discípulos para dirigirse a sus maestros. Los discípulos de Juan el Bautista se habían dirigido a él como «Rabí» (3.26), y los

discípulos de Jesús se dirigieron a Él de la misma manera (1.38, 49; 3.2; 4.31; 6.25; 9.2; 11.8). «Señor» (κύριος, *kurios*) equivale al *mar* arameo y fue otro título dado a Jesús para reconocerlo como «Maestro». *Mar* aparece en la fórmula aramea *Maranatha*, que quiere decir «El Señor viene» (1ª Co 16.22). Después del ministerio terrenal de Jesús, a menudo se le llamó «Señor», Aquel a quien Dios exaltó a lo sumo y a quien «dio un nombre que es sobre todo nombre» (Fil 2.9; vea Hch 2.36). Acerca del uso que Sus discípulos le daban a estos títulos para Él, Jesús dijo: **decís bien, porque lo soy**. Alegó tener una soberanía propia, aun mientras se agachaba para llevar a cabo lo que Sus discípulos consideraban algo servil. Jesús no quería que tuvieran ninguna duda acerca de quién era Él.

Jesús continuó diciendo: **Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros** (13.14). Invirtió los títulos, tal vez para enfatizar Su Señorío. Dijo que si Aquel a quien los discípulos reconocían como su Señor y Maestro había realizado la tarea de un esclavo, ellos debían estar dispuestos a hacer lo mismo el uno por el otro. Las palabras de Jesús suenan como Su reproche en Lucas 6.46. «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?». Si los discípulos lo reconocían como su Señor y Maestro, entonces debían seguir Su dirección. No tenían ninguna razón para no hacerlo; porque Jesús dijo: **Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis** (13.15). En lugar de buscar puestos de prominencia para sí mismos, debían seguir el ejemplo de su Señor realizando humildemente incluso la labor más servil. El término «ejemplo», de ὑπόδειγμα (*hupodeigma*), se refiere a un ejemplo o patrón, sea bueno o malo. Se encuentra sólo aquí en Juan, y en ningún otro lugar del Nuevo Testamento se utiliza para referirse a Jesús.²¹ Jesús declaró que Su acción no era sólo un acontecimiento casual. Había dado el ejemplo supremo para que siguieran Sus discípulos.

¿Iba este acto en sí dirigido a la iglesia hoy? Sostener, como hacen algunos grupos religiosos, que el acto de Jesús del lavado de pies debe entenderse como una ordenanza eclesiástica que la iglesia debe practicar literalmente a lo largo del tiempo no capta su esencia en absoluto. Aunque Su acto específico era con el propósito de lavar la

²⁰ Bruce, 283.

²¹ La palabra se utiliza en otra parte en referencia a ejemplos y copias (He 4.11; 8.5; 9.23; Stg 5.10; 2ª P 2.6).

suciedad de los pies de los discípulos, la lección prevista era sobre la limpieza y la humildad espirituales. El lavado de pies no debe ser considerado como una práctica impuesta a los cristianos hoy en día por dos razones.

1. Hay una completa falta de evidencia externa. En ninguna parte del Nuevo Testamento se trata el lavado de pies como una ordenanza para la iglesia. Cabe señalar que, en la misma noche en que tuvo lugar el acto, Jesús también instituyó la Cena del Señor; y hay varias referencias a la celebración de la Cena del Señor en el Nuevo Testamento (vea Hch 2.42; 20.7; 1^a Co 11.20–29). Además de la mención del lavado de pies en Juan 13, el único otro caso del acto se encuentra en 1^a Timoteo 5.9, 10 con respecto a la viuda que calificaba para ser «puesta en la lista». Incluso allí, al lavado de pies no se le menciona como ningún tipo de rito u ordenanza para la iglesia; simplemente se incluye en una lista de buenas obras. Históricamente, Tertuliano (aprox. 160–225 d.C.) lo mencionó brevemente²²; sin embargo, el acto nunca se observó como una ordenanza para la iglesia hasta el siglo IV, cuando fue practicada por la iglesia en Milán (aprox. 380 d.C.).²³

2. Además de la falta de evidencia externa, hay un problema de malentendido. Aquellos que han hecho de este acto una ordenanza para la iglesia no han comprendido el principio que estaba detrás de la acción. Además de la lección en cuanto a ser limpios espiritualmente para tener comunión con Cristo, Jesús ejemplificó el principio de que el amor a los demás conducirá al servicio, por humilde que sea, en cualquier área de la actividad cristiana. Así como Jesús no vino a ser servido, sino a servir (Mt 20.28), Sus discípulos tienen que dedicarse a una vida abnegada y al servicio a los demás, sin importar su posición en la vida («mis hermanos más pequeños»; Mt 25.40). Jesús demostró Su amor hasta el extremo (13.1) mediante un servicio humilde, y los discípulos han de mostrar amor por los demás adoptando una disposición mental que conduce a actos de servicio.

Versículos 16, 17. Jesús usó la doble afirmación **De cierto, de cierto** para marcar la importancia de Su próxima declaración. Dijo que **El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió**. Hizo un contraste entre el esclavo y el amo y entre el enviado y el que envía. Esta verdad expresada por Jesús se encuentra en otras partes

de los Evangelios en diversos contextos. En Mateo 10.24, 25, Jesús hizo un contraste entre el esclavo y el amo y entre el discípulo y el maestro (vea Lc 6.40). Jesús declaró el hecho de que un esclavo no es mayor que su amo, para reforzar la lección que acababa de enseñar. Si Jesús (el Amo) pudo doblegarse para realizar la mayoría de las tareas, ¡cuánto más los discípulos (los esclavos) deben estar dispuestos a hacer lo mismo! Si la tarea no fue indigna para Jesús, que poseía el conocimiento absoluto de Su soberanía divina, Su origen y Su destino (13.3), entonces los discípulos no deben pensar que sea indigno para ellos hacer lo mismo.

La palabra «enviado» es de ἀπόστολος (*apostolos*), que ocurre sólo aquí en Juan y sin ninguna connotación de los Doce. Los Evangelios Sinópticos indican que Jesús dio el título a los Doce (vea Lc 6.13), pero Juan siempre tiene descripciones como «los doce» o «los discípulos». La idea es la misma que en la primera parte del versículo: El que es enviado deriva su autoridad para realizar tareas de quien le envía. Más adelante, Jesús enviaría a Sus discípulos al mundo como el Padre le había enviado a Él al mundo (17.18; 20.21).

La cláusula **Si sabéis** es una construcción condicional de primera clase que quiere decir que los discípulos sabían que estos conceptos eran verdaderos. La NIV expresa bien esta idea con la cláusula «Ahora que sabes estas cosas». Los discípulos sabían **estas cosas**, es decir, las lecciones enseñadas por el evento del lavado de pies; sin embargo, simplemente saber estas cosas era insuficiente. Jesús agregó: **bienaventurados seréis si las hicieréis**.

Esta bienaventuranza es una de las dos únicas en Juan (vea 20.29). Subraya lo que se asevera en las Escrituras: la necesidad no sólo de conocer la voluntad de Dios, sino también de hacerla. Este axioma fue estresado por Jesús de diversas maneras a lo largo de Su ministerio. No sólo se tiene que reconocer a Jesús como Señor, sino que también se tiene que hacer la voluntad del Padre para entrar en el reino (Mt 7.21–23). La persona que escucha las palabras de Jesús y las hace es comparada con un hombre sabio que construye su casa sobre la roca (Mt 7.24–27). Jesús cuenta a los que hacen la voluntad de Su Padre como miembros de Su familia (Mr 3.35). Aquellos que permanecen en la palabra de Jesús son considerados como Sus discípulos (8.31). Santiago 1.22–25 hace eco de la enseñanza de Jesús alentando a los lectores a no ser meros oyentes de la palabra, sino también hacedores.

²² Tertuliano *La coronilla* 8.

²³ Vea Ambrosio *Sobre los misterios* 6 [31–33].

La traición de Jesús es anunciada y un nuevo mandamiento es dado (13.18–38)

JESÚS ANUNCIA LA TRAICIÓN DE JUDAS (13.18–30)

¹⁸No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar. ¹⁹Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy. ²⁰De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.

²¹Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. ²²Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. ²³Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. ²⁴A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. ²⁵El entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? ²⁶Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. ²⁷Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. ²⁸Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. ²⁹Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. ³⁰Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche.

Después de ilustrar la actitud amorosa de servicio que deseaba que Sus discípulos exhibieran, Jesús pasó a referirse al sombrío tema de Su traición. El momento de Su muerte se acercaba rápidamente, y sabía que Judas estaba a punto

de iniciar la secuencia de acontecimientos que llevaría a ese momento. Habló de ello a Sus discípulos, identificando al traidor con un lenguaje poco velado.

Versículo 18. Jesús dijo que la lección que acababa de enseñarles a Sus discípulos tanto en precepto como en ejemplo (13.1–17) no aplicaba a todos los discípulos, porque Judas estaba a punto de traicionarlo. Les dijo a los discípulos: **No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido.** Una vez más Juan mencionó la traición de Judas (vea 6.71; 12.4; 13.2); y Jesús acababa de aludir a ella cuando dijo: «vosotros limpios estáis, aunque no todos» (13.10). Podía decir esto porque sabía a quién había escogido. Jesús no fue engañado ni sorprendido por la traición de Judas; «sabía lo que había en el hombre» (2.25) y, por lo tanto, sabía quién había escondido la obra traicionera en su corazón de aquellos que estaban comprometidos con Él. Jesús dijo que la obra de Judas era **para que se [cumpliera] la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.** No quiere decir que Judas actuara bajo alguna compulsión divina. Jesús, teniendo conocimiento absoluto, sabía lo que Judas elegiría libremente hacer. El hecho de que Jesús lo supiera de ninguna manera predeterminaba que Judas lo traicionara. Si bien Jesús previó que sería traicionado por uno de Sus discípulos, fue decisión personal de Judas volverse contra Su Señor.

El pasaje citado es de Salmos 41.9, donde se cree que el salmista se refería a la conspiración de Ahitofel. Este consejero de confianza y amigo cercano del rey David, junto con Absalón, se rebeló contra David (2° S 15.12, 31). El pasaje es parte de un lamento de David causado por el sufrimiento que estaba soportando como resultado del mal que se hablaba y conspiraba contra él. Lo que

empeoró aún más las cosas fue la traición de los amigos. Escribió: «Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, Alzó contra mí el calcañar». El pasaje proporciona un buen ejemplo del doble cumplimiento de algunas profecías predictivas. David tenía enemigos reales cuando clamó a Dios. Como rey ungido de Dios, se convirtió en un tipo del Ungido, Jesús. Cuando Jesús citó la segunda mitad de Salmos 41.9, también tenía un enemigo reclinado a la mesa con Él. El hecho de que todo el salmo no aplicaba a Jesús es evidente en versículos como 41.4, donde David admitió que había pecado, y en 41.10, donde oró para que Dios lo levantara y poder darles el pago a sus enemigos.

Comer pan en la mesa de superiores indicaba una promesa de lealtad (vea 2° S 9.7; 1° R 18.19; 2° R 25.29), y «traicionar a aquel con quien se había comido pan [...] constituía una grave violación de las tradiciones de la hospitalidad».¹ La traición de Judas ejemplificaba el epítome de la corrupción moral.

La dificultad de la expresión «levantó contra mí su calcañar» es evidente en la variedad de interpretaciones que se le han asignado. Guy N. Woods sostuvo que la referencia es a «una figura prestada de la lucha libre», en un caso en el que uno «causara que otro cayera».² F. F. Bruce la ha consignado «me ha dado una gran caída» o «se ha aprovechado cruelmente de mi».³ Leon Morris afirmó que era «una metáfora derivada del levantamiento del casco de un caballo preparándose para patear».⁴ Raymond E. Brown dijo: «Mostrar la suela del pie a alguien en el Cercano Oriente constituye una señal de desprecio».⁵ C. K. Barrett sugirió que es «la acción de alguien que “sacude

el polvo de sus pies contra otro”».⁶ J. H. Bernard dijo que quiere decir «violencia brutal».⁷ Eric F. F. Bishop, basado en una experiencia personal en Israel, interpretó que la frase quería decir «una revelación de desprecio, traición, incluso hostilidad». Si esto aplicaba a Judas, sugeriría que «en sus propias actitudes más íntimas realmente despreciaba a su Maestro».⁸ Cualquiera que sea el significado exacto de la expresión, el meollo del asunto parece ser que Jesús estaba siendo traicionado por un amigo muy cercano y querido. ¡Era algo impensable!

Versículo 19. Jesús les dijo a Sus discípulos: **Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.** Jesús dijo expresamente que este anuncio fue dado con el fin de fortalecer la fe de Sus seguidores en la hora crítica de la traición. De haber sido tomados desprevenidos los demás discípulos por la traición de Judas, podrían haber pensado que Jesús fue traicionado debido al retorcido y astuto ingenio de Judas. Incluso podrían haber llegado a la conclusión de que Jesús no era el Señor y Maestro que creían que era. Su fe, aún inmadura en este punto, podría haber sido destruida. Jesús les aseguró que estaba muy consciente de lo que estaba a punto de suceder. Jesús demostró Su plena autoridad con respecto a la situación y se aseguró de que, tras una reflexión posterior, entenderían que Su traición era exactamente como Él anunció. Entonces ellos tendrían certeza de que era el Maestro de cada situación, incluyendo Su traición. De esta manera, Jesús hizo hincapié en que «No era la víctima engañada e indefensa de la traición insospechada, sino el enviado por Dios para llevar a cabo el propósito divino de seguir adelante con calma y sin temor, para hacer lo que Dios había planeado que hiciera».⁹

La fe que Jesús pretendía que Sus discípulos tuvieran era creer en Su afirmación «yo soy» (ἐγώ

¹ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:467.

² Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 291.

³ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 287.

⁴ Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 553.

⁵ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 554.

⁶ C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 445.

⁷ Bernard, 2:468. B. F. Westcott dijo «la noción es la de violencia bruta» (B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John [El Evangelio según San Juan]* [Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950], 193).

⁸ Eric F. F. Bishop, «“He that eateth bread with me hath lifted up his heel against me”.—Jn xiii. 18 (Ps xli. 9)» («“El que come pan conmigo ha levantado su talón contra mí”. —Jn xiii. 18 [Sal xli. 9]»), *Expository Times* 70 (August 1959): 332.

⁹ Morris, 553.

εἶμι, *egō eimi*). La expresión se utilizó en un sentido cotidiano, como «Yo soy» (6.20) y «Yo soy» (9.9); pero con frecuencia en Juan se utiliza para expresar una designación divina, haciendo eco de Éxodo 3.14: «YO SOY EL QUE SOY» (vea comentarios sobre 8.22–24, 57, 58). La revelación de Jesús «yo soy» constituía una reivindicación de deidad, que reforzaba la verdad de que de ninguna manera Jesús estaba indefenso o fue engañado. También en Su declaración de 13.19, Jesús estaba insinuando la traición de Judas, diciendo: «antes que suceda»; no había llegado a suceder, sin embargo, iba a suceder pronto. Woods hizo la siguiente observación:

El fracaso de Judas no era el fracaso de la causa a la que estaban dando sus vidas; la inquebrantable fe de ellos en él les aseguraría que serían reconocidos como representantes del Mesías pese a la infidelidad de Judas.¹⁰

Versículo 20. Al igual que en 13.16, Jesús volvió a utilizar la doble afirmación solemne **De cierto, de cierto** para subrayar la importancia de lo que estaba a punto de decir: **El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.** Este dicho se compara con el que se encuentra en Mateo 10.40 (vea Mr 9.37; Lc 10.16). Como se ve en este relato del evangelio, Jesús había analizado previamente la noción de haber sido enviado (vea 3.17; 5.23; 12.44–50; 13.16); y volvería a plantear ese mismo hecho en 17.18. La declaración de Jesús anticipaba la comisión de Sus discípulos, porque Jesús estaba comparando Su propia misión con la que pronto les asignaría a ellos (vea 20.21). Estas palabras —con la seguridad de que los discípulos habían de ser embajadores de Jesús— tuvieron que haberles servido de aliento.

Versículos 21, 22. Juan incluyó la cláusula de transición **Habiendo dicho Jesús esto** con el fin de preparar al lector para lo que venía. Antes, Jesús había hecho una referencia a quien lo traicionaría. En el contexto actual, hizo dos vagos anuncios sobre la inminente traición (13.10, 18); pero no dijo nada explícitamente.¹¹ En este punto, nadie más que Judas conocía la oscura verdad que Jesús estaba a punto de decirles. La conciencia de que uno de Sus discípulos estaba a punto de traicionarlo hizo que Jesús **se [conmoviera] en espíritu** (vea comentarios sobre 11.33–35; 12.27, 28). Juan a menudo presentaba a Jesús como Señor sobre

cada situación; pero, sin vacilación, también les recordaba a sus lectores la humanidad de Jesús. Jesús estaba perturbado emocionalmente, siendo profundamente conmovido en Su espíritu al pensar en uno de los suyos entregándole a Sus enemigos.

La gravedad de la situación sale a la luz con la palabra **declaró** (de μαρτυρέω, *martureō*), un término que identifica un pronunciamiento definido y explícito (vea 3.32; 7.7), y por la doble afirmación **De cierto, de cierto** que Jesús a menudo pronunció antes (nunca después) de una declaración muy importante. Ahora, por primera vez, Jesús hizo el sorprendente anuncio: **uno de vosotros me va a entregar.** Incluso aquí, Jesús no reveló que el traidor era Judas. Si lo hubiera hecho, Judas probablemente no habría salido vivo de la habitación. Al igual que los escritores sinópticos, Juan hizo notar el desconcierto y la conmoción de **los discípulos**. Juan dijo que **se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba.** Según Mateo 26.25, incluso Judas parecía estar perplejo en cuanto a la identidad del traidor. Como hipócrita que era, Judas aparentemente no indicó por su comportamiento que él era el culpable.

Versículo 23. A continuación, Juan introdujo por primera vez al discípulo a quien **Jesús amaba.** Este discípulo amado sería mencionado nuevamente en la cruz de Jesús (19.26, 27), en el sepulcro vacío (20.1–10) y cerca del mar de Tiberias, cuando Jesús se apareció a siete de Sus seguidores (21.1, 2, 7, 20–24). Con la excepción de la presencia de este discípulo en la cruz, todas sus apariciones en el texto incluyen a Simón Pedro. Después de la mención de este discípulo en relación con Pedro en 21.20, encontramos una nota que identifica al «discípulo a quien amaba Jesús» como el autor del relato del evangelio (21.24). Se ha sostenido en el presente comentario que el discípulo amado era Juan el hijo de Zebedeo. Ni aquí ni en ninguna otra parte del libro se le nombra, sin embargo, no hay razón para dudar de que en verdad era el apóstol Juan.

Marcos 14.17 revela que sólo los Doce estaban con Jesús en el aposento alto, y el discípulo «a quien amaba Jesús» formaba parte del grupo. Este discípulo **estaba recostado al lado de Jesús.** Generalmente se entiende que las personas se sentaban en la mayoría de las comidas, pero inclinarse era la postura para comidas especiales como banquetes y fiestas. La comida de pascua calificaría como una comida especial y se disfrutaría de manera pausada, en contraste con la prisa con que se comió

¹⁰ Woods, 291.

¹¹ En 13.11, Juan escribió: «Porque sabía quién le iba a entregar».

en Egipto (Ex 12.11).¹² El acomodo para tal entorno era tener una serie de taburetes organizados en forma de «U» alrededor de una mesa baja de unos cuarenta y cinco centímetros de alto. Los invitados se reclinaban con la cabeza hacia la mesa y sus pies se extendían hacia atrás. Se apoyaban sobre el codo izquierdo, dejando la mano derecha libre para tomar la comida. El anfitrión se reclinaba en el centro del taburete principal, donde dos brazos de los taburetes se unían. El lugar de honor estaba justo detrás de él, es decir, a la izquierda del anfitrión, mientras que el segundo lugar de honor estaba a su derecha. En esta posición, el invitado a la derecha del anfitrión tendría la cabeza cerca del pecho del anfitrión.¹³ Esta era la posición del discípulo a quien amaba Jesús.

Versículos 24, 25. Si bien se sabe dónde estaba Juan reclinado, la posición de Pedro es difícil de determinar. Dado el círculo íntimo de Pedro, Jacobo y Juan, cabe esperar que Pedro estuviera a la izquierda inmediata de Jesús; sin embargo, si este fuera el caso, entonces podría haberle preguntado a Jesús mismo de quién estaba hablando. Es igualmente incierto saber quién estaba a Su izquierda, el lugar de honor; podría bien haber sido Judas (vea 13.26). El papel de Judas como tesorero podría haberle dado una posición especial entre los discípulos. Aunque no se sabe dónde estaba sentado Pedro, tiene que haber estado en un lugar donde pudo ser fácilmente visto por Juan, en vista de que le **hizo señas Simón Pedro**. La frase «hizo señas» es de νεύω (*neuō*), que quiere decir «hacer señas a otro [...] inclinando la cabeza».¹⁴ El verbo «no suele ir acompañado de una insinuación en cuanto a que la persona que hace señales también *habló*».¹⁵ Pedro le hizo señas al discípulo a quien Jesús amaba **para que preguntase quién era aquel**

¹² La postura de Jesús y Sus discípulos apunta al hecho de que efectivamente estaban comiendo la comida de pascua en el aposento alto. George R. Beasley-Murray llegó a decir que «la costumbre de reclinarse» era observada «sólo en ocasiones especiales, pero era obligatorio para la comida de pascua» (George R. Beasley-Murray, *John [Juan]*, Word Biblical Commentary, vol. 36 [Waco, Tex.: Word Books, 1987], 237). Basándose en esta observación, Bruce, quien dijo que esta comida tuvo lugar antes de la pascua oficial (13.1), sostuvo que «fue no obstante tratada por los participantes como una comida pascual» (Bruce, 289).

¹³ Morris, 555–56; vea Talmud *Berakoth* 46b.

¹⁴ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 670.

¹⁵ Bernard, 2:472.

de quien hablaba. La NKJV captura la acción consignando que Pedro le dijo «Dinos de quién estaba Él hablando». Tal vez Pedro «le expresó las palabras» a Juan. En cualquier caso, Pedro instó a Juan a preguntar a quién de ellos se refería Jesús.

El discípulo a quien Jesús amaba (estando a la derecha de Jesús y en posición de hablar estrechamente con Jesús) se inclinó hacia atrás para preguntarle a Jesús de quién hablaba, dirigiéndose a Él con uno de los dos títulos introducidos en 13.13, 14. Preguntó: **Señor, ¿quién es?** La intensidad del relato corrobora que el autor era un testigo ocular. La imagen de ninguna manera se asemeja a la representación de Leonardo da Vinci en su pintura *La Última Cena*. La intimidad del escenario podría ser considerada extraña por las personas hoy. La frase **recostado cerca del pecho de Jesús** recuerda una frase similar en el Prólogo, donde se dijo que Jesús, «que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (1.18). La primera vez que el discípulo a quien Jesús amaba es introducido en la narración de Juan, se le presenta en una relación con Jesús que se asemeja con la de Jesús y el Padre.

Versículo 26. Respondió Jesús a la pregunta del discípulo amado para que sólo él pudiera oír; porque cuando Judas salió de la habitación, los otros discípulos no sabían por qué lo hizo (13.27–30). Jesús no mencionó ningún nombre, pero identificó al traidor como aquel **A quien yo diere el pan mojado**. La palabra que se traduce como «pan mojado», ψωμίον (*psōmion*), se utiliza cuatro veces, sólo en esta ocasión en el Nuevo Testamento. El término se refiere a un pedazo de pan o a veces carne. El tazón en el que Jesús mojó el pan era el plato en común del que estaban comiendo (vea Mt 26.23; Mr 14.20). El anfitrión o maestro de la fiesta (como lo era Jesús aquí) podría permitir que un invitado metiera su pan en el plato común (como Booz invitó a Rut hacer en Rut 2.14), o podría sumergir él mismo un bocado escogido en el plato común y entregárselo a un invitado como muestra de honor. Es irónico que Judas estuviera en una posición de prominencia cuando su intención de traicionar a Jesús lo revela como el deshonesto. El plato podría haber contenido *charoseth*—un puré de frutas o salsa de dátiles, pasas y vino agridulce que se había convertido en una característica regular de la fiesta de pascua. Habiendo [**mojado el pan**], **lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón**. Aparentemente, estaba sentado cerca de Jesús, tal vez a Su izquierda (vea comentarios sobre 13.24, 25). Según el relato de Mateo, en esta ocasión Judas preguntó:

«¿Soy yo, Maestro?», a lo que Jesús dijo: «Tú lo has dicho» (Mt 26.25). Dada la proximidad de Judas con Jesús, el intercambio podría haber tenido lugar sin que nadie se diera cuenta. Judas ahora sabía que Jesús conocía lo que había planeado en su corazón. El uso del nombre completo de Judas, «Judas Iscariote hijo de Simón», tal vez subraya la gravedad del momento (vea 6.71).

Versículo 27. Jesús amaba a Judas y deseaba mantenerlo entre los discípulos, porque no había venido a condenar sino a salvar (vea 3.17). Si darle el **bocado** fue concebido como un gesto de favor, entonces Jesús bien podría haber querido que este constituyera un último llamado para que Judas respondiera arrepentido al ofrecimiento de buena voluntad de Jesús. Este llamado final marcó un tiempo de decisión para Judas a diferencia de cualquier otro momento de su vida. ¿Llevaría a cabo su traicionero engaño o se retractaría de sus intenciones mortales? En lugar de ser conmovido a arrepentirse por el amor de su Señor, se endureció aún más para llevar a cabo su plan. Juan dejó registrado que, después de que Judas recibió el bocado, **Satanás entró en él**. Woods señaló que «el diablo tomó plena posición de sus facultades, enardeció aún más su corazón contra el Señor y su causa, y lo impulsó a seguir su curso inicuo».¹⁶

Satanás no entró en Judas contra su voluntad; entró en él porque Judas se lo permitió. Judas podría haberse resistido al diablo (vea Stg 4.7; 1ª P 5.9). Ceder a la influencia de Satanás tendría consecuencias desastrosas. Jesús dijo, «... ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido» (Mt 26.24). Más adelante, Judas sintió remordimiento, devolvió el dinero a los principales sacerdotes y ancianos, y salió y se ahorcó (Mt 27.3–5; vea Hch 1.16, 18, 19).

Al darse cuenta de que Judas había tomado una terrible decisión, **Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto**. Tal vez Judas no había planeado llevar a cabo su terrible obra tan pronto. Jesús conocía la misión para la cual había venido a este mundo y anticipó el sufrimiento y muerte que sufriría al día siguiente. No había necesidad de más retraso. Sus palabras se asemejan al mandamiento que posteriormente dio a Judas en el huerto de Getsemaní: «Amigo, haz aquello para lo que has venido» (Mt 26.50; NASB). Una vez más, a Jesús se le describe como en control en lugar de víctima

¹⁶ Woods, 294.

de circunstancias fuera de Su control.

Versículos 28–30. Ninguno de los discípulos **entendió por qué le dijo esto** (13.28). Aunque la identidad del traidor había sido revelada al discípulo amado por medio del bocado (13.26), parece que incluso él aún no entendía el significado de las acciones de Jesús. Tal vez esto explique por qué no dijo nada a Judas ni a los otros discípulos cuando Jesús le ofreció el bocado a Judas.

Algunos discípulos pensaban que, en vista de que **Judas** era el tesorero, **que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres** (13.29). Algunos han tomado la opinión anterior de los discípulos como evidencia de que la comida que estaban compartiendo no era la fiesta de pascua y que era al día siguiente. Sin embargo, esto pondría a Juan en contradicción con los Evangelios Sinópticos. Dado que la Palabra de Dios es inspirada e sin error, podemos estar seguros de que no hay ninguna discrepancia real entre ninguno de los textos bíblicos. Se ha argumentado que Juan estaba hablando de la misma fiesta que los escritores sinópticos y por lo tanto es mejor interpretar «fiesta» en referencia a la fiesta del pan sin levadura que comenzaba la noche de la pascua y continuaba durante una semana. Dado que al día siguiente (todavía viernes, Nisan 15) era un día de fiesta mayor y el día siguiente era un día de reposo, los discípulos asumieron que Jesús quería que Judas hiciera compras esa noche.¹⁷

Mientras que algunos discípulos pensaron que Judas iba a comprar los artículos necesarios para la fiesta, otros pensaron que Jesús le estaba pidiendo que le diera algo a los pobres. Andreas J. Köstenberger hizo la siguiente observación: «En la noche de la pascua, las puertas del templo quedaban abiertas a partir de la medianoche, permitiendo que los mendigos se congregaran».¹⁸ Jesús siempre fue consciente de los pobres y animó a Sus discípulos y al joven rico principal a ser del mismo pensar (vea Mt 19.21; Lc 12.33). Más adelante, Pablo les recordaría a los ancianos de la iglesia de Éfeso algo que Jesús había dicho: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hch 20.35).

¹⁷ D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 475.

¹⁸ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 418. Josefo mencionó esta costumbre en *Antigüedades* 18.2.2 [29].

Después de haberse entregado a Satanás, Judas no tenía otra alternativa que hacer lo que Jesús le pidió que hiciera. Se ha especulado mucho sobre los motivos de Judas para traicionar a Jesús; pero conocer los motivos siempre es difícil (vea 1ª Co 2.11), y el texto no los revela. Sin embargo, después de ser reprendido por Jesús por objetar Su unción por parte de María (vea comentarios sobre 12.6–8), Judas había ido inmediatamente a los principales sacerdotes y había hecho arreglos para traicionarle (vea Mt 26.6–16; Mr 14.3–11). El texto efectivamente afirma que Judas era un ladrón y sustraería lo que había en el tesoro (12.6). Tal vez su resentimiento por la reprimenda de Jesús y su codicia lo llevaron a su traición. En Juan no se incluye ninguna especulación sobre sus motivos; el libro simplemente registra lo que hizo Judas, a saber: **Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche** (13.30).

La comida de pascua comenzaba en el crepúsculo, así que «era ya de noche» cuando se compartió (vea 1ª Co 11.23); sin embargo, la palabra «noche» (νύξ, *nux*) tiene que verse como más que una nota de tiempo, dado el énfasis en este relato del evangelio en la enseñanza de Jesús sobre la luz y las tinieblas. Las palabras de Juan apuntan a un recuerdo gráfico y vívido de un testigo ocular. Era de noche de una manera literal; pero también era de noche de una manera simbólica, porque Judas se había entregado a los poderes de las tinieblas y había partido para poner en práctica su plan de entregarle a Jesús a Sus enemigos. Kyle M. Yates nos recuerda: «Siempre es de noche cuando un alma sale de la presencia de Jesucristo».¹⁹

EL NUEVO MANDAMIENTO DE JESÚS (13.31–35)

³¹Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: **Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.** ³²Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará. ³³Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: **A donde yo voy, vosotros no podéis ir.** ³⁴Un mandamiento nuevo os doy: **Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.** ³⁵En esto conocerán todos que sois mis discípulos,

¹⁹ Kyle M. Yates, *Preaching from John's Gospel (Predicando del Evangelio de Juan)* (Nashville: Broadman Press, 1964), 124.

si tuviereis amor los unos con los otros.

Como ya se ha señalado, el ministerio público de Jesús llegó a Su fin con el capítulo 12. Los capítulos 13 al 17 conforman una gran sección de material en la que Jesús ya no ministraba a las multitudes. En lugar de ello, estaba pasando unas horas, antes de Su crucifixión al día siguiente, con «los suyos» (13.1) para darles algunas instrucciones finales. La mayor parte de esta unidad más grande consiste en el Discurso de Despedida. El material de 13.1–30 bien podría ser considerado como el prólogo (la limpieza de la comunidad de discípulos) y el capítulo 17 como el epílogo (la oración final de Jesús), con el Discurso de Despedida que consta de 13.31–16.33.

Una gran controversia entre comentaristas se refiere al orden exacto del material en esta sección de las Escrituras. Se puede argumentar a favor de dividir el Discurso de Despedida en dos secciones: 13.31–14.31 y 15.1–16.33. En la primera sección, los discípulos interrumpieron a Jesús con varias preguntas, que Él utilizó para iluminarlos. La segunda sección comienza en el capítulo 15, después de que Jesús había dicho: «... vamos de aquí» (14.31). En ese momento, Él y los discípulos evidentemente salieron del aposento alto y se dirigieron al huerto de Getsemaní.

Versículos 31, 32. La nota de tiempo **cuando** [Judas] **hubo salido** es algo más que una marca de tiempo. Indica que la comunidad de discípulos había sido limpiada porque el traidor había salido de entre ellos. Jesús podría comenzar Sus instrucciones finales a aquellos que realmente eran «los suyos» (13.1). También quiere decir que la traición, que ahora estaba puesta en marcha, había de llegar a su clímax pronto con la obra salvadora de Jesús en la cruz. Así como la llegada de los griegos fue el estímulo para la primera declaración de Jesús de que Su hora había llegado (12.23), así también la partida de Judas fue el estímulo para Su declaración de que estaba a punto de ser **glorificado**. D. A. Carson dijo: «Ahora la partida de Judas pone en marcha la maquinaria en sí del arresto, juicio y ejecución».²⁰ Al tiempo mismo que Judas estaba procediendo con sus planes de traicionar a Jesús, **el Hijo del Hombre** y el Padre estaban siendo «glorificados» (de δοξάζω, *doxazō*) —es decir, «magnificados», «ensalzados», «exaltados». Si bien los relatos sinópticos presentan el sufrimiento de

²⁰ Carson, 482.

Jesús y Su gloria como en contraste uno con el otro, la narración de Juan los considera estrechamente relacionados (vea comentarios sobre 12.23). Barrett dijo: «Juan combina las dos nociones, reuniendo en un solo conglomerado las experiencias completas del sufrimiento y la gloria...».²¹ La glorificación del Hijo del Hombre estaba en la vergüenza de la cruz (vea comentarios sobre 1.50, 51). Jesús no sólo dijo que el Hijo del Hombre estaba siendo glorificado, también dio tres verdades concernientes a Dios siendo glorificado.

Primero, **Dios es glorificado en él**. Dios fue glorificado por el cumplimiento de la voluntad del Padre por parte del Hijo. Jesús dijo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (17.4; vea 6.38). Esa obra incluía todo lo necesario para salvar a las personas pecaminosas.

Segundo, **Dios también le glorificará en sí mismo**. Puesto que Dios es glorificado en el Hijo, también el caso es que Dios glorificará al Hijo en Sí mismo.²² Es esencialmente lo que Jesús dijo en 17.5: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese». Esto supone que la frase «en sí mismo» quiere decir «en Dios el Padre mismo». El Padre y el Hijo son tan esencialmente uno en propósito que así como el Padre fue glorificado por la obediencia del Hijo, también el Hijo sería glorificado por el Padre. B. F. Westcott pensó que «Dios glorificaría al Hijo del Hombre [...] tomando Su humanidad glorificada para comunión con Sí mismo».²³

Tercero, **Dios en seguida le glorificará**. A pesar del uso del tiempo futuro, Jesús no se refería a algún acontecimiento en el futuro remoto; estaba mirando al futuro inmediato. Su muerte y exaltación eran inminentes y resultarían en el cese de Su obra en la tierra.

Versículo 33. De pensar en lo que Su sufrimiento y muerte significaban para Él, Jesús centró Su atención en cómo se verían afectados Sus discípulos cuando partiera. Dijo: **Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir**. Su tono era

el de un hablar como entre familia mientras preparaba a los discípulos para Su partida. Utilizó el diminutivo τεκνία (*teknia*), «Hijitos», que aparece sólo aquí en este relato del evangelio, pero siete veces en 1ª Juan (vea 1ª Jn 2.1, 12, 28; 3.7, 18; 4.4; 5.21). En algunos manuscritos griegos antiguos, *teknia* también aparece en Gálatas 4.19, donde Pablo apeló tiernamente a los gálatas. El lenguaje era apropiado en la última cena, donde Jesús ocupó el papel de cabeza de familia y los discípulos eran Sus hijos. Jesús les informó que estaría con ellos «un poco» y luego añadió, como les había dicho a los judíos (las autoridades religiosas opuestas a Jesús), que lo buscarían, pero que no podrían seguirle (7.33, 34; 8.21).

Así como los judíos quedaron perplejos ante lo dicho por Jesús, también los discípulos quedaron desconcertados (13.36–38); sin embargo, aquí fue donde terminaba la similitud. Jesús no les dijo a Sus discípulos lo que les había dicho a los judíos: «no me hallaréis» (7.34). Tampoco dijo que morirían en sus pecados (8.21). Más bien, Jesús le dijo a Pedro que no podía seguirle *ahora*, sino que le seguirían un día (13.36). A los discípulos les fue dicho que Jesús iba a preparar un lugar para ellos porque le volverían a ver (14.1–3). Además, les dijo a los discípulos: «porque yo vivo, vosotros también viviréis» (14.19). Por lo tanto, a los discípulos se les dio la seguridad de que, aunque no podían ir inmediatamente a donde Jesús iba, se unirían con Él en el futuro.

Versículos 34, 35. Las palabras de Jesús fueron pronunciadas en la misma noche cuando Sus discípulos habían estado debatiendo entre ellos sobre la superioridad. Habiendo anunciado Su partida, Jesús se aseguró de que Sus discípulos supieran lo que esperaba de ellos mientras estuviera ausente. Les dio **un mandamiento nuevo** de amarse **unos a otros**. Sólo aquí, en el Evangelio de Juan, Jesús usó la palabra «nuevo». El mandamiento a amar no era completamente nuevo, sino más bien antiguo. La Ley ordenó dos mandamientos centrales: «Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón» (Dt 6.5) y «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19.18). Jesús enseñó a cierto escriba que toda la Ley y los Profetas estaban resumidos en estos dos mandamientos (Mr 12.29–31). Entonces, ¿por qué dijo Jesús que estaba dándoles a Sus discípulos un mandamiento «nuevo»? Woods sugirió tres maneras en que el mandamiento de Jesús era nuevo. 1) El mandato era nuevo en el sentido de que «incluye a todos los hombres, buenos y

²¹ Barrett, 450.

²² Las palabras «si Dios es glorificado en él» al comienzo de 13.32 no aparecen en algunos manuscritos confiables; sin embargo, si ese es el caso, se necesita algún tipo de cláusula para darle sentido al pasaje. (Carson, 483, n. 1.)

²³ Westcott, 196–97.

malos, a nuestros enemigos, así como a nuestros amigos». 2) También era nuevo en que «el amor que requiere Jesús difiere del amor que mandaba la ley». 3) Además, era nuevo en que nuestro amor se inspira en un motivo diferente; «hemos de imitarle en la medida de lo posible» debido al amor que Jesús manifestó por nosotros.²⁴

Si bien hay mucho que decir a favor de las anteriores tres ideas, no parecen capturar la esencia exacta del mandamiento de Jesús. Jesús estaba dando un mandamiento restrictivo, porque dijo «Que os améis unos a otros», refiriéndose obviamente a los discípulos. En vista del debate entre ellos, tal vez había una necesidad inmediata de que se amaran unos a otros. El mandamiento era nuevo porque el amor que habían de tener unos por otros había de ser modelado según el amor que Jesús tenía por ellos, esto es, **como yo os he amado**. Había «amado a los suyos que estaban en el mundo» y «los amó hasta el fin» (13.1). Jesús a menudo había demostrado Su amor por Sus discípulos tanto en precepto como en ejemplo. El hecho de que Jesús quería que entendieran la importancia del mandamiento de amarse unos a otros es evidente en que lo dio dos veces más en Sus instrucciones finales (15.12, 17).

El precepto de Jesús causó una gran impresión en Juan. Según la NASB, utilizó palabras que se traducen como «amor» cincuenta y siete veces en su relato del evangelio (doce veces en los capítulos 1 al 12 y cuarenta y cinco veces en los capítulos 13 al 21). Le abrumó el hecho de que era «uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba» (13.23). Además, continuó haciendo hincapié en el tema del amor en 1ª Juan (vea, por ejemplo, 1ª Jn 3.11, 18, 23; 4.7, 8, 11, 12). Muchos han llamado la atención sobre una historia conservada por Jerónimo de que Juan, en su vejez, nunca dejó de repetir: «Hijitos, amaos unos a otros».²⁵ Juan nunca olvidó la amonestación de su Señor.

Jesús les dijo a los discípulos: **En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros**. Amar «desinteresadamente», «abnegadamente», «comprensivamente» y «perdonando»,²⁶ como lo demostró primero Jesús, sería, de hecho, la marca distintiva de los discípulos de Jesús. En 8.31, Jesús dijo que una marca de

un discípulo era permanecer en Su palabra; más adelante diría que un discípulo había de «[llevar] mucho fruto» (15.8). La insignia del discipulado que se nombra aquí es el amor de unos por otros. Así es como los discípulos de Cristo han de distinguirse de los del mundo y que están bajo el reinado de Satanás. Con frecuencia, los eruditos han llamado la atención al testimonio de Tertuliano, escribiendo un siglo después de este relato del evangelio. Los paganos de sus días se asombraron del amor de la comunión cristiana incluso ante la persecución y la muerte. «¡Miren cómo se aman!», exclamaban. La creencia de que el amor cristiano era más que superficial es evidente en otra de sus declaraciones: «¡Qué listos están para morir el uno por el otro!»²⁷ (vea 15.13; 1ª Jn 3.16).

JESÚS ANUNCIA LA NEGACIÓN DE PEDRO (13.36–38)

³⁶Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después. ³⁷Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. ³⁸Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

Versículos 36–38. Todos los relatos del evangelio se refieren al anuncio de la negación de Pedro (Mt 26.31–35; Mr 14.27–31; Lc 22.31–34). Pedro fue característicamente el primero en hacer una pregunta; sin embargo, durante esta parte de las instrucciones finales de Jesús a Sus discípulos, también fueron planteadas por Tomás (14.5), Felipe (14.8) y Judas «(no el Iscariote)» (14.22). Aparentemente, **Pedro** (al igual que los demás discípulos) estaba más interesado en las implicaciones de la inminente partida de Jesús (13.33) que en el nuevo mandamiento y preguntó: **Señor, ¿adónde vas?** (13.36). Pedro tuvo que haberse preguntado: «Si Jesús es el Mesías prometido y el Rey de Israel, ¿a dónde podría estar yendo, sino a establecer Su reino?». Claramente, Pedro no comprendía realmente lo que Jesús estaba diciendo. En este punto, el pensar de Pedro sobre la naturaleza del reino estaba en un plano terrenal y reflejaba el del judío promedio de esos días, la idea de que el reino era terrenal (en lugar de espiritual) y temporal (en lugar

²⁴ Woods, 297.

²⁵ Jerónimo *Comentario sobre Gálatas* 6.10.

²⁶ William Barclay, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)*, vol. 2, rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 149–50.

²⁷ Tertuliano *Apología* 39.7.

de eterno) en naturaleza. **Jesús** no dio respuesta directa a su pregunta; en su lugar, repitió lo que había dicho en 13.33, excepto que usó el singular con referencia específica a Pedro: **A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después.** La respuesta de Jesús debe entenderse como una advertencia a Pedro acerca de lo que era tan característico de él, a saber, sus muestras impulsivas de emoción. Comprensiblemente, Pedro no tenía idea de lo que le esperaba a su Señor al siguiente día. No comprendía que Jesús estaba a punto de regresar al Padre ni la razón para Su partida. Antes de Su regreso, sin embargo, Jesús tenía que «ir» a la cruz y al sepulcro por Pedro y por todo el mundo herido por el pecado. Pedro «[seguiría] después» en la muerte, pero no hasta que se le hubiere restaurado de su negación y hubiera completado la obra que Jesús le tenía para llevar a cabo (vea 21.15–19). Sólo después de la muerte y resurrección de Jesús, Pedro comprendería lo que Jesús estaba diciendo ahora.

Pedro se sorprendió de la respuesta que Jesús le dio, y su orgullo de ser uno de los discípulos de confianza de Jesús podría haber estado amenazado. Por lo tanto, preguntó: **Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora?** y afirmó con confianza: **Mi vida pondré por ti** (13.37). Pedro no se daba cuenta de que era la muerte a la que Jesús iba antes de ascender al Padre; sin embargo, aunque dondequiera que Jesús fuera era peligroso, afirmó que estaba dispuesto a arriesgar su vida para seguir adelante. La declaración de Pedro era casi idéntica a la del «buen pastor» (10.11). Las palabras de Pedro fueron pronunciadas de manera sincera, sin embargo, las palabras llegaron fácilmente en la seguridad del aposento alto. Más adelante, en el ambiente amenazante del palacio del sumo sacerdote, su fe vacilaría.

La respuesta de Jesús **¿Tu vida pondrás por mí?** (13.38) cuestionó la afirmación de confianza de Pedro. Pedro estaba listo para luchar y tal vez incluso morir por Jesús en el huerto cuando sacó su espada y cortó la oreja de Malco (18.10), pero no podría seguir adelante con sus buenas intenciones. Con la doble afirmación que indica una verdad solemne, Jesús dijo: **De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.** El anuncio de que Pedro negaría a su Señor en poco tiempo tuvo que haber perturbado tanto a Pedro que permaneció en silencio el resto del tiempo en el aposento alto. No se le vuelve a mencionar hasta la escena en el huerto de Getse-

maní (18.10).²⁸

APLICACIÓN

Cuando un amigo se desvía (13.11–20)

En el aposento alto, mientras Jesús seguía conversando con Sus apóstoles en cuanto a la oscuridad que yacía inmediatamente delante de ellos, dijo: «No estáis limpios todos» (13.11). De esta manera, planteó con ternura el acto infiel que Judas cometería al traicionarle. No confrontó vilmente a Judas ni le dio una reprimenda pública; no deseaba dificultarle su arrepentimiento. Tampoco amenazó ni descomulgó a Judas antes de realizar el inicuo acto. Simplemente le transmitió visiblemente que sabía lo que planeaba hacer e insinuó que era posible que cambiara de opinión.

Después de que Jesús lavó los pies de todos los apóstoles (incluso Judas), les dijo que debían seguir Su ejemplo y lavarse los pies unos a otros. Les estaba enseñando que el que se convierte en siervo es el que entra en una vida de realeza y goza de una vida bienaventurada. Sin embargo, sabía que uno de los presentes lo traicionaría. Jesús dijo: «No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido» (13.18). La palabra para «sé» es οἶδα (*oída*), un verbo indicativo perfecto que quiere decir «haber sabido». Jesús estaba muy consciente de todo lo que había en el corazón de Judas. Había dicho anteriormente: «¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?» (6.70).

Jesús sabía cuando escogió a Judas que se desviaría, sin embargo, también sabía que Judas tenía la capacidad de seguir el camino correcto y cumplir su misión como apóstol. Aquí, en una sola persona, vemos el misterio del conocimiento previo de la Deidad y el libre albedrío de la humanidad. A pesar de que Jesús sabía lo que Judas iba a hacer, buscó guiarle suavemente lejos de esa terrible obra y conducirlo al arrepentimiento.

A medida que se acercaba la realidad de la traición de Judas, Jesús utilizó la ocasión para preparar a los demás apóstoles para ello. Dijo, «mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar» (13.18).

²⁸ Según Marcos 14.30, Pedro negaría a Jesús tres veces «antes que el gallo haya cantado dos veces». Carson hizo notar: «Aparentemente era habitual que los gallos en Palestina cantaran alrededor de las 12.30 a.m., 1.30 a.m. y las 2.30 a.m., lo que llevó a los romanos a dar el término “canto de gallo” a la vigilia entre la medianoche y aproximadamente las 3.00 a.m.» (Carson, 487).

Estaba citando Salmos 41.9: «Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, Alzó contra mí el calcañar». Estaba aplicando las palabras de David en un sentido profético y pictórico a lo que Judas le estaba haciendo. Jesús no repitió la frase «en quien yo confiaba» del salmo en Su cita. Esta parte de la declaración no aplicaba a Él porque había sabido todo el tiempo lo que haría Judas.

Las anteriores palabras de Jesús dieron guía, iluminación y aliento espiritual a los once apóstoles que estarían muy desanimados por lo que estaba a punto de sucederles a Jesús y a ellos. Sus palabras los prepararon y pueden prepararnos a nosotros para las tragedias que les acontecen incluso a personas espirituales.

Con Sus enseñanzas del aposento alto como telón de fondo y luz guía, preguntemos: «¿Qué hacemos, y cómo reaccionamos, cuando uno de los nuestros se desvía y hace lo impensable?».

1. *Tenemos que reconocer nuestra situación mientras vivimos en este mundo.* Jesús les dijo a Sus apóstoles que las Escrituras tienen que cumplirse. En este entorno en particular, citó Salmos 41 como una profecía pictórica que encontraría su cumplimiento en Judas. Dijo que un gran desastre estaba cayendo sobre ellos. Esta calamidad estaba relacionada con la condición del hombre en la vida: el hecho del pecado. La realidad de la traición de Judas a Jesús refleja el inevitable rechazo de la justicia por parte de todas las personas. Jesús les dijo a Sus apóstoles lo que estaba a punto de suceder para que no se desilusionaran por la iniquidad de Judas. Quería que supieran que este pecado monumental no podía cambiar quién era ni lo que había venido a hacer. Dijo: «Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy» (13.19).

2. *Cuando tragedias como esta llegan a nuestras vidas, tenemos que reconocer la naturaleza horrible del pecado.* Jesús había precedido Su advertencia a los apóstoles con las siguientes palabras: «Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis» (13.17). Luego, volviéndose a prever el futuro con Sus apóstoles, dijo: «No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido» (13.18). En otras palabras, uno de ellos no conocería la bendición de seguirle con la actitud de obediencia. Uno de ellos no experimentaría las bendiciones que el cielo imparte. Se acercaba el día en que el nombre de Judas sería descartado debido a la terrible memoria asociada con él. A su muerte, nadie

sería capaz de decir las reconfortantes palabras «Se ha ido al cielo». Pedro sólo podía decir que «cayó por transgresión [de este apostolado] para irse a su propio lugar» (Hch 1.25).

3. *Durante la oscuridad de la tragedia, debemos permanecer fieles a nuestra misión.* Incluso un evento catastrófico como este no podría cambiar ni frustrar la misión de Jesús, quien dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió» (13.20). La obra de Jesús continuaría y los apóstoles saldrían a predicar. Se le llamaría a la gente a tomar una decisión sobre el Evangelio que escucharan, sin embargo, la autenticidad de las palabras de Jesús no se vería afectada por aquellos que rechazaran Su mensaje.

Conclusión. ¿Qué debemos hacer cuando ocurra lo peor, cuando uno de los nuestros venda el regalo más sagrado jamás dado al hombre? Hagamos lo que Jesús les dijo a Sus apóstoles que hicieran cuando se enfrentaron a esta situación. Tenemos que recordar que la vida a veces es así. No debería sorprendernos. Las Escrituras nos advierten lo que el mañana puede traer. Nosotros, como Jesús, podemos señalar una profecía. Pablo dijo:

También debes saber esto: que en los posteriores días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios (2ª Ti 3.1-4).

Veamos la tragedia, sin embargo, rehusemos enredarnos en ella. Algunos que conocemos se apartarán de Cristo, pero permanezcamos fieles a Él sin importar las noches sombrías que se desplegarán ante nosotros. Permanezcamos también fieles a nuestra misión. El pecado y los pecadores vendrán; pero nuestro mensaje, misión y motivación tienen que seguir siendo los mismos.

Eddie Cloer

Cómo llegarle a un renegado (13.21-30)

¿Cómo una persona piadosa le llega a alguien que ha sido poseído por la iniquidad? ¿Cómo reacciona un corazón puro a un corazón lleno de Satanás? Las respuestas apropiadas a estas preguntas pueden encontrarse al observar la forma en que Jesús habló a Judas en el aposento alto (13.21-30).

¿Qué hizo Jesús con Judas? ¿Cómo le llegó a este traidor?

1. *Jesús lloró por él.* Nuestro texto dice que Jesús «se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar» (13.21). Jesús acababa de citar un pasaje del Antiguo Testamento que representaba lo que estaba enfrentando en esta noche con Judas. Se apropió de las palabras de David, diciendo: «El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar» (13.18; vea Sal 41.9). Al citar esta profecía, anunció que no todos los presentes en esta comida seguirían Sus palabras. Uno de ellos no conocería la bendición de permanecer en lo que les había dicho; uno no estaba limpio (13.11). Además, les informó a Sus apóstoles que les estaba diciendo estas cosas para que no se desconcertaran cuando tuviera lugar ese oscuro acontecimiento (13.19).

Después de abordar claramente la situación que se avecinaba, Jesús «se conmovió en espíritu». La palabra que Juan usó, *ἐταράχθη* (*etarachthē*), quiere decir «experimentar una gran angustia mental». En este momento, Jesús estaba profundamente conmovido en Su espíritu y muy preocupado por la vida y el alma de otra persona.

Anteriormente, Jesús había mirado la ciudad de Jerusalén y había llorado sobre ella (Lc 19.41); pero en este aposento alto miró a Judas y a los demás apóstoles y se perturbó profundamente por lo que vio. Su grandiosa y divina alma se llenó de dolor por lo que Judas planeaba hacer y el efecto que tendría en los demás apóstoles y en el mismo Judas.

Cada persona, en algún momento, agonizará por alguien o algo similar. El gran indicador de nuestro carácter está en la respuesta a esta pregunta: «¿Por qué cosas lloramos o nos preocupamos profundamente?».

2. *Jesús confrontó a Judas y lo exhortó.* No presionaría a Judas ni le dificultaría aún más librar su corazón del mal que residía en él. En lugar de ello, Jesús les dijo públicamente a Su grupo de apóstoles: «De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar» (13.21). Cuando se le preguntó: «... quién era aquel de quien hablaba», les dijo: «A quien yo diere el pan mojado, aquél es» (13.24–26a). Leemos: «Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto» (13.26b–28). En toda esta conversación, nadie sospechó de Judas. Cada uno se miró internamente y preguntó: «¿Seré yo?»

(Mr 14.19) o «¿Soy yo, Señor?» (Mt 26.22; KJV). Incluso cuando Jesús le dio a Judas el bocado, los otros apóstoles no entendieron quién era al que se identificaba. No entendieron lo que Jesús le estaba diciendo a Judas.

Con la entrega del pedazo de pan a Judas, Jesús una vez más lo había confrontado en el escenario de la Última Cena. De varias maneras, había anunciado que alguien en el grupo lo vendería a manos del Sanedrín. Jesús no estaba tratando de avergonzar a Judas ni humillarlo para que se arrepintiera exponiéndole públicamente. Deseaba que Judas supiera que Él estaba consciente de lo que estaba sucediendo.

Jesús tuvo cuidado de no ir más allá de una persuasión fiel para coaccionar a Judas. Se entregó a este apóstol incluso antes de ir a la cruz. Lavó los pies de Judas, le enseñó a ser un siervo, le ilustró, por medio de la metáfora del lavado de pies, que Él proporcionaba limpieza a Sus seguidores y le recordó que sabía lo que él estaba haciendo, sin embargo, aún así le amó.

3. *Jesús le permitió tomar su propia decisión.* El gran Rey se negó a obligar por la fuerza la obediencia de Su siervo. Sabía todas las cosas, tenía todo el poder y entendía todo acerca de la personalidad humana; sin embargo, condescendió a dejar que Judas decidiera su futuro. Juan dijo: «Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto» (13.27). Juan luego escribió: «Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche» (13.30). El ejemplo de servicio de Jesús, Su gentil súplica y Su discreta confrontación de Judas en esta noche no invalidaron la ambición pecaminosa que crecía en el corazón de Judas. Jesús, en una tristeza que sólo el cielo puede entender, permitió que Judas le dejara y jamás regresara.

Cuando Judas salió, la tenue luz de la redención se desvaneció y la terrible oscuridad de la condenación cayó sobre él. James Burton Coffman escribió:

La entrada de Satanás en Judas en este momento indica una entrada inusualmente malévol; porque Satanás había estado en Judas antes, por ejemplo, cuando esperaba las treinta piezas de plata. Por lo tanto, esto indica que Satanás tomó posesión de Judas permanentemente, como consecuencia de su endurecimiento judicial, un hecho sugerido, e incluso exigido, por el hecho del mandamiento de Jesús a Judas para que actuara rápidamente. Hasta este punto, había existido esperanza para Judas; sin embargo, después de que Satanás le

tomó, su descenso a la miseria y la muerte fue rápido, dramático e irrevocable. El ejemplo de lo que le sucedió a Judas aquí debería darle a cada persona una pausa en la contemplación del mal. Una vez que el dado es finalmente lanzado y Satanás reclama la posesión del alma, siempre ocurre una destrucción rápida e inevitable.²⁹

Conclusión. ¿Cómo se le llega a una persona que se sabe está hundida en el pecado? El ejemplo de Jesús dice que tenemos que reconocer su situación como una de las peores tragedias de la vida. Entonces, motivados por una preocupación sincera, tenemos que tenderle la mano, tratando de volverla al Señor. Debemos tener siempre cuidado de no humillar a esta persona; tenemos que entender que acorralarla en una esquina podría endurecerle en lugar de ayudarle. Además, tenemos que reconocer que se le tiene que permitir a la persona decidir por sí misma, incluso si esa decisión dé como resultado su alejamiento bajo el manto de la noche. Aunque pueda que no siempre tengamos éxito, hagamos todo lo posible para evitar que otros cristianos abandonen la iglesia así como Judas «salió» de sus hermanos en Juan 13.30.

Eddie Cloer

«... mas me seguirás después» (13.33, 36–38)

Cuando Jesús les explicó a Sus apóstoles que los estaba dejando, agregó con ternura que le seguirían en un futuro cercano. Las pocas horas que le quedaban con ellos pasarían rápidamente. Dijo: «Hijitos, aún estaré con vosotros un poco» (13.33). Los dejaría e iría a Su Padre. Sabía que extrañarían Su presencia y la comunión que habían gozado.

Anteriormente, durante Su ministerio, había dicho: «Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir» (8.21). Esas palabras habían sido dirigidas a judíos incrédulos que estaban escuchándole.

Ahora, al final de Su vida terrenal, en este escenario de la pascua con Sus apóstoles, volvió a utilizar las palabras «yo voy», pero en un contexto completamente diferente. Las hizo parte de Su discurso de despedida a Sus apóstoles. Había escogido a esos hombres para que fueran Sus apóstoles, les había enseñado, había caminado con ellos, los había salvado y los había enviado a predicar en Su nombre. Más adelante le diría a Su

Padre en Su gran oración:

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste (17.6–8).

Impactado por la declaración de Jesús de que se iba, Pedro preguntó (como Felipe también lo hizo posteriormente), «Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después» (13.36). Las palabras «me seguirás después» llegaron a lo más profundo de ellos, y también nos afectan profundamente a nosotros. Todo cristiano las atesora y encuentra el consuelo de la esperanza divina en ellas.

Pedro deseaba ir con Jesús, aunque eso significara morir con Él y por Él. Reconoció que Jesús iba a Su antigua gloria, y deseaba ir con Él. Tal vez pensó que podía ir con Él y regresar con Él para establecer Su reino. Jesús estaba diciendo, en otras palabras: «Este no es el momento para que vayas conmigo. Tu tiempo se acerca, pero no lo es ahora». Con anticipación y respeto, preguntemos: «¿Qué quiso decir Jesús con Su promesa “me seguirás después”?».

1. *Estaba diciendo que el tiempo de Pedro vendría a raíz de la gran redención que estaba proporcionando para el mundo.* Jesús tenía que ir a la cruz y completar el plan de salvación para todos los que creyeran. Pedro sólo podía mirar; no podía participar en ese gran evento. Sólo tendría un papel de apoyo en la cruz.

No podemos salvarnos a nosotros mismos; Cristo lo hizo por medio de Su cruz. Le seguiremos a la gloria como resultado de nuestra redención. Tenía que ir delante de nosotros y proporcionar el camino para que le siguiéramos. No debemos olvidar las siguientes palabras de exhortación: «Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos» (He 2.10). Jesús, nuestro Salvador, ha ido delante de nosotros, asegurando nuestra salvación eterna; y pronto le seguiremos.

2. *Jesús también estaba diciendo que, después de que nuestras pruebas sean superadas, le seguiremos.* Pedro le había dicho esencialmente a Jesús: «Señor,

²⁹ James Burton Coffman, *Commentary on John (Comentario sobre Juan)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1974), 318–19.

¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti». Con palabras desafiantes que incluían una revelación apasionante, nuestro Señor le respondió: «¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantaré el gallo, sin que me hayas negado tres veces» (13.38). Pedro no estaba listo para ir con Jesús. Tenía que pasar por un proceso formador de carácter antes de poder seguirle.

Podríamos preguntar: «¿Por qué Jesús no ha vuelto ya a buscarnos?». La razón es que no es el momento adecuado para que venga. Está esperando a que algunos de nosotros crezcamos un poco; está tardando para que más personas puedan escuchar el mensaje y volverse a Él para salvación. Pedro dijo: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2ª P 3.9). Dijo además que los cristianos —mediante nuestro crecimiento en la «piadosa manera de vivir»— estamos «esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios» (2ª P 3.12). Mientras esperamos nuestra invitación a seguirle a la eternidad, tenemos que utilizar el tiempo que nos ha dado para crecer más plenamente en Su semejanza.

3. *Jesús también estaba diciendo que cuando nuestra obra haya terminado, le seguiremos.* Después de la cruz, la iglesia saldría a la luz y el Evangelio iría a todo el mundo. Los apóstoles desempeñarían un papel importante en la aplicación del plan de Jesús para la Era Cristiana. Su iglesia sería edificada sobre «el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Ef 2.20). Tal vez es lo que Jesús quiso decir cuando anteriormente les dijo a Sus apóstoles: «De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 19.28). Jesús tenía mucho trabajo para que Pedro y los demás apóstoles hicieran antes de abrirles la puerta para que le siguieran.

Lo mismo es cierto para nosotros. Tiene nuestros tiempos en Sus manos. Sabe qué es lo mejor que podemos hacer por Su causa. Tenemos que juzgar Su demora en llamarnos a Su lado como Su recordatorio de que nos está dando más trabajo para hacer aquí. Estamos continuamente atraídos entre dos deseos: estar con Él en gloria o entregarnos fielmente a nuestras labores aquí. Tenemos que confiar en Él en cuanto al tiempo

que nos necesita aquí, en cuanto a lo mejor que podemos hacer por el bien del reino y en cuanto a la manera en que nos apartaremos para seguirle.

Al igual que Pedro, debemos tener un anhelo interno por estar con Jesús. Debemos procurar estar donde Él está. Sin embargo, al igual que Pedro, tenemos que entender que no se nos permite seguirle ahora. Hemos avanzado mucho más en nuestro viaje ahora que hace unos años. Él no ha terminado con nosotros; sin embargo, ha logrado algún avance con nosotros. Pedro negó al Señor, pero aprendió de esa experiencia. Creció a partir de ella. Pasó de ser un discípulo cobarde a un predicador valiente y luego un mártir victorioso.

Jesús tiene un lugar para nosotros en Su reino, habiéndonos hecho mayordomos de Su evangelio. Nos ha dejado una misión de gran alcance. Después de que le hayamos servido proclamando las buenas nuevas a los pueblos de la tierra, le seguiremos. Nos dará la bienvenida a la puerta de la muerte y nos llevará a Su gloria.

Eddie Cloer

«... como yo os he amado» (13.34, 35)

Los miembros de algunos grupos y organizaciones usan insignias con nombres para identificar quiénes son y cuál es su papel en la vida. ¿Cuál es la insignia del discipulado? ¿Cómo han de identificar a los cristianos aquellos que no son cristianos? Cristo dio la respuesta a esa pregunta en Juan 13.34, 35, diciendo: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros».

Nuestra insignia de discipulado es el amor. Jesús dijo que los cristianos serán reconocidos por su amor. Esto elimina otras ideas sobre la verdadera prueba del discipulado.

No es sólo cuestión de hablar. Jesús no dijo que seremos Sus discípulos si usamos Su nombre o hablamos de Dios o proclamamos que somos cristianos cierto número de veces cada día.

No es una forma distintiva de vestimenta o forma de hablar. Las personas en algunas órdenes religiosas usan ropa sencilla y usan un lenguaje arcaico, mientras que otras usan túnicas para distinguirse. Los cristianos han de cultivar la piedad genuina, la verdadera piedad. Si bien ser cristiano afectará la forma en que nos vestimos y hablamos, Jesús no dijo que los cristianos deberían ser conocidos por su apariencia «piadosa» o su

forma de hablar.

No es sólo un ritual. La adoración siempre ha sido importante para el Señor. Jesús dijo que debemos adorar al Señor «en espíritu y en verdad» (4.24). Sin embargo, cuando habló de lo que diferencia a los cristianos de los demás, no mencionó la adoración. Se podría adorar correctamente y aún no cumplir con la prueba del discipulado.

No es la oración. Según Jesús, la oración no es la marca que debe distinguir a Su pueblo. La comunicación con el Padre es importante; los cristianos han de orar constantemente. Sin embargo, la oración no es lo principal que hace diferente al cristiano.

No es una doctrina estricta. La doctrina bíblica es importante. El Nuevo Testamento enseña que tenemos que aferrarnos, predicar y practicar la sana doctrina. Sin embargo, Jesús no dijo: «Los hombres sabrán que ustedes son Mis discípulos si enseñan la sana doctrina». Incluso si enseñamos la sana doctrina, no seremos discípulos aceptables de Cristo si no exhibimos la verdadera insignia del discipulado.

Para ser conocidos como discípulos de Cristo, tenemos que amarnos unos a otros. Jesús dijo que la verdadera prueba del discipulado es el amor por nuestros prójimos cristianos. Además, si nos amamos los unos a los otros como Jesús requiere, ¡las personas podrán creer que somos verdaderamente discípulos de Cristo y estar más dispuestos a aceptar nuestra doctrina!

Así como deseaba Jesús, el amor el uno por el otro caracterizó a la iglesia primitiva. En Hechos 4.32–35, leemos que los cristianos «era de un corazón y un alma» y «ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía». Como resultado, «no había entre ellos ningún necesitado». Aquellos que poseían «heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad».

Cuando los primeros cristianos se ayudaban unos a otros, tenían comunión unos con otros, y morían unos por otros, aquellos que los observaban se veían obligados a testificar: «Miren cómo se aman los unos a los otros».³⁰

La importancia de amarse unos a otros fue repetido a menudo a los discípulos de Jesús. En Juan 15.12, Jesús dijo: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado»;

y en 15.17 repitió el mandamiento: «Esto os mando: Que os améis unos a otros». Según 1ª Pedro 1.22, dado que nuestras almas han sido purificadas por nuestra obediencia a la verdad, tenemos que «[amarnos] unos a otros entrañablemente, de corazón puro». Pablo mencionó primero el «amor» entre las cualidades que llamó el «fruto del Espíritu» (Ga 5.22). En 1ª Corintios 13, hizo hincapié en la necesidad de amarse unos a otros diciendo que nada vale sin amor. Concluyó: «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor» (1ª Co 13.13). En Romanos 12.10, Pablo escribió que los cristianos deben «[amarse] los unos a los otros con amor fraternal» y deben «en cuanto a honra, [preferirse] los unos a los otros». Cuando Pedro habló de la forma en que los cristianos deben crecer espiritualmente, nombró el «amor» como el logro culminante del carácter cristiano (2ª Pe 1.5–7).

Entender que el amor es la insignia del discipulado es ver sólo una parte de la verdad. Jesús no sólo dijo que tenemos que amarnos los unos a los otros. Más bien, dijo en 13.34 que tenemos que amarnos los unos a los otros como Él nos amó: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; *como yo os he amado*, que también os améis unos a otros» (énfasis añadido; vea 15.12). ¿Cómo era un «mandamiento nuevo»? No era el hecho de que debíamos amar, sino la medida en que debemos amar: ¡*Hemos de amar como Cristo amó!* A menos que estemos tratando de cumplir con esa norma, no estamos cumpliendo con la prueba del verdadero discipulado.

La siguiente pregunta, entonces, llega a ser: «¿Cómo amó Cristo a Sus discípulos?». Para amar como lo hizo Él, tenemos que saber cómo era Su amor.

Primero, el amor de Cristo fue un amor desinteresado. Jesús dijo: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mr 10.45). Justo antes de que Jesús les dijera a Sus discípulos que tenían que amarse unos a otros como Él los había amado, encontramos la siguiente declaración: «... sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13.1). Luego, Jesús lavó los pies de los discípulos. Después, dijo que les había puesto un ejemplo, que debían hacerse unos a otros lo que Él había hecho a ellos (13.13–15). Si queremos amar como Cristo amó, tenemos que estar dispuestos a

³⁰ Tertuliano *Apología* 39.7.

servir a los demás con sacrificio y humildad, en lugar de procurar ser servidos. Si sólo estamos interesados en nosotros mismos —nuestra gloria, nuestras recompensas, nuestros derechos y privilegios— y no estamos sirviendo a los demás desinteresadamente, entonces no estamos exhibiendo la verdadera insignia del discipulado.

Segundo, el amor de Cristo fue un amor entregado. Jesús pasó Su vida dando. Dio salud a los demás sanándoles; les dio tranquilidad echando fuera demonios; les dio sustento alimentándolos; dio a unos vida levantándolos de entre los muertos. En resumen, como dijo Pedro: «anduvo haciendo bienes» (Hch 10.38). En última instancia, dio el don más grande de todos: dio Su vida, eligiendo morir por los demás (10.18).

Debemos seguir el ejemplo de Jesús dando a los demás para demostrar que nos amamos unos a otros. Por supuesto, tenemos que amar a todos. Sin embargo, a los cristianos los une cierto vínculo, y debe hacer que nos amemos unos a otros de una manera especial. Hemos de darnos los unos a los otros cuando surjan necesidades, ayudarnos unos a otros porque todos somos parte de la familia de Dios. Debemos seguir el ejemplo de la iglesia primitiva, en la que los miembros compartían libremente sus bienes terrenales para ayudar a los hermanos necesitados. Pablo dijo: «Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Ga 6.10).

Tercero, el amor de Cristo fue un amor tolerante. ¡Lo sabemos porque Jesús tuvo paciencia con Sus apóstoles! Cuando expresaron sus opiniones sobre temas religiosos, con frecuencia se equivocaron. En varias ocasiones, Jesús los reprendió por su falta de fe. Cuando Jesús fue crucificado, le abandonaron y huyeron. Uno lo traicionó y otro lo negó. Cuando fue resucitado de entre los muertos, a pesar de haber anunciado Su resurrección, les resultó difícil creer que estaba nuevamente vivo. Justo antes de ascender, demostraron que todavía no entendían el concepto de Su reino. A pesar de sus defectos, Jesús los soportó, les enseñó, los animó, les ayudó y finalmente puso Su misión en la tierra en las manos de ellos.

¿Amamos de la misma manera? Cuando aquellos que conocemos resbalan y caen o muestran su ignorancia, ¿tendemos a pensar en ellos como perversos o malvados cuando probablemente sólo son débiles o están desinformados? Cuando nuestros hermanos no están a la altura de nuestras expectativas, ¿nos impacientamos con ellos?

¿Cómo debemos actuar para con nuestros prójimos discípulos cuando nos decepcionan? Pablo escribió: «También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos» (1ª Ts 5.14). Instruyó a los cristianos a soportarse «unos a otros» (Col 3.13). El autor de Hebreos amonestó a los cristianos a «[exhortarse] los unos a los otros cada día» (He 3.13) y a «[levantar] las manos caídas y las rodillas paralizadas; y [hacer] sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado» (He 12.12, 13).

Debemos recordar que Jesús dijo que «el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mt 26.41) y ser condescendientes con las debilidades carnales de nuestros conciudadanos cristianos. Si Jesús pudo tolerar las debilidades humanas de Sus discípulos, entonces podemos —y debemos— ser pacientes con nuestros hermanos y hermanas en Cristo!

Cuarto, el amor de Cristo fue un amor perdonador. Jesús incluso perdonó a los que le crucificaron, orando: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34). Juan dejó registrado que Jesús perdonó a Pedro por negarlo. En el último capítulo de su relato del evangelio, Juan contó cómo Jesús se apareció a los apóstoles después de haber estado pescando toda la noche sin atrapar nada y les permitió atrapar una multitud de peces. En esa ocasión, Jesús le preguntó a Pedro tres veces: «¿me amas?». Tres veces, Pedro afirmó que le amaba. Cada vez, Jesús respondió diciendo algo como «Apacienta mis corderos» o «Pastorea mis ovejas» (21.15–17). Independientemente de lo que pretendía comunicar Jesús mediante este intercambio, dejó claro que había perdonado a Pedro, el apóstol que le había negado tres veces.

Ser indulgente como Cristo podría ser nuestro mayor desafío como cristianos que somos. Cuando nuestros hermanos nos lastiman, nos resulta difícil perdonarlos. Nos inclinamos a guardar rencores y a nutrir resentimientos. Para amar como Jesús, sin embargo, tenemos que ser tan indulgentes como es Jesús.

Quinto, el amor de Cristo fue un amor universal. Amó a todo tipo de personas.

Amó a los ricos, como es evidente en Su visita a Zaqueo (Lc 19.1–10) y en Su encuentro con el joven rico principal (Mr 10.21).

Amó a los pobres. Mostró Su compasión por los necesitados cuando contó la historia de Lázaro

y el hombre rico (Lc 16.19–31). Dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres» (Lc 6.20). Su amor por los pobres es evidente por el hecho de que «gran multitud del pueblo le oía de buena gana» (Mr 12.37).

Amó a los gentiles. Sanó a la hija de una mujer cananea (Mt 15.21–28; Mr 7.24–30). Mandó que el Evangelio fuera predicado a todas las naciones (Mt 28.18–20).

Amó a los samaritanos. Mostró un respeto inusual por ellos en Su parábola del buen samaritano (Lc 10.25–37). Además, en el relato de la sanidad por parte de Jesús de los diez leprosos, las Escrituras señalan que el único que volvió a dar gracias fue un samaritano.

Amó a Su familia y a Sus amigos. Hizo arreglos para el cuidado de Su madre pidiéndole a Juan que la cuidara. Habló desde la cruz a Juan concerniente a ella, diciendo: «He ahí tu madre» (19.26, 27). Amó a Sus amigos María, Marta y Lázaro (11.5). Pasó tiempo con ellos, les enseñó y lloró con ellos; y resucitó a Lázaro de entre los muertos (11.1–44).

Amó a Sus enemigos, incluso a los que le clavaron en la cruz, porque dijo: «Padre, perdónalos» (Lc 23.34). Jesús mostró Su amor por Sus enemigos tratando de corregirlos. Sus reproches de aquellos que criticaron y trataron de atraparle no constituían una señal de odio, sino una señal de Su amor.

Amó a Sus discípulos. Juan 13.1 dice: «como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Cuando Su familia trató de alejarlo de las multitudes, Jesús respondió hablando de Sus discípulos como Su familia (Mr 3.31–35). En Juan 14.21, dijo: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él».

En la noche de Su traición, Jesús mostró Su amor por Sus discípulos lavándoles los pies. Luego demostró Su amor por Judas: Revelando Su conocimiento de que Judas le traicionaría (13.21–30), tal vez le estaba dando a Judas la oportunidad de cambiar de opinión.

Amó a los pecadores. Mostró misericordia a una mujer pecadora que lo ungió con perfume (Lc 7.36–50) y perdonó a la mujer adúltera que fue llevada delante de Él (8.1–11). Fue criticado por recibir a pecadores y comer con ellos (Lc 15.1, 2). Sobre todo, Jesús mostró Su amor por los pecadores «en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8).

En otras palabras, Jesús amó a todos, incluso a los que no son amorosos, a los difíciles de amar y a los que fueron despreciados por los demás. Si queremos amar como nos amó Jesús, entonces tenemos que amar a todas las personas de la manera como lo hizo Él.

¿Ama usted a los demás como lo hizo Jesús? Si no puede soportar estar cerca de ciertos grupos de personas —ricos, pobres, jóvenes, ancianos, personas de cierta raza o nacionalidad— si usted limita su amor a su propia familia, amigos y clase social, entonces no ama a los demás como lo hizo Jesús. Si ese es el caso, aún no ha pasado la prueba del verdadero discipulado.

Conclusión. Hemos de amar a los demás como Jesús nos amó a nosotros. Amó tanto que hizo lo que era mejor para los demás, incluso reprendiéndoles por sus pecados. Si amamos a los demás, siempre trataremos de hacer lo que sea mejor para ellos.

Amó tanto que perdonó a Sus enemigos incluso antes de que buscaran Su perdón. Si amamos a los demás, estaremos dispuestos a perdonar a las personas tan pronto como pequen contra nosotros; no esperaremos a que pidan perdón antes de perdonarles.

Amó tanto que pasó Su vida ayudando a los demás. Tal vez la señal más segura de que amamos a los demás de la manera como lo hizo Jesús es que pasamos nuestra vida sirviendo y ayudando a los demás en lugar de procurar ser servidos. Permítanme agregar que la mejor manera de servir o ayudar a los demás es guiarlos a Cristo. El cristiano que pasa su vida tratando de ayudar a salvar a los perdidos realiza el mayor servicio que cualquier ser humano puede prestarle a otro.

Jesús amó tanto que se sacrificó para salvar a los demás. Amó hasta el final. ¿Cuánto nos amamos unos a otros? ¿Nos amamos lo suficiente como para morir el uno por el otro? En los primeros siglos de la iglesia, los cristianos murieron unos por otros. A menos que estemos dispuestos a dar nuestra vida el uno por el otro, aún no hemos aprendido a amar la forma como amó Cristo.

Cuando amamos a los demás como lo hizo Cristo, mostramos la insignia del discipulado. ¡La gente podrá identificarnos como cristianos, sabrán que somos discípulos de Cristo, no por lo que llevamos puesto o por lo que decimos o cómo adoramos, sino por nuestro amor!

Coy Roper

Jesús, el Camino, la Verdad y la Vida

(14.1–14)

Jesús conocía el corazón de Sus discípulos y la ansiedad que estaban experimentando. Les aseguró que no había necesidad de preocuparse. A pesar de que partiría, iba a preparar un lugar en el cielo para Sus discípulos y algún día volvería por ellos. Él era el medio por el cual podrían venir al Padre. En ausencia de Jesús, tendrían a otro Consolador, el Espíritu Santo.

«CREED [...] EN MI» (14.1–7)

¹No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. ²En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. ³Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. ⁴Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. ⁵Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? ⁶Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. ⁷Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

Versículo 1. Las palabras de Jesús en esta sección tenían una estrecha conexión con las del capítulo anterior. El sentimiento de «turbación» que los discípulos estaban experimentando era análogo al de Jesús cuando se acercó al sepulcro de Lázaro (11.33), cuando reflexionó sobre Su inminente crucifixión (12.27) y cuando previó la traición de Judas (13.21). No debería sorprendernos que los corazones de Sus discípulos estuvieran ansiosos. El reciente anuncio de Jesús de Su próxima traición fue suficiente para causarles mucha angustia. A su preocupación se sumaron Sus comentarios a todos

los discípulos en 13.33 (y a Pedro individualmente en 13.36) acerca de partir a donde no podrían seguirle. Como si no fuera suficiente, Jesús también acababa de anunciar la negación de Pedro (13.38). Si la fe de Pedro, uno del círculo íntimo, estaba menguando hasta el punto de negar a su Señor y Maestro, ¿qué de los demás discípulos? Jesús dijo que todos ellos se escandalizarían y se dispersarían o caerían (Mt 26.31; Mr 14.27). Es difícil comprender la tensión mental y emocional que Sus discípulos estaban experimentando. Jesús sabía que los acontecimientos del día siguiente los dejarían aún más inquietos.

En vista de su angustia presente e inminente, Jesús les dijo a Sus discípulos: **No se turbe vuestro corazón.** El imperativo presente con el negativo, μή παρασσήσθω (*mē tarassesthō*), podría consignarse como «dejar de ser problemático». Después de esta exhortación en negativo, Jesús los animó diciendo: **creéis en Dios, creed también en mí** (vea comentarios sobre 1.12). El verbo πιστεύετε (*pisteuete*), que se consigna «creéis», podría ser imperativo o indicativo. La Reina-Valera y la NIV traducen la primera aparición del verbo como un indicativo y la segunda como un imperativo. Teniendo en cuenta el imperativo que Jesús acababa de pronunciar, parece mejor tomar ambas apariciones como imperativos, como se refleja en la NASB («creed en Dios, creed también en Mí»). Jesús fue enviado por el Padre para hacer la voluntad del Padre (6.38). Las palabras que Jesús habló y las obras que realizó fueron las palabras y obras del Padre (5.19–30). Por lo tanto, Jesús dijo que los discípulos debían confiar en Él así como confiaban en el Padre. Los animó a seguir creyendo en Dios y a seguir creyendo en Él. De esta manera, evitarían que sus corazones se turbaran.

Versículos 2–4. Jesús les dijo a Sus seguidores:

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros (14.2). La razón principal de la exhortación de Jesús de mantener la fe en Él fue dada ahora. Si bien Jesús pronto partiría, Su partida tenía el propósito de preparar un lugar para Sus discípulos. Eventualmente vendría a buscarlos, con el fin de que estuvieran donde Él estaba. Jesús había utilizado la expresión «la casa de mi Padre» en referencia al templo de Jerusalén en 2.16; sin embargo, la casa del Padre en esta referencia no estaba sobre la tierra. Jesús estaba hablando del cielo. La palabra griega *μοναί* (*monai*), que se traduce como «moradas», es la forma plural sustantiva del verbo μένω (*menō*, «quedar»¹). Ocurre dos veces en el Nuevo Testamento: aquí y en 14.23. En este último caso, *μονή* (*monē*, una sola morada) se utiliza para Jesús y el Padre haciendo su «morada» con el creyente. Mientras que 14.23 se refiere a una morada espiritual, 14.2 se refiere a un lugar externo de Jesús y los discípulos, a donde Jesús iba y a donde los discípulos irían posteriormente (vea comentarios sobre 14.22–24).

En lugar de «moradas», la palabra *monai* se consigna como «mansiones» en la KJV y la NKJV. Merrill C. Tenney comentó: «Las “muchas mansiones” no se referían a residencias palaciegas, sino más bien a “lugares permanentes”». ² George R. Beasley-Murray señaló que «la traducción de la AV y la KJV de *μοναί* “mansiones” se remonta a Tyndale [haciendo eco de las *mansiones* de la Vulgata] en cuyos días el término simplemente denotaba una vivienda». ³ Jesús dijo que en la «casa [de Su] Padre muchas moradas hay», indicando espacio para un gran número de personas. En los días de Jesús, e incluso hoy en el mundo oriental, el patriarca de una familia podría tener una casa grande con muchas habitaciones para hijos y nietos.

Guy N. Woods llamó la atención a la opinión de que algunos creían que la «casa» del Padre se refería a la iglesia. Woods demostró que este *no* era el caso porque 1) «la iglesia no se había establecido cuando se pronunciaron estas palabras», 2) «no

hay que dejar la tierra para llegar a ser miembro de la iglesia hoy» y 3) «la iglesia está en la tierra; la casa del Padre está en el cielo». ⁴ La casa del Padre, entonces, es el hogar celestial, que tiene «muchas moradas» (no «residencias palaciegas») y, por lo tanto, mucho espacio para todos los que seguirían a Jesús.

La declaración «si así no fuera, yo os lo hubiera dicho» subrayaba lo que Jesús acababa de anunciar. No había ninguna duda acerca de lo que había dicho; de lo contrario, habría dicho las cosas de manera diferente. La RSV y la ESV convierten la frase en una pregunta: «Si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a preparar un lugar para vosotros?». El problema con lo anterior es que no hay registro previo donde Jesús dijo esto. Aunque se admite que Jesús hizo declaraciones que no están registradas, muchos eruditos prefieren comprender estas palabras como una idea paterna: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas (si no fuera así, os lo habría dicho) porque voy a preparar un lugar para vosotros». En cualquier caso, el significado era claro: el cielo es justo como Jesús lo había descrito; no permitiría que Sus discípulos fueran engañados con falsas esperanzas o expectativas.

Prevalecen dos interpretaciones principales sobre el significado de «voy, pues, a preparar lugar para vosotros». Muchos entienden que las palabras quieren decir que Jesús está ahora preparando el cielo para aquellos que le pertenecen. Otros ven que las «moradas» dentro de la «casa del Padre» ya existen, mientras que la glorificación de Jesús les permitiría a los que son Suyos estar con Él. Desde este punto de vista, Jesús no llegó al cielo y luego preparó las moradas para Sus discípulos; más bien, Su partida por muerte y resurrección era el medio por el que el lugar era preparado para Sus discípulos.

La partida de Jesús para preparar un lugar para Sus discípulos había de tener ciertas consecuencias. Dijo: **... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (14.3).** Se han ofrecido varias interpretaciones para la frase de Jesús «vendré otra vez». Los puntos de vista comunes incluyen 1) el regreso de Jesús a los discípulos después de la resurrección, 2) la venida de Jesús a ellos por medio del Espíritu después de Su exaltación al Padre, y 3) la venida de Jesús al

¹ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 630.

² Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 213.

³ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 249.

⁴ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 303.

final de la era. Sin embargo, Su venida se refiere claramente a la segunda venida. Juan no se refirió a la segunda venida tan vívidamente como otros autores del Nuevo Testamento (vea, por ejemplo, 1ª Ts 4.16–18; 2ª Ts 1.7–10; 2ª P 3.10), pero sí habló de ella. La introdujo «como la consumación de la comunión personal entre [Jesús] y sus discípulos».⁵

Jesús les había dicho a los discípulos que partiría (13.33, 36), y también les había dicho a dónde iba (14.2). A continuación, les aseguró: **Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino** (14.4).⁶ Fue un recordatorio, ya que les había dicho repetidamente a Sus discípulos que el camino al Padre era por medio de Él (vea, por ejemplo, 6.44, 45). Sin embargo, la pregunta de Tomás en 14.5 mostró que, en cierto sentido, los discípulos no sabían a dónde iba Él, ni conocían el camino. La seguridad de Jesús era que, en vista de que le conocían a Él, conocían el camino (vea 14.6).

Versículos 5–7. Tomás planteó una pregunta que representaba lo que pensaban los demás discípulos. Al igual que varias preguntas de este relato del evangelio, ésta le dio a Jesús la oportunidad de exponer lo que acababa de decir. Después de admitir: **Señor, no sabemos a dónde vas**, le preguntó Tomás a Jesús: **¿cómo, pues, podemos saber el camino?** (14.5). Su pregunta recordaba la de Pedro (13.36) y reflejó que no comprendía lo que Jesús acababa de decirles. Él, al igual que los demás discípulos, estaba desconcertado sobre dónde se encontraba la casa del Padre y dónde Jesús iba a preparar un lugar para ellos. Su forma de pensar reflejaba una visión puramente terrenal, más que espiritual. Deseaba conocer un destino claro. Sin esa información, ¿cómo podría «saber el camino»?

En respuesta a la pregunta de Tomás, Jesús presentó Su sexto «Yo soy» con un complemento de predicado: **Yo soy el camino, y la verdad, y la vida** (14.6; vea comentarios sobre 6.35).⁷ Si bien los tres

sustantivos de esta afirmación son coordinados, se debe hacer hincapié en el primero —«camino» (ὁδός, *hodos*). Esa parte de la declaración explica la afirmación de Jesús en 14.4 («sabéis el camino») y concluye con la deducción que dice: **nadie viene al Padre, sino por mí**. Esto no disminuye de ninguna manera la importancia de los otros dos sustantivos, «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*) y «vida» (ζωή, *zōē*). Estos términos «explican cómo es que Jesús es el Camino: él es el Camino porque él es la verdad, es decir, la revelación de Dios, y porque la vida de Dios reside en él...».⁸

Jesús es «la verdad» porque es la encarnación de la revelación de Dios de Sí mismo. «En el Antiguo Testamento la verdad (*He 'emeth*) fue encarnada en la ley del pacto de Dios dada a los hombres, sin embargo, en el Nuevo Testamento, toda la verdad de Dios está encarnada en la persona de Jesucristo».⁹ Jesús «exegeta», o «explica», a Dios (1.18). Mientras estaba en la tierra, dijo e hizo sólo lo que el Padre le dio para decir y hacer (5.19–30; 8.29). Él mismo es Dios, poseyendo la misma naturaleza que el Padre (1.1). Es el «Verbo» de Dios hecho carne (1.14). Está «lleno de gracia y de verdad» (1.14), y «la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (1.17).

Jesús es «la vida» porque físicamente «todas las cosas por él fueron hechas» (1.3; vea 1.10). Espiritualmente hablando, Jesús es «la vida» (1.4), Aquel que «da vida» (5.21), Aquel que tiene «vida en sí mismo» (5.26), «la resurrección y la vida» (11.25), y «el verdadero Dios, y la vida eterna» (1ª Jn 5.20).

Puesto que Jesús es «la verdad» y «la vida», es «el camino» por el que Sus discípulos van a la casa del Padre. B. F. Westcott hizo notar que Jesús esencialmente dijo: «Yo soy [...] no simplemente “Yo revelo”, o “Yo abro”, o “Yo hago”, como un profeta o un dador de la ley. Cristo es todo Él mismo».¹⁰ Por lo tanto, Jesús no dijo que vino a mostrarles a Sus discípulos el camino —Él es

y la vida» (11.25).

⁵ Beasley-Murray, *John (Juan)*, 252. Mis observaciones sobre este punto se basan en el razonamiento de Beasley-Murray y en D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 491.

⁶ Frank Pack, *The Gospel According to John, Part II (El Evangelio según Juan, 2ª parte)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 58–59.

⁷ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 202.

⁵ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 297–98.

⁶ Esta es la lectura más corta de 14.4, que tiene la mejor evidencia en manuscritos. Otros manuscritos apoyan una lectura más extensa: «Y a donde voy lo saben, y el camino lo conocen» (NKJV). En un intento por hacer una transición más suave, algunas traducciones han ampliado las lecturas. Por ejemplo, la NIV suministra palabras que indican que Jesús iba a un destino determinado: «Conocen el camino al lugar al que voy».

⁷ Sus afirmaciones similares anteriores fueron «Yo soy el pan de vida» (6.35, 48), «Yo soy la luz del mundo» (8.12), «Yo soy la puerta de las ovejas» (10.7; vea 10.9), «Yo soy el buen pastor» (10.11, 14) y «Yo soy la resurrección

el camino. Es el medio mismo por el cual todas las personas pueden venir al Padre. Jesús es el camino al Padre así como una «escalera mecánica moderna [...] no es sólo la ruta, sino que también es el transportador de un nivel a otro».¹¹ No fue solo que Jesús le resaltó a los discípulos que en Él se encontraba el camino para estar con el Padre eternamente, sino que también dejó claro que Él era el camino a Dios en el presente. Dijo: «nadie viene al Padre, sino por mí».

La descripción de Jesús de Sí mismo como «el camino» le describe como un mediador entre Dios y el hombre (vea 1ª Ti 2.5), el vínculo de conexión entre Dios y las personas pecadoras. En los primeros días de la iglesia, a la fe cristiana se le denominó «el Camino» (Hch 9.2; 22.4; 24.22). Jesús como «la verdad» es todo lo que se necesita saber sobre cómo llegar a la casa del Padre. Jesús como «la vida» es el dador de la única vida que realmente importa. Difícilmente se podrían utilizar términos más fuertes para demostrar la singularidad y la suficiencia total de la obra de Cristo. Thomas à Kempis hizo la siguiente observación: «Sin el Camino, no se va; sin la Verdad, no se sabe; sin la Vida, no se vive».¹²

Puesto que Jesús es el mediador de la verdad de Dios y de la vida de Dios, conocer a Jesús es conocer a Su Padre. Dijo: **Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais** (14.7). La declaración condicional contraria a los hechos se puede expresar más claramente de la siguiente manera: «Si hubieras llegado a conocerme [que, por desgracia, no es así], también tendrías conocimiento de mi Padre».¹³ La pregunta que Tomás hizo en 14.5 indica que ni él ni los demás discípulos habían llegado a un conocimiento pleno de Jesús. Ellos estaban bien familiarizados con Él; le conocían lo suficiente como para renunciar a sus medios de vida a fin de seguirle. Aun así, en lo que respecta al discernimiento espiritual, le conocían de manera

¹¹ Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 173.

¹² Thomas à Kempis *La Imitación de Cristo* 3.56.1.

¹³ Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 207. Metzger señaló que «la lectura adoptada por la mayoría del Comité [Editorial]» ofrece una promesa: «Si me has conocido [como de hecho me conoces], también conoces a mi Padre». La suposición de esta lectura es que los discípulos ya habían llegado a conocer a Jesús y que este conocimiento era el medio por el cual se podía alcanzar el verdadero conocimiento del Padre.

insuficiente. Simplemente no tenían un profundo entendimiento de Jesús, Su propósito y Su misión.

La declaración de Jesús y **desde ahora le conocéis, y le habéis visto** tiene que ser entendida a la luz de 1.18, que dice: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer». Si bien a Dios no se le puede ver en un sentido literal, conocer a Jesús es conocer al Padre. Del mismo modo, en cierto sentido, ver a Jesús era ver al Padre. En estas últimas horas con Jesús en la tierra —y especialmente al presenciar Su muerte y resurrección— el conocimiento de los discípulos de Él, y en consecuencia del Padre, evolucionaría del nivel de un conocido a un conocimiento más íntimo de Su Persona y de Su propósito.

«YO SOY EN EL PADRE, Y EL PADRE EN MÍ» (14.8–14)

⁸Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. ⁹Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¹⁰¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. ¹¹Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

¹²De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. ¹³Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.

Versículos 8–11. Aunque parecía que Tomás quería que Jesús describiera claramente el destino al que iba (14.5), **Felipe** deseaba ver algo. Curioso acerca de las palabras de Jesús acerca de ver al Padre, Felipe aparentemente pidió una teofanía como la experimentada por Moisés (Ex 33.18–23) o Isaías (Is 6.1–13). Dijo: **Señor, muéstranos el Padre, y nos basta** (14.8). La petición de Felipe le abrió la puerta a Jesús para profundizar en la relación íntima que prevalecía entre Sí mismo y el Padre. Demostró que, aunque en un nivel los discípulos conocían a Jesús, aún no habían entendido que vino al mundo para revelar al Padre. Hasta este punto en Sus últimas palabras a Sus discípulos,

Jesús había sido interrumpido tres veces: por Pedro (13.36, 37), luego Tomás (14.5) y ahora Felipe. Los tres revelaron una forma horizontal de pensar en lugar de vertical: el pensar terrenal en lugar del pensar espiritual.

Jesús le respondió a Felipe con una leve reprimenda y tal vez incluso con tristeza. Dijo: **¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?** (14.9). «Tanto tiempo» se refería a toda la extensión del ministerio de Jesús. A pesar de todo el tiempo que Jesús había pasado con los discípulos (el primer «vosotros» es plural), Felipe (el segundo es singular, «me has») no había llegado realmente a conocer a Jesús. Felipe pensaba que si los discípulos podían presenciar una exhibición inmediata del Padre mismo, entonces podrían conocer al Padre. A esto Jesús dijo: **El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.** Ver a Jesús era ver al Padre, no porque sean la misma persona (vea comentarios sobre 1.1), sino porque Jesús fue la revelación del Padre.

La base de la afirmación de que ver a Jesús era ver al Padre se dio a conocer ahora. Esto era cierto debido a la morada mutua del Padre y del Hijo. Jesús comenzó Su conversación de esta relación íntima con la pregunta **¿No crees...?** (14.10). A los judíos se les había alentado a creer que Jesús estaba **en el Padre** y que **el Padre** estaba en Él (10.38), pero no se les reprochó que carecieran de esa visión en esa ocasión. Felipe y los discípulos estaban en una posición diferente; todos ellos ya debían haber entendido este concepto. Jesús apeló a dos líneas de evidencia para apoyar Su unidad con el Padre: Sus palabras y Sus obras. Dijo: **Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.** Volvió a afirmar que pronunció las palabras mismas que el Padre le dio para decir (vea 12.49) e hizo las obras exactas que el Padre le dio que hiciera (vea 5.19–30). Jesús había usado la misma línea de razonamiento con los judíos incrédulos en 10.38. Dijo las palabras del Padre y realizó las obras del Padre a causa de la permanencia o morada del Padre en el Hijo. Jesús no hizo nada por Su propia autoridad (vea 5.30; 7.28; 8.28, 42; 10.18; 12.49).

En 14.11, Jesús se dirigió a todos los discípulos junto con Felipe (el verbo es plural), instándolos a **[creerle]**. Mientras que en 14.1 Jesús llamó a los discípulos a creer *en Él*, aquí los exhortó a creerle a *Él*. Jesús deseaba que creyeran lo que acababa de decir, así como lo que estaba a punto de decir, es

decir, **yo soy en el Padre, y el Padre en mí.** Jesús los instó a «creerle» sobre el testimonio de Sus propias palabras (vea 4.21). Si a los discípulos les resultaba difícil comprender lo que Jesús estaba diciendo y, por lo tanto, creerle, entonces los animó a creer **por las mismas obras** (vea 5.36; 10.37, 38). Esas «obras» eran las señales que Jesús había realizado a lo largo de Su ministerio.

Aunque la fe generada por esa evidencia no era el tipo más elevado de fe, al menos era fe. Obviamente, era mejor creer debido a las señales que no creer en absoluto. En el presente relato del evangelio, Juan llamó la atención a siete señales que Jesús realizó a lo largo de Su ministerio: convertir el agua en vino (2.1–11), sanar el hijo del oficial del rey (4.46–54), sanar del parálítico (5.1–16), alimentar a los cinco mil (6.1–15), andar sobre el agua (6.16–21), sanar al hombre que nació ciego (9.1–12) y resucitar a Lázaro de entre los muertos (11.1–44). Además de esas señales, Jesús realizó muchas otras que Juan no registró, y fueron realizadas «en presencia de sus discípulos» (20.30). A medida que los discípulos reflexionaran en el significado de las señales, verían en Jesús la soberanía de Dios mismo.

Versículo 12. Jesús continuó diciendo: **De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también.** Jesús empleó la doble afirmación (vea comentarios sobre 1.50, 51) para subrayar la importancia del tema que se ve a lo largo de este discurso: la fe en Jesús. En 14.12–14, Jesús hizo dos promesas para alentar a Sus discípulos. 1) Hizo la sorprendente promesa de que todos los creyentes (no sólo los discípulos) harían las obras que había hecho Él; de hecho, dijo: **y aun mayores hará.** Jesús ya había afirmado que el Padre le mostraría obras mayores para que los discípulos se maravillaran (5.20). Ahora Jesús prometió que los discípulos superarían las obras que Él había hecho. La razón de esta promesa era que Jesús **[iba] al Padre.** Esto era una referencia a Su crucifixión, resurrección y posterior exaltación. Sobre esta base, se realizarían «obras mayores». Por supuesto, obras más grandes que las que Jesús había hecho no pueden entenderse en términos de *calidad*. Entre muchas otras obras milagrosas, Jesús había sanado a los enfermos, dado vista a los ciegos, permitió a los cojos caminar, calmó tormentas, caminó sobre el agua, expulsó demonios y resucitó a los muertos. ¿Cómo podría alguien hacer obras mayores que éstas? El ministerio de los apóstoles y otros creyentes fue mayor porque

su ministerio se basaba en la obra salvadora de Jesús. Después de que Jesús fue glorificado, los apóstoles recibieron el Espíritu (7.39; vea Hch 2.1-4), empoderándolos para que fueran Sus agentes y permitiéndoles predicar las buenas nuevas de la gracia salvadora de Dios.

Unos meses después de la muerte y resurrección de Jesús, más personas se convirtieron en seguidores de Cristo en respuesta a la predicación de los apóstoles que durante el ministerio mismo de Jesús en Galilea y Judea. Estos conversos incluían tanto a judíos como a gentiles (vea 10.16). Además, el ministerio de Jesús se había limitado a una pequeña región, mientras que los apóstoles lograron llevar el Evangelio a Asia, Europa y «hasta lo último de la tierra» (Hch 1.8; vea Col 1.23). Además de los apóstoles, otros sobre los que los apóstoles pusieron sus manos ayudaron a llevar a cabo la obra de Cristo.

Versículos 13, 14. Añadiendo a la promesa de que Sus discípulos harían obras mayores, 2) Jesús dijo: **Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré.** Esta promesa, junto con la primera, constituía la base sobre la cual los discípulos harían obras mayores. La conexión entre las dos era que, gracias al sacrificio de Jesús, los discípulos podían hacer peticiones en oraciones relacionadas con sus ministerios; en respuesta, Jesús, por medio del albedrío de Sus discípulos, realizaría obras mayores. Esto demuestra que el contraste en 14.12 no era entre las obras de Jesús y las de los discípulos, sino entre las obras realizadas por Jesús mismo mientras estaba sobre la tierra y las que realizó por medio de Sus discípulos después de ser exaltado.

En respuesta a las oraciones de los discípulos pidiendo ayuda durante sus ministerios, Jesús prometió hacer lo que pidieran en Su nombre. La frase «en mi nombre» es la primera aparición de una frase que se utiliza repetidamente a lo largo de esta sección de Juan (vea 14.26; 15.16; 16.23, 24, 26). El nombre de una persona, especialmente en el pensamiento bíblico, representaba a la persona misma, esto es, todo lo que era y todo lo que representaba. Las oraciones en el nombre de Jesús se basan en Su Persona, carácter y autoridad. Estas oraciones deben ser ofrecidas de acuerdo con Su voluntad por aquellos que le reconocen como el único camino al Padre. Este tipo de oración «expresa la alineación de los deseos y propósitos de uno con Dios (1ª Jn 5.14-15)».¹⁴ «Orar en el nombre

de Jesús» no quiere decir expresar alguna fórmula mágica al final de una oración a Dios, sino pronunciar palabras que surgen de la fe, que expresan la armonía de la voluntad de uno con la de Dios, y que glorifican a Cristo. Si bien ninguna oración neotestamentaria tiene la frase «en Su nombre» añadida a ellas, las palabras «en Su nombre» o «en el nombre de Jesús» suelen decirse en oraciones hoy. Estas palabras son incluidas, especialmente en oraciones públicas, para recordarles a las personas que se hacen «rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias» (1ª Ti 2.1) de acuerdo con Jesús y Su voluntad.¹⁵ El propósito de todas esas expresiones es **para que el Padre sea glorificado en el Hijo.**

Si bien 14.14 repite tanto la promesa como la condición de 14.13, la misma posee una característica distintiva que anteriormente estaba ausente, a saber, a quien deben dirigirse las oraciones. Eso no es explícito en 14.13 (el autor se refiere a la NASB; la Reina-Valera sí especifica, pues dice: «lo que pidieras al Padre») por lo que es natural suponer que es al Padre al que se refiere (vea 15.16; 16.23). Sin embargo, en 14.14, la NASB consigna «Si me pides cualquier cosa en Mi nombre, la haré» (en 14.14, la Reina-Valera tiene **Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré**), haciendo de Jesús mismo el destinatario. La interpretación en la NASB, que también se encuentra en otras versiones (vea NIV; NRSV; ESV), está respaldada por los más antiguos y mejores manuscritos. Si esta es la lectura original, entonces podemos orarle al Hijo, así como al Padre. Sea que la oración esté dirigida al Hijo o al Padre, la condición sigue siendo la misma: «en Su nombre». Ambos versículos indican que la respuesta a la oración la daría Jesús mismo. Más adelante, en 15.16 y 16.23, se dice que se pueden hacer peticiones al Padre en el nombre de Jesús y el Padre dará la respuesta. Los contextos de 15.7 y 16.24 (vea 16.26) no mencionan ni a la Persona a la que se dirige ni a Aquel que respondería. Según Hechos 7.59, 60, Esteban ofreció una oración a Jesús. Además, la oración aramea *Marana tha*, citada en 1ª Corintios 16.22, quiere decir «El Señor viene»; y el contexto indica que «Señor» es una referencia a Jesús (vea Ap 22.20). Pablo apeló al «Señor» tres veces para que le quitara el aguijón

Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 434.

¹⁵ Las palabras también son un recordatorio de que hay «un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1ª Ti 2.5; vea He 4.14-16).

¹⁴ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical

en la carne (2ª Co 12.7, 8). Puesto que el Padre y el Hijo son uno en mente, propósito y acción (vea comentarios sobre 10.30), difícilmente se le puede dirigir al Hijo sin dirigírsele al mismo tiempo al Padre (vea 5.19–30).

Al prometer que Sus discípulos podrían orar en Su nombre, Jesús dijo que haría «cualquier cosa» por ellos («todo lo que pidieres»; 14.13). Esto no garantiza que Jesús responderá de manera positiva cada petición. Woods dijo acertadamente: «El Señor nunca dio una promesa incondicional de respuesta afirmativa a la oración. Evidentemente, de haberlo hecho, lo habría puesto a merced de todo alma ignorante y codiciosa que orara».¹⁶ Sólo cuando entiende qué quiere decir e implica la frase «en Su nombre» puede el seguidor de Cristo orar eficazmente.

APLICACIÓN

«No se turbe vuestro corazón» (14.1–17)

En la Última Cena, Jesús lavó los pies de los discípulos (13.1–17) e instituyó la Cena del Señor (Mt 26.26–29; Mr 14.22–25; Lc 22.19, 20). Entonces, según el Evangelio de Juan, les dio a estos discípulos noticias perturbadoras, a saber: Partiría pronto, y no podrían seguirle (13.33, 36). Tienen que haber sentido que esta partida significaba que Jesús sería ejecutado. Les había dicho antes que sería muerto en Jerusalén y recientemente había añadido los detalles de que había de ser crucificado (Mt 20.18; Mr 10.33; Lc 18.31–33; Jn 12.32, 33). Jesús no sólo sería muerto, pero también discípulos participarían en Su sufrimiento: Uno de ellos le traicionaría (13.21) y otro le negaría (13.36–38).

Estas nuevas perturbaron a los discípulos de Jesús. Había sido el constante compañero y maestro de ellos durante tres años. Habían dependido de Él para recibir guía, instrucción y liderazgo durante ese tiempo. También habían dependido de Él, y de los presentes que las personas les daban, para sustento de ellos. Si Jesús se iba —si podían esperar que le dieran muerte pronto— ¿qué habían de hacer ellos?

Además, esperaban que Jesús, como el Mesías que era, restaurara el reino a Israel o iniciara un nuevo reino de Dios sobre el cual reinaría Jesús como rey mesiánico. Sin duda esperaban servir como altos oficiales en Su reino. ¡Si moría, sus esperanzas de un reino restaurado y posiciones

de poder se desvanecerían!

Podemos entender su problema. A veces perdemos gente cercana a nosotros. A menudo nuestros planes no se materializan. A veces incluso nos frustramos porque nuestros sueños para avanzar en el reino de Dios no se hacen realidad. Podemos desanimarnos.

En Juan 14–16, Jesús respondió a la ansiedad de Sus discípulos dándoles un mensaje de consuelo y esperanza. En este texto, vemos un mensaje de consuelo que también puede aplicarse a nosotros en nuestros momentos de abatimiento. Ese mensaje puede resumirse en tres versículos: 14.1, 2 y 6.

Nuestro corazón no debe turbarse (14.1). Juan 14.1 nos enseña que nuestro corazón puede estar en paz. Jesús dijo: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí».

El mensaje principal del último discurso de Jesús es: «No se turbe vuestro corazón». Comenzó con esas palabras, y varias veces volvió al mismo tema. En Juan 14.27, leemos: «La paz os dejo, mi paz os doy [...] No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». En 15.11, Jesús dijo: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido». En 16.24, dijo: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido». Concluyó el discurso en 16.33 diciendo: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo».

Así como estos discípulos necesitaban un mensaje de consuelo, esperanza, paz y gozo, también lo necesitamos nosotros. Para cuando Jesús les habló, abundaban sus problemas. Los problemas también abundan en nuestras vidas. Es probable que nos encontremos con problemas personales o familiares, problemas financieros y dificultades en nuestros trabajos o en lugares de estudio. Incluso podríamos experimentar conflictos en la iglesia. ¿Qué debemos hacer cuando nos sentimos preocupados? Debemos escuchar a Jesús: «No se turbe tu corazón»; «Recibe la paz que te doy»; «Que abunde tu gozo»; «No tengas miedo»; «Ten ánimo»; «Lléname de valor». ¡El mensaje de Jesús a Sus apóstoles en la Última Cena es el mismo mensaje que tiene para nosotros hoy!

¿Por qué, a la luz de todos nuestros problemas, debemos consolarnos, estar en paz, sin temor, llenos de gozo y alentados? ¡Debido la fe! Después de que Jesús dijo: «No se turbe vuestro corazón», agregó: «creéis en Dios, creed también en mí»

¹⁶ Woods, 310.

(14.1). La creencia en Dios y en Su Hijo Jesucristo es el remedio de Dios para nuestro desaliento. Si creemos en Dios, entendemos que las cosas no son siempre lo que parecen ser. Entendemos, por ejemplo, que en el mundo Satanás puede parecer estar ganando, pero al final Dios triunfará. Además, aunque nuestros problemas parezcan no tener solución y ser interminables, en última instancia, Dios hará que las cosas ayuden a bien por medio de esos problemas (Ro 8.28). Si sólo creemos en Dios y en Sus promesas, entonces podemos encontrar consuelo, incluso en un mundo triste y decepcionante.

Hay lugar en la casa del Padre (14.2). Nuestros corazones atribulados pueden encontrar descanso porque hay sitio en la casa del Padre. Leemos: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros».

¿De qué estaba hablando Jesús? Algunos han pensado que la «casa» de Dios en este pasaje se refiere a la iglesia (vea 1ª Ti 3.15), pero esta interpretación parece poco probable. Más bien, la «casa» del Padre en este versículo debe ser el cielo, que es la o morada de Dios. El salmista dijo: «Nuestro Dios está en los cielos» (Sal 115.3). Juan dijo que Jesús sabía «que pasase de este mundo al Padre» (13.1) y que Jesús «había salido de Dios, y a Dios iba» (13.3). Por lo tanto, Jesús estaba diciendo que hay un lugar para Sus discípulos en la presencia de Dios. El versículo no dice que hay muchas «mansiones» para los salvos en el cielo. En lugar de ello, indica que la única «mansión», o «casa», de Dios en el cielo tiene mucho espacio para todos los que serán salvos. Jesús les aseguró a Sus seguidores la suficiencia de las disposiciones del cielo diciendo: «si así no fuera, yo os lo hubiera dicho» (14.2).

Entonces dijo: «voy, pues, a preparar lugar para vosotros». Jesús regresó al cielo para estar con Su Padre con el fin de preparar la casa para invitados! ¡Está preparando las habitaciones donde nos alojaremos!

Luego, Jesús dijo: «Y si me fuere y os prepare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (14.3). Con estas palabras, Jesús les aseguró a Sus discípulos que regresará, hablando de Su segunda venida. Cuando regrese y reciba a los Suyos, nos encontraremos donde Jesús pronto estaría: ¡en la presencia misma de Dios!

El Libro del Apocalipsis confirma que los san-

tos vivirán en última instancia en la presencia de Dios. Allí aprendemos que Juan tuvo una visión de los santos mártires en el cielo. Vio «una gran multitud [...] delante del trono y en la presencia del Cordero», y se le dijo que estos santos estaban «delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos» (Ap 7.9, 15). Más adelante, Juan vio «un cielo nuevo y una tierra nueva»; y Dios dijo: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Ap 21.1, 3).

Jesús cumplirá Su promesa. ¡Ha regresado al Padre, y algún día estaremos con Él en el cielo! Por lo tanto, cuando nos llenemos de preocupación, al igual que los discípulos, podemos encontrar consuelo al saber lo siguiente:

Podemos reposar en la casa de nuestro Padre, donde está Dios. A todo el mundo le gusta tener un lugar seguro al cual poder retirarse cuando necesita descansar de las pruebas del diario vivir. Tenemos un lugar de retiro, y podemos estar allí para siempre.

Hay espacio para nosotros y para todos los que serán salvos. Cuando llegemos a la morada de Dios, encontraremos una habitación esperándonos.

Nuestro lugar está preparado. Es reconfortante saber que Jesús ha preparado un lugar para nosotros. Vivió entre los hombres; conoce nuestras necesidades, por lo que podemos estar seguros de que el lugar que ha preparado para nosotros satisface perfectamente esas necesidades.

Jesús está ahí. Dijo que nos recibirá a Sí mismo. Tal vez lo mejor del cielo es que podremos asociarnos con Jesucristo mismo. Nuestro Salvador está allí; nuestro Padre está allí; el Espíritu Santo está allí; los ángeles están allí.

Jesús regresará y nos llevará a vivir a la casa de nuestro Padre. Podemos esperar algo más grande que una graduación de nuestros estudios o una promoción en el trabajo. ¡En el cielo no recibiremos una medalla de honor, sino una corona de vida! ¡Nuestro galardón es seguro, y lo recibiremos cuando regrese Cristo!

«No se turbe vuestro corazón», instó Jesús.

¿Por qué? Porque Él ha ido a prepararnos un lugar. ¡Tenemos un hogar en el cielo! ¡Esta idea debe consolarnos, sean cuales sean nuestras circunstancias en la tierra!

Cristo es el camino a la casa del Padre (14.6). Después de decirles a Sus apóstoles que podían esperar estar con Él en el lugar que iba a preparar, Jesús dijo: «Y sabéis a dónde voy» (14.4).

Tomás pensó que Jesús estaba hablando en acertijos. Dijo: «Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?» (14.5). Tomás estaba diciendo que si no conocían el destino de Jesús, difícilmente podían saber el camino para llegar allí.

Luego vino la respuesta de Jesús: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceréis; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto» (14.6, 7). El mensaje de Jesús para todos es: «Iré a ver a Mi Padre; Yo soy el único camino al Padre; si me conoces, conoces tanto el destino como el camino para llegar allí, ya que Yo soy el camino —el único camino— al Padre».

Felipe pidió: «Señor, muéstranos el Padre, y nos basta» (14.8). Jesús respondió a Felipe: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?» (14.9).

Jesús añadió palabras de consuelo diciéndoles a los discípulos que ellos harían obras aún mayores de las que Él había hecho (14.12) y que haría por ellos todo lo que les pidieran en Su nombre (14.13, 14). Entonces Jesús los exhortó a guardar Sus mandamientos (14.15). Concluyó con la promesa de un «Consolador» que vendría: el Espíritu Santo a quien les enviaría después de partir (14.16, 17).

En otras palabras, Jesús anunció en Juan 14.6–17 que Él es el único camino al cielo. Otras figuras religiosas han afirmado ser capaces de proporcionar iluminación, de dar salvación y de hacer posible que tengamos vida eterna. Sin embargo, si creemos en las palabras de Jesús, tenemos que aceptar que la esperanza del cielo se encuentra sólo en Cristo.

El consuelo, el gozo y la paz pueden llegar a nuestros corazones atribulados porque sabemos que Jesús está preparando un lugar para nosotros en la casa de Su Padre. Además, la casa del Padre está abierta para nosotros porque conocemos el camino. El camino no está oculto ni es un secreto;

ni el trayecto está bloqueado. Más bien, el camino está ante nosotros y se nos permite tomarlo. Ese camino, ese trayecto, es Jesucristo. Debido a que Él y el Padre son uno, Él es tanto el camino como el destino. Si queremos el premio, el galardón —si queremos experimentar el gozo de vivir en una de esas «moradas» en la casa de nuestro Padre para siempre— todo lo que tenemos que hacer es seguir a Jesús. Éste es la encarnación del Padre, y es el camino al Padre y a la casa del Padre.

¿Cómo llegamos a la casa del Padre? La fe es el requisito más básico. Jesús instó a Sus discípulos a creer en Él, a creer que Él estaba en el Padre y que el Padre estaba en Él (14.10, 11). Sin embargo, la fe por sí sola no garantiza que las personas viajen por el camino que conduce a la casa del Padre. Además de creer en Jesús, tenemos que estar dispuestos a obedecerle. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (14.15). Las palabras en la Reina-Valera son un imperativo: «¡Si me amas, guarda Mis mandamientos!».

¿Qué mandamientos tenemos que guardar? Para ir a la casa del Padre por medio de Cristo, tenemos que estar unidos a Cristo. Esa unión ocurre cuando nosotros, después de creer en Cristo y arrepentirnos de nuestros pecados, somos bautizados en Él. Para tener la esperanza del cielo que sólo Cristo puede proporcionar, no sólo tenemos que creer en Jesús y arrepentirnos de nuestros pecados, también tenemos que ser bautizados en Cristo para el perdón de nuestros pecados (Mr 16.16; Hch 2.38).

Conclusión. Jesús no dijo que si usted le sigue, sus problemas desaparecerán. Más bien, dijo que le ayudará a resistir sus problemas. Le enviará el Espíritu Santo, como «Consolador» o «Ayudante» (14.16, 17; NASB) para ayudarle. Además, si cree en Dios y en Jesucristo, podrá ver sus problemas en su perspectiva adecuada. Al verlos por medio de los ojos de la fe, podrá enfrentarlos con menos ansiedad. Podrá experimentar «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Fil 4.7).

Sean cuales sean sus problemas en esta tierra, terminarán cuando su tiempo en la tierra termine; y si usted es un fiel seguidor de Jesús, podrá estar seguro de que Dios eliminará sus problemas para siempre viviendo en el cielo eternamente. Sin duda, estas son buenas razones con las cuales consolarlos. Por lo tanto, «no se turbe vuestro corazón».

Coy Roper

Jesús promete enviar el Espíritu

(14.15–31)

OTRO CONSOLADOR (14.15–24)

¹⁵Si me amáis, guardad mis mandamientos. ¹⁶Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: ¹⁷el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.

¹⁸No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. ¹⁹Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. ²⁰En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ²¹El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. ²²Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? ²³Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. ²⁴El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.

Versículo 15. Desde el comienzo de este capítulo, las palabras de Jesús han enfatizado la importancia de tener fe en Él. Aquí Su enfoque se desplazó al amor, como lo ilustran las ocho veces que las formas del verbo «amor» (ἀγαπάω, *agapāō*) ocurren en 14.15–24. Jesús había hablado de Su amor por los Doce y había demostrado ese amor lavando los pies de ellos. Aquí, por primera vez en el Evangelio de Juan, habló del amor de ellos por Él: **Si me amáis, guardad mis mandamientos.** El verbo en tiempo presente ἀγαπάτε (*agapate*) en la cláusula condicional transmite una acción

continua: «si se mantienen amándome». Existe un vínculo vital entre el amor a Jesús y la obediencia a Él, un tema que aparece no sólo en este contexto, sino también a lo largo de los escritos de Juan (vea 14.21, 23, 24; 15.14; 1ª Jn 5.2, 3). Siguiendo el mejor apoyo textual, la NASB, a diferencia de la Reina-Valera, consigna el verbo para «guardad» en tiempo futuro («guardarás») y no como un imperativo. El amor a Jesús necesariamente conducirá a guardar Sus mandamientos, sin embargo, ¿a qué mandamientos se refiere? La frase griega τὰς ἐντολάς (*tas entolas*) se usa para guardar los Diez Mandamientos (Mt 19.17, 18; vea 1ª Co 7.19); sin embargo, aquí Jesús se refirió a «mis mandamientos», que quiere decir «los mandamientos que son míos, característicamente míos».¹ Estos mandamientos no deben limitarse a «implicaciones éticas», como parece ser la afirmación de Leon Morris.² George R. Beasley-Murray dijo:

El intercambio de «mis mandamientos» con «mi palabra» y «mis palabras» en v.ºs 21, 23, 24 sugiere que incluyen toda la gama de la revelación del Padre, no simplemente instrucciones éticas (vea 8.31–32; 12.47–49; 17.6).³

El que ama a Jesús vivirá en armonía con toda la revelación de Dios, no menos importante de las cuales es la obligación de los discípulos de Jesús a amarse unos a otros. En efecto, «En esto conocemos

¹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 205.

² Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., *The New International Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 575.

³ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, *Word Biblical Commentary*, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 256.

que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos» (1ª Jn 5.2).

Versículo 16. Las consecuencias del amor de los discípulos por Jesús eran dos: Guardarían Sus mandamientos, y Jesús le [rogaría] al Padre para que les proporcionara otro Consolador. Esta es la primera de las declaraciones ampliamente conocidas como los «Refranes Paraclete». Jesús les había dicho a Sus discípulos que sólo estaría con ellos por un poco más de tiempo. Al lugar al que iba, ellos no podían venir inmediatamente, sino que vendrían posteriormente (13.33–36). Nunca más disfrutarían de Su presencia corporal como lo habían hecho durante Su ministerio terrenal; sin embargo, no significaba que quedarían solos. El Padre, a petición del Hijo, enviaría «otro Consolador», que estaría con Sus seguidores. Mientras que 14.26 dice que el Padre enviaría al Consolador en el nombre de Jesús, 15.26 y 16.7 dicen que Jesús enviaría al Consolador (vea Lc 24.49; Hch 2.33). Juan no hizo distinción en esas expresiones debido a la unidad del Padre y del Hijo (vea 5.19–30). Si bien todos los relatos Evangélicos mencionan el Espíritu Santo, Juan da la enseñanza más completa de Jesús con respecto al Espíritu. Se usan cuatro diferentes designaciones para el Espíritu a lo largo del libro: «el Espíritu» (1.32, 33; 3.5, 6, 8, 34; 7.39), «el Espíritu Santo» (1.33; 14.26; 20.22), «el Espíritu de verdad» (14.17; 15.26; 16.13) y «el Consolador» (14.16, 26; 15.26; 16.7).

La palabra griega παράκλητος (*paraklētos*), que se traduce como «Consolador» en la Reina-Valera, «originalmente quería decir en el sentido pasivo [...] “alguien que es llamado a ayudar a otro”». En griego secular, se refería a alguien que acudía en ayuda de otro en una sala de juicio; sin embargo, nunca se limitó al significado técnico del latín *advocatus*, refiriéndose a un asesor jurídico.⁴ Johannes Behm observó que «la forma pasiva no descarta la idea de παράκλητος como orador activo “en nombre de alguien delante de alguien”». ⁵ La connotación legal del término es más clara

⁴ «... el [significado] técnico “abogado”, es inusual» (Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva]*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker [Chicago: University of Chicago Press, 2000], 766).

⁵ Johannes Behm, «παράκλητος», en *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario Teológico del Nuevo Testamento)*, ed. Gerhard Kittel, trad. y ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967), 5:803.

«en 16.7–11, sin embargo, allí el Paráclito sirve más bien como un fiscal que como abogado para la defensa». ⁶ El término ocurre una vez fuera del evangelio de Juan en 1ª Juan 2.1, donde el sentido legal del término se aplica correctamente a Jesús como nuestro «abogado» en las cortes del cielo. Si bien el sentido legal es evidente en algunos de los pasajes que se refieren al Consolador, este sentido probablemente no debería ser el factor controlador en la interpretación de todas las apariciones. La enseñanza principal de Jesús concerniente al Consolador a quien prometió enviar se encuentra en cinco pasajes diferentes en Juan: 14.16, 17; 14.25, 26; 15.26, 27; 16.7–11; y 16.12–15. F. F. Bruce observó que en estos pasajes «el Espíritu es presentado sucesivamente como ayudante, intérprete, testigo, fiscal y revelador». ⁷ Edgar J. Goodspeed dijo:

«Defensor» es un equivalente muy cercano, pero más de lo que un testigo de defensa parece pretender. La obra de enseñarles y recordarles [a los discípulos] parece ir mucho más allá de este significado y requiere una palabra más suelta y más amplia, tal como se utiliza en el Evangelio. ⁸

Es difícil encontrar un equivalente exacto en nuestro idioma para la palabra *paraklētos*. Si existen limitaciones relativas al término «abogado» (NIV), no es menos cierto en lo que respecta a la palabra «Consolador» (Reina-Valera). Morris observó que esta palabra sólo puede ser defendida sobre una base etimológica (del latín, que denota «Fortalecedor» o «Ayudante»). Dijo que hoy la palabra «consolador» ha llegado a querer decir «consolación» y «hacer lo mejor de una situación difícil»; sin embargo, *paraklētos* transmite más la idea de «proporcionar la asistencia que librará de la difícil situación». ⁹ D. A. Carson dijo que «Consejero» (NIV1984) es una lectura correcta, «siempre y cuando se entienda “consejero legal”, no “consejero de campamento” o “consejero matrimonial”, y aún así, el ministerio del Paráclito se extiende más allá de la esfera jurídica». Continuó

⁶ D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 499.

⁷ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 302.

⁸ Edgar J. Goodspeed, *Problems of New Testament Translation (Problemas de traducción en el Nuevo Testamento)* (Chicago: University of Chicago Press, 1945), 111.

⁹ Morris, 589.

diciendo que la palabra «“Ayudante” [...] no está mal, pero tiene matices de ser subordinado o inferior, matices claramente ausentes en Juan 14—16».¹⁰ Morris concluyó que «“Ayudante” es mejor, pero realmente no enfrenta el hecho de que la palabra no es activa en significado».¹¹ La conclusión del asunto parece ser que *paraklētos*, aunque refiriéndose a «uno que es llamado a la ayuda de alguien», implica una variedad de usos, incluyendo un defensor, un mediador, un intercesor, un fiscal, un ayudante, un consolador, un consejero, un maestro, un intérprete, un testigo, un revelador y un exhortador. La literatura sobre el tema indica que algunos eruditos, en lugar de intentar capturar el término en una traducción, optan por transliterar la palabra y, en consecuencia, la consignan como «Paráclito». A efectos de este comentario, se utilizará el término «Ayudante» de la NASB.

Al que el Padre enviaría a petición de Jesús se le llamó «otro Ayudante» [NASB], insinuando que los discípulos ya tenían un Ayudante, y éste sólo podía ser Jesús mismo. El hecho de que Jesús es un «Paráclito» (llamado nuestro «abogado» en 1ª Jn 2.1), mientras que el Espíritu es otro «Paráclito» (llamado «otro Ayudante» en 14.16 [NASB]), indica claramente una distinción de Personas. Esto es contrario a la enseñanza de algunos grupos religiosos, tanto antiguos como modernos (vea comentarios sobre 1.1). Aunque distintos como Personas (enfaticado por la palabra griega para «otro», *ἄλλον*, *allon*), Jesús y el Espíritu Santo no son distintos en naturaleza. Ambos son Deidad y, por lo tanto, son lo mismo en esencia.

Si bien Jesús es el Abogado de todos Sus discípulos en la corte de los cielos (1ª Jn 2.1), el pasaje considerado implica que Jesús, durante Su ministerio, había sido el Ayudante de los discípulos. Muy pronto, otro ayudante estaría con ellos, y este ayudante estaría con ellos **para siempre**. Los ministerios de los dos no fueron simultáneos sino sucesivos. «El hecho de que el “otro Paráclito” ha de estar con los discípulos “para siempre” confirma el entendimiento generalmente aceptado de que ha de ser *el sucesor* de Jesús y ha de permanecer con ellos “hasta la era”».¹² La frase «para siempre» es de *αἰών* (*aiōn*), que quiere decir «un largo

período de tiempo».¹³ Es la misma palabra que se traduce como «mundo» en Mateo 28.20, donde Jesús dijo que estaría con Sus discípulos «hasta el fin del mundo». Guy N. Woods hizo notar lo siguiente: «La misión del Espíritu por medio de ellos era, en realidad, la misión de Cristo, y debía ser continuada por ellos mientras vivieran». Continuó diciendo que la enseñanza del Espíritu por medio de los apóstoles continuaría con santos fieles y «permanecería en el mundo para siempre». Esta enseñanza fue el cuerpo de verdad que fue «una vez [dado] a los santos» (Jud 3), «y no una revelación *continua* por medio de algún “sucesor” o seguidor de los apóstoles».¹⁴

Versículo 17. Al Ayudante se le identifica como el **Espíritu de verdad**, un título usado también en 15.26 y 16.13. Jesús se había descrito a Sí mismo como «la verdad» (14.6; vea 1.14, 17). El Ayudante es llamado «el Espíritu de verdad», sin embargo, no porque la verdad le defina como la verdad define a Jesús; más bien, sería tarea del Ayudante revelar la verdad acerca de Jesús y el Padre a los apóstoles (vea 1ª Co 2.6–13; He 2.4). El Espíritu de verdad es Aquel que comunica la verdad. «La verdad» se refiere a un conjunto real de información fáctica que es propositiva; por ejemplo, Jesús dijo: «Conoceréis la verdad» (8.32; vea 16.13). Después de la divulgación de la identidad del Ayudante, Jesús contrastó el mundo con los discípulos. Jesús dijo que **el mundo** (vea comentarios sobre 1.10), el dominio sobre el cual Satanás reina, **no puede recibir** el Espíritu de verdad, **porque no le ve, ni le conoce**. Prevalecen al menos dos interpretaciones acerca de lo que Jesús quiso decir cuando dijo que el mundo «no puede recibir» el Espíritu.

1. Común entre los eruditos es la opinión de que el mundo no puede recibir el Espíritu ni conocerle porque la naturaleza del mundo es fundamentalmente diferente a la del Espíritu. Tal punto de vista, sin embargo, no es consecuente con los casos en que aquellos que estaban en el mundo fueron obviamente influenciados por el Espíritu Santo. Cornelio, por ejemplo, oyó palabras por las cuales pudo ser salvo (Hch 11.14). El fraseo indica que estaba perdido y por lo tanto en el mundo bajo el reinado de Satanás. En su condición perdida, recibió el bautismo del Espíritu Santo al igual

¹⁰ Carson, 499.

¹¹ Morris, 589.

¹² George R. Beasley-Murray, *Gospel of Life: Theology in the Fourth Gospel (El evangelio de vida: teología en el cuarto evangelio)* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991), 73.

¹³ Bauer, 32.

¹⁴ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 312.

que los apóstoles (Hch 10.47). Posteriormente fue bautizado en agua para el perdón de los pecados (Hch 10.48; vea 2.38).

2. El otro punto de vista se centra en la definición de λαμβάνω (*lambanō*), que se traduce aquí como «recibir», aunque quiere decir principalmente «conseguir [algo] poniendo las manos encima o tomando [algo], directa o indirectamente, tomar».¹⁵ Mientras que los enemigos de Jesús podían apoderarse de Él y llevárselo, por así decirlo, no podían hacer lo mismo con Aquel que Jesús enviaría. El Espíritu no podía ser capturado y tomado por los enemigos (el mundo en oposición a Jesús) que no podían «verle ni conocerle». A diferencia del mundo, los discípulos de Jesús «conocerían» el Espíritu de verdad. Jesús dijo: ... **mora con vosotros, y estará en vosotros**. B. F. Westcott llamó la atención a tres preposiciones en 14.16, 17.¹⁶ El Ayudante estaría «con» (μετά, *meta*) ellos (14.16); había de permanecer «con» (παρά, *para*) ellos; y estaría «en» (ἐν, *en*) ellos (14.17). Carson dijo: «El Espíritu Santo, así como Jesús habló con sus discípulos, estaba viviendo con ellos en la medida en que Jesús estaba presente con ellos, porque a él el Padre había dado el Espíritu sin límite (3.34)».¹⁷ Después de que Jesús había sido glorificado, los apóstoles, en el primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús del sepulcro, recibirían el bautismo del Espíritu Santo y en ese momento tendrían el Espíritu «en» (*en*) ellos.

Versículos 18, 19. Jesús les había dicho varias veces a Sus discípulos que pronto partiría (13.33, 36; 14.2, 12), y ahora prometió que no los [dejaría] huérfanos. La palabra «huérfanos» (de ὀρφανός, *orphanos*) se refiere a niños privados de padres que serían sus sustentadores naturales. Ocurre en otras partes del Nuevo Testamento sólo dos veces en este sentido literal, junto con las viudas. (El término se encuentra en Santiago 1.27 y en Marcos 12.40, en algunos manuscritos.) Aquí el sentido es más figurativo, transmitiendo la idea de «estar

¹⁵ Bauer, 583.

¹⁶ Westcott dijo que estas tres «preposiciones se utilizan para describir la relación del Espíritu Santo con los creyentes», insinuando que todos los creyentes en Cristo están siendo descritos. (Westcott, 205.) Si bien es cierto que hay una relación del Espíritu Santo con los cristianos hoy (vea Ro 8), hay que recordar que el contexto del «Discurso de Despedida» concierne a Jesús y a Sus apóstoles; la enseñanza de Jesús acerca del Espíritu Santo en ese momento se limitó a ellos. Aun así, podemos encontrar enseñanza que sea aplicable a todo cristiano hoy en día (vea, por ejemplo, 13.34, 35).

¹⁷ Carson, 510.

sin la ayuda y la comodidad de quien sirve como asociado y amigo».¹⁸ Jesús sabía cómo se sentirían los discípulos una vez que hubiere partido, pero les aseguró que no debían sentirse abandonados. Prometió volver con ellos.

Si bien Jesús dijo que vendría a ellos, queda una pregunta: ¿A qué venida se refirió? Anteriormente, la venida de Jesús se interpretó como Su regreso después de Su resurrección, Su venida por medio del Espíritu y Su venida al final de los tiempos (vea comentarios sobre 14.2–4). Los eruditos están divididos en cuanto al significado de la declaración de Jesús **vendré a vosotros**. Algunos llegan a decir que la variación en las expresiones concernientes a la venida prometida de Jesús a Sus discípulos es una «distinción en desaparición».¹⁹ Se podría concluir de esto que la idea más importante en la promesa de Jesús de regresar no es la venida exacta a la que se refiere directamente, sino simplemente la garantía prometida «vendré a vosotros».

Hay razones para pensar que Jesús estaba hablando de una venida específica. Su regreso del sepulcro les aseguraría a los apóstoles que no estaba muerto sino vivo, sin embargo, es difícil entender cómo la presencia de Jesús durante cuarenta días entre Su resurrección y Su ascensión les daría la confianza de que no estaban siendo dejados como «huérfanos». Bruce estableció bien el punto cuando dijo que las «apariciones de resurrección de Jesús [...] fueron breves y temporales».²⁰

Si bien Jesús estaba refiriéndose a Su segunda venida en 14.3, el significado no es tan claro aquí. El lenguaje empleado por Jesús era el de inmediatez: **Todavía un poco, y el mundo no me verá más**. Jesús dijo que en poco tiempo el mundo «no» le vería «más»; sin embargo, en la segunda venida «todo ojo le verá, y los que le traspasaron» (Ap 1.7).

Un punto de vista más plausible es tomar la promesa de Jesús de «venir» a Sus discípulos como una referencia a Su venida «en su agente, el Espíritu Santo, que les enviaría en forma bautismal»; «esta promesa se cumplió en el primer Pentecostés después de su resurrección».²¹ El apoyo

¹⁸ Bauer, 725. Este es el sentido que fue utilizado por Platón para describir a los amigos de Sócrates cuando dijo, «... pensando que, al igual que los que están privados de un padre, debemos pasar el resto de nuestra vida como huérfanos» (Platón *Phaedo* 65.116a).

¹⁹ C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto evangelio)* (Cambridge: University Press, 1953), 395.

²⁰ Bruce, 303.

²¹ Woods, 313.

a lo anterior puede encontrarse en el contexto de la promesa de la venida de Jesús. Inmediatamente antes, en 14.16, 17, y justo después, en 14.25, 26, Jesús habló de la venida del Espíritu. De hecho, Jesús no permitiría que Sus discípulos estuvieran solos. Volvería después de Su glorificación (vea 7.39) en un sentido espiritual, por medio de la obra del Espíritu Santo, que estaría con ellos para siempre (14.16).

Si bien el mundo había visto a Jesús a lo largo de Su ministerio público, al día siguiente el mundo se apoderaría de Jesús, lo crucificaría y lo sepultaría fuera de su vista por última vez. El mundo ya no le vería, pero Jesús les prometió a los discípulos: **vosotros me veréis**. Ellos, junto con quinientos hermanos (1ª Co 15.6), le verían físicamente durante el corto período de tiempo que permaneció en la tierra entre Su resurrección y ascensión; sin embargo, también le verían espiritualmente, con los ojos de la fe. La muerte de Jesús fue una separación para los discípulos, tal como lo fue para el mundo. A diferencia del mundo —que permanece en tinieblas, para no volver a ver a Jesús, los discípulos le verían. El verbo *θεωρεῖτε* (*theōreite*) está en tiempo presente, pero expresa continuidad en el futuro («veréis»).

Además, como Jesús vive, los discípulos **también [vivirían]** (vea 5.21, 26; 6.57). Pese a que Jesús les sería arrebatado, continuaría viviendo para siempre. Su vida resucitada era la garantía de que ellos gozarían de vida eterna debido a la fe que tenían en Él. Jesús estaba hablándoles directamente a Sus escogidos; sin embargo, Sus palabras parecen aplicables a todos los seguidores de Jesús a lo largo del tiempo. El mundo no ve a Jesús, ni le conoce. Como resultado, los que están en el mundo no tienen vida en Él. Sin embargo, cualquier persona en el mundo que reconozca quién es realmente Jesús —el Salvador del mundo— y se haga Su discípulo puede llegar a ver a Jesús, conocerle y encontrar vida en Él.

Versículos 20, 21. Jesús dijo: **En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros**. La frase «aquel día» tiene connotaciones escatológicas; puede aludir a la segunda venida, como en Mateo 24.36. La frase «aquel día» se utiliza de manera diferente aquí y en 16.23, 26. La mayoría de los comentaristas entienden que la frase se refiere a la resurrección de Jesús. Sin embargo, es más plausible considerarlo como referencia al día en que el Espíritu Santo fue enviado a estar con los apóstoles, que ocurrió

después de que Jesús fue exaltado a la diestra de Dios (Hch 2.1–4, 33). Cuando fueren bautizados en el Espíritu Santo, entonces sabrían que Jesús estaba en el Padre, que ellos estaban en Jesús, y que Jesús estaba en ellos. Tener el Espíritu les permitiría comprender la unidad compartida por Jesús y el Padre que le habían escuchado afirmar muchas veces. «Aquel día» fue el comienzo de la era cristiana. No sólo los apóstoles llegarían a comprender la morada mutua de Jesús y del Padre y de sí mismos cuando llegara ese día, sino que todos los que respondieran a la revelación del Espíritu también serían habitados por Jesús y el Espíritu. Los apóstoles habían de alcanzar este conocimiento por medio del Espíritu, quien les enseñaría y les permitiría recordar (14.26). Los futuros discípulos comprenderían por medio de la Palabra dada por el Espíritu Santo a los apóstoles y a los profetas (Ef 2.20; 3.5; 4.11; vea 2ª P 1.20, 21). Hoy, este entendimiento comienza cuando una persona viene a Jesús en fe obediente (Ga 3.26, 27) y se transforma en la imagen de Jesús (vea 2ª Co 3.18). Esta morada divina llevó a Pablo a decir: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas *vive Cristo en mí*» (Ga 2.20; énfasis añadido).

Jesús había estado hablándoles directamente a Sus discípulos, pero lo que dijo en 14.21 es más general y es aplicable a todos los cristianos: **El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él**. Aquí dio la base sobre la cual existe la morada divina. Aquellos que pueden ser parte de la morada mutua son aquellos que aman a Jesús. Si bien el amor mencionado en 14.15 daba como resultado la obediencia, 14.21 dice que la prueba de ese amor se demuestra teniendo los mandamientos de Jesús y guardándolos. Tener los mandamientos no quiere decir simplemente poseerlos, sino tener los mandamientos de Jesús en el corazón y permitirles tener un efecto en nuestras vidas. El seguidor de Cristo no sólo debe tener una comprensión intelectual del contenido de Sus mandamientos, sino que también ha de guardarlos. Esta obediencia por amor excede el «cumplimiento de reglas», lo cual constituye una conformidad externa. La obediencia por amor incluye un corazón de aprecio por Aquel que gentilmente dio la instrucción. Jesús advirtió acerca de aquellos que lo honraban con los labios, pero tenían corazones que estaban lejos de El (Mt 15.8). La idea básica es que la morada

mutua de lo divino que es gozada por el cristiano se caracteriza por la obediencia y refleja la unidad de Jesús y de Su Padre. El cristiano ama y obedece a Jesús de la misma manera que Jesús ama y obedece al Padre. Además, el cristiano es amado por el Padre y amado por Jesús. Como resultado, Jesús se «manifestará» a Sí mismo. Jesús no explicó lo que quiso decir con manifestarse a Sí mismo, sino que dijo que se manifestaría a los que le aman. Tal vez esto incluía Sus apariciones después de la resurrección; revelaciones posteriores a otras personas, como Esteban (Hch 7.55, 56) y Saulo (Hch 9.3–6); Su revelación por medio del Espíritu Santo; y Su segunda venida. Probablemente, la idea de «manifestarse» a Sus discípulos equivalía a la idea de hacer Su morada con ellos (junto con el Padre; vea 14.23, 24).

Versículos 22–24. Una vez más, Jesús fue interrumpido por un seguidor que estaba ansioso por entender lo que acababa de decir. Esta vez el discípulo fue **Judas**, quien sin duda representaba lo que los demás debieron haber estado pensando. Poco se sabe de él, y sólo se le menciona aquí en este relato del evangelio. Juan distinguió cuidadosamente entre este Judas y Judas **Iscariote**, que ya había salido del aposento alto para llevar a cabo su ya planeada traición de Jesús (13.30). Este Judas, también llamado «Tadeo» (Mt 10.3; Mr 3.18), era hijo de Jacobo (Lc 6.16; Hch 1.13). No debe confundirse con Judas, el medio hermano de Jesús (Mt 13.55; Mr 6.3). El problema de Judas era muy parecido al de los hermanos de Jesús, que habían dicho anteriormente: «Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo» (7.4). Judas estaba perplejo y preguntó: **Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?** (14.22). Aparentemente, Judas entendió que «manifestarse» quería decir «manifestarse físicamente». Raymond E. Brown hizo notar:

Parecería entonces que Judas, tal vez no como Felipe en [14.8], está buscando otra teofanía que alarmará al mundo y no puede entender la declaración de Jesús en [14.19] de que el mundo ya no le verá.²²

Al igual que los judíos de esos días (y el resto de los discípulos de Jesús), Judas esperaba que el Mesías viniera en toda Su gloria y estableciera un reino terrenal. Si esto era lo que el Mesías tenía

la intención de hacer, ¿cómo podría manifestarse a Sus discípulos pero no al mundo? Además, si no se manifestaba abiertamente al mundo, ¿qué seguridad había de que era el verdadero Mesías? La pregunta de Judas fue formulada de tal manera que insinuaba que Jesús había hecho algún tipo de cambio en el plan original; pero como el lector del evangelio de Juan sabe, no se había hecho ningún cambio en el plan. Jesús vino e hizo exactamente lo que el Padre le había enviado a hacer.

Como en otras ocasiones, Jesús no respondió directamente a Judas. En lugar de ello, repitió la seguridad de que se manifestaría a todo discípulo que le amaba y le obedecía (14.21; vea comentarios sobre 14.15). Quien **ama** a Jesús **guardará** [Su] **palabra**, dando lugar a las siguientes bendiciones: 1) El Padre lo **amará**; 2) Jesús y el Padre **[vendrán] a él**; 3) Jesús y el Padre harán Su **morada con él** (14.23).

El versículo 23 contiene la segunda aparición en este capítulo, y todo el Nuevo Testamento, del término *μονή* (*monē*, «morada»), aunque en 14.2 la palabra es plural («moradas») y se refiere a un lugar externo a Jesús y a los discípulos (vea comentarios sobre 14.2–4). Jesús prometió: «y vendremos a él, y haremos morada con él». Mientras que en 14.3 la promesa era que los discípulos morarían con Jesús en el futuro, aquí la promesa era que Jesús y el Padre morarían con los discípulos en el presente. Si bien Pablo dijo en Efesios 3.17 que Jesús mora en el cristiano, este es el único lugar en el Nuevo Testamento que enseña que tanto el Padre como el Hijo moran en los seguidores de Cristo. En el Antiguo Testamento, Dios habitó entre Su pueblo en el tabernáculo (Ex 25.8; 29.45; Lv 26.11, 12) y posteriormente en el templo (Hch 7.46, 47). Hoy día, los cristianos, tanto individual como colectivamente (como iglesia), son como un templo; y Dios mora en ellos (1ª Co 3.16; 6.19). Esta morada en el cristiano no es algo misterioso. Más bien, se refiere a la comunión constante del Padre y del Hijo con el cristiano. La promesa de Jesús aquí es similar a la hecha a los de Laodicea: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3.20).

Jesús afirmó en positivo en 14.23: «El que me ama, mi palabra guardará...»; y expuso la misma idea en negativo en 14.24. El que no ama a Jesús no guarda Sus palabras (es decir, no le obedece). Jesús reiteró lo que había afirmado con frecuencia al tratar con Sus adversarios hostiles: **y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me**

²² Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 647.

envió (14.24; vea 5.19–30; 7.16; 8.26, 28; 12.49, 50). No podía apelar a ninguna autoridad más elevada que la del Padre. Rechazar las palabras de Jesús era rechazar la enseñanza del Padre.

EL ESPÍRITU SANTO Y LOS APÓSTOLES (14.25, 26)

²⁵**Os he dicho estas cosas estando con vosotros.**

²⁶**Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.**

Versículos 25, 26. Jesús les recordó a Sus discípulos: **Os he dicho estas cosas estando con vosotros.** La cláusula «he dicho estas cosas» (ταῦτα λελάληκα, *tauta lelalēka*) aparece aquí por primera vez y seis veces más en el Discurso de Despedida (15.11; 16.1, 4, 6, 25, 33). Si bien algunos comentaristas sostienen que la cláusula se refiere a la totalidad de la enseñanza de Jesús, probablemente debería interpretarse en referencia a las palabras de Jesús en el presente discurso. La cláusula «estando con vosotros» indica que el tiempo de la presencia terrenal de Jesús con Sus discípulos pronto terminaría. Este final no sólo contrastaba con la promesa que hizo de morar en el creyente (14.23), también fue una introducción al segundo «dicho Paráclito» en 14.26 (vea 14.16).

Al **Consolador** (vea comentarios sobre 14.16), anteriormente llamado «el Espíritu de verdad» en 14.17, se le identifica en 14.26 como **el Espíritu Santo**, la designación característica de la tercera Persona de la Trinidad. Su estrecha relación con los otros dos miembros de la Trinidad es evidente en el hecho de que el Padre le enviaría en nombre de Su Hijo. Juan no hizo ninguna distinción significativa en las formas en que Jesús dijo que sería enviado el Consolador, sea por el **Padre** a petición del Hijo (14.16), por el Padre en **nombre** de Jesús (14.26), o por Jesús mismo (15.26; 16.7). Juan tenía la tendencia a variar sus declaraciones cuando repetía ideas. Sin embargo, se puede encontrar información adicional en la frase «en mi nombre» (vea comentarios sobre 14.13, 14). Si el Consolador había de ser enviado en nombre de Jesús, entonces sería el representante de Jesús, así como Jesús fue enviado en nombre del Padre como representante del Padre (vea 5.43).²³ Jesús vino en nombre del

²³ Beasley-Murray, *Evangelio de vida*, 74.

Padre para revelar Su carácter y propósito, y el Espíritu había de venir en nombre de Jesús para revelar la misión de Jesús.

Jesús presentó la obra del Espíritu Santo como con un doble propósito: **enseñará** a los discípulos **todas las cosas** y les **recordará** lo que Jesús les había enseñado. Las dos tareas son similares, si es que no son idénticas entre sí. A lo largo del relato del evangelio, el texto ha demostrado que los discípulos no entendieron lo que Jesús les estaba enseñando (vea 2.22; 12.16). Sin embargo, con la recepción del Espíritu, se les aseguraría tanto «la claridad de la revelación» como «la continuidad de la revelación».²⁴ En cuanto a la primera tarea, como maestro, el Espíritu les «enseñaría» a los discípulos «todas las cosas» que Jesús había dicho y hecho; como consecuencia, tendrían claridad de revelación. Todo lo que antes no tenían claro sería hecho comprensible por el Espíritu. En cuanto a la segunda tarea, el Espíritu les permitiría recordar lo que Jesús había enseñado durante Su ministerio público, dando como resultado la continuidad de la revelación. La obra del Espíritu a este respecto no era proporcionar una nueva revelación, sino permitirles a los discípulos recordar la enseñanza que Jesús mismo había dado. Sin duda, habrían olvidado o tal vez pasado por alto gran parte de lo que Jesús había dicho. Sin la ayuda del Espíritu, no habrían comprendido el significado o la importancia de Su enseñanza en muchos casos. Jesús prometió que el Espíritu les permitiría comprender de manera precisa todas las verdades reveladas por Él.

El propósito de Juan no era afirmar que esta promesa de Jesús se extendía más allá de Sus apóstoles, sino explicar cómo llegaban a entender de manera correcta todo lo que Jesús había dicho y hecho. El cumplimiento de esta promesa a estos apóstoles tuvo lugar en el primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús de los muertos (Hch 2) y continuó mientras el Espíritu los guiara. Una de las obras más importantes del Espíritu fue la de la inspiración, es decir, el poder que el Espíritu ejerció sobre los apóstoles y los profetas al escribir las Escrituras. El Espíritu los guio y les impidió cometer algún error en su escritura y se aseguró de que supieran todo lo que necesitaban saber (vea 1^a Co 2.7–13; 2^a Ti 3.16, 17; He 2.1–4;

²⁴ Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 223–24 (énfasis añadido).

2ª P 1.20, 21). Los apóstoles, a su vez, podrían impartir ciertos dones del Espíritu a los demás (1ª Co 12.28) mediante la imposición de sus manos (Hch 8.14–18). Cuando el último apóstol se había ido y la última persona sobre la que un apóstol había puesto sus manos murió, cesó toda actividad milagrosa del Espíritu. Las personas hoy tienen la Palabra inspirada de Dios, y la verdad puede aprenderse únicamente consultando la Palabra. David Lipscomb dijo acertadamente que «ninguna alma no inspirada jamás aprendió una verdad espiritual salvo por medio de las palabras de la Biblia».²⁵ Aquellos que dicen recibir revelaciones del Espíritu separados y apartes de la Palabra de Dios revelan que realmente no aceptan la Biblia como la revelación final, completa y suficiente de Dios a la humanidad. Woods hizo notar lo siguiente:

Cuando los hombres [comienzan] a imaginar que sus corazonadas, su intuición y sus sueños son guías de parte del Espíritu Santo, no dudan en renunciar a la enseñanza clara y pura del Espíritu por medio del Nuevo Testamento —la única enseñanza segura del Espíritu— en la búsqueda de sus fantasías, destruyendo así la fe.²⁶

PALABRAS DE DESPEDIDA LLENAS DE PAZ (14.27–31)

²⁷La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. ²⁸Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. ²⁹Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. ³⁰No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. ³¹Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí.

Versículo 27. Jesús volvió a los pensamientos de la primera parte del capítulo 14, ofreciéndoles a Sus discípulos palabras de seguridad. Les dijo: **La paz os dejo.** «Paz» (εἰρήνη, *eirēnē*) es la forma como se consigna el *shalom* hebreo, que sigue utilizándose como saludo judío (20.19, 21, 26) y palabras de despedida. Aquí, como en 16.33, Jesús

lo usó como discurso de despedida; pero era más que la típica despedida. La «paz» de la que habló Jesús era Su paz, y esta paz dejó con los discípulos. El verbo «dejo» es ἀφίημι (*aphiēmi*), que quiere decir «legar». La paz fue el regalo de despedida de Jesús a Sus discípulos. Lo que Jesús llamó Su «paz» era mucho más profundo y duradero que cualquier paz dada en un saludo o despedida. Esta paz de Cristo puede gobernar en el corazón de las personas (Col 3.15); es la paz incomprensible que guarda los corazones y los pensamientos de los que están en Cristo Jesús (Fil 4.7).

Después de aseverar de manera positiva lo que le estaba legando a Sus discípulos, Jesús dijo: ... **mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da.** La paz de Jesús podría diferenciarse de la del mundo de varias maneras. 1) La paz que el mundo ofrece en un saludo o despedida no es más que una expresión de buena voluntad, pero no puede garantizar que los destinatarios experimenten efectivamente lo que se les desea. La paz de Jesús es más profunda y duradera. 2) Además, la paz de la que Jesús hablaba es independiente de las circunstancias terrenales. La *pax Romana* («paz romana») obtenida por el primer emperador de Roma, Augusto, fue asegurada y mantenida mediante la espada. La paz de Jesús no era asegurada mediante la violencia; por el contrario, fue alcanzada por un Hombre inocente que fue ejecutado «por manos de inicuos» (Hch 2.23).²⁷ 3) Además, a diferencia de las concepciones mundanas de paz que suponen la ausencia de conflicto y guerra, la paz de Jesús puede existir en medio de la angustia y el peligro. Más adelante, Jesús les recordaría a los discípulos que serían aborrecidos por el mundo (15.18) y que enfrentarían la aflicción (16.33). La paz dada por Jesús es una paz que se experimenta dentro de uno mismo, una tranquilidad que puede extinguir una disposición temerosa y la agitación del corazón. Andreas J. Köstenberger capturó la esencia de este poder cuando dijo: «De la manera como Jesús estaba a punto de demostrar, su paz no es la ausencia de condiciones que intimidan, sino que es la compostura de ser fiel ante la adversidad».²⁸

La paz que Jesús les dejó a Sus discípulos era todo lo que necesitaban para aliviar sus corazones

²⁷ El filósofo judío Filón le llamó a la paz de Dios «la más grande de todas las cosas buenas [...] que ningún hombre puede otorgar» (Filón *Sobre la vida de Moisés* 1.55 [304]).

²⁸ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 444.

²⁵ David Lipscomb, *A Commentary on the Gospel by John (Comentario sobre el Evangelio según Juan)*, ed. C. E. W. Dorris (Nashville: Gospel Advocate Co., 1939), 233.

²⁶ Woods, 317.

afligidos y sus espíritus temerosos. Por lo tanto, Jesús les dijo esencialmente lo mismo que les había dicho en 14.1: **No se turbe vuestro corazón**, y agregó, **ni tenga miedo**. Estas dos exhortaciones en negativo complementan lo que Jesús había dicho en positivo acerca de dejarles Su paz a los discípulos. Bruce observó que Jesús, en Su Discurso de Despedida, «no sólo les impartió a los discípulos “mi paz”, sino también “mi amor” (15.9, 10) y “mi gozo” (15.11)». ²⁹ Bruce continuó diciendo:

Cuando recordamos que el amor, el gozo y la paz son las tres primeras gracias del fruto del Espíritu en Ga 5.22, podemos preguntarnos si estos tres no formaban una tríada en un pensamiento cristiano primitivo comparable a la fe, la esperanza y el amor. ³⁰

Versículos 28, 29. Jesús reiteró lo que había dicho en 14.3, que aunque partiera (**Voy**), volvería por Sus seguidores (**vengo a vosotros**). Los discípulos estaban profundamente afligidos y desconcertados por Su enseñanza y debieron haber estado gozosos, no desconcertados, al escuchar Su promesa de regresar. Les dio una suave reprimenda: **Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo**. Algunos sostienen que esta declaración «constituye un llamamiento tierno y medio jugueteo» y que Jesús no estaba cuestionando realmente el amor de los discípulos. ³¹ Es mejor interpretar la cláusula «Si me amarais» como insinuando que ellos no tenían el amor genuino por Jesús que debían haber tenido. El amor verdadero por parte de los discípulos habría dado lugar a gozo en lugar de dolor. El que tenía amor genuino por Jesús tenía una doble causa de gozo: Jesús iba al Padre, y el Padre era mayor que Jesús. Los discípulos deberían haberse regocijado ante la perspectiva de que Jesús iba al Padre porque Su partida y posterior regreso a Sus discípulos daría como resultado mayores bendiciones para ellos, así como para los demás. Brown capturó la siguiente idea:

... su partida quiere decir que la obra que el Padre le ha dado para hacer se ha completado. Ahora será glorificado con esa gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera. Esta es una causa de regocijo para los discípulos

²⁹ Bruce, 305.

³⁰ *Ibid.*

³¹ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegetico del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:555.

porque cuando Jesús es glorificado, también glorificará a sus discípulos concediéndoles vida eterna [17.2]. ³²

Una segunda causa de gozo por parte de los discípulos fue que el Padre que había enviado a Jesús en Su misión era mayor que Jesús. Como dijo Beasley-Murray, lo que se insinuaba era la seguridad de que «*todo está bajo control*». Señaló que Dios iba a hacer cumplir Su propósito mediante los horribles acontecimientos que pronto tendrían lugar y que los discípulos podían estar seguros de que haría lo mismo «por ellos en sus horas de prueba». ³³ Contextualmente, el significado de la declaración «el Padre mayor es que yo» es claro; sin embargo, a menudo ha sido sacado de su contexto y utilizado como un texto de prueba para apoyar la opinión arriana (llamada así por Arrio, principios del siglo IV) de que Jesús fue un ser creado y, como resultado, no compartía la naturaleza divina (vea comentarios sobre 1.1). Jesús ya había afirmado en Juan 10.30 que Él y el Padre eran uno; y aunque el énfasis ahí estaba en el cuidado protector divino, el versículo tiene el significado más amplio de que Jesús y el Padre son uno en esencia (vea comentarios sobre 10.30). «El Padre es mayor que yo» podría entenderse de dos maneras. 1) El énfasis del versículo no estaba en la naturaleza divina de Jesús, sino en el estado encarnado del Hijo. Jesús dejó la gloria que compartió con el Padre antes de que el mundo fuera (17.5) y tomó un estado carnal (1.14; vea Fil 2.5–11). Es evidente que el Padre es mayor que el Hijo en este estado. Ahora pronto había de regresar al Padre; y si los discípulos realmente le amaban, en lugar de pensar en sí mismos, se regocijarían de que iba «a casa». 2) Varias declaraciones hechas en Juan concernientes a la Trinidad testifican de la subordinación del Hijo al Padre en Persona, pero no en esencia. Jesús no vino a hacer Su propia voluntad, sino la voluntad del Padre (6.38); habló las palabras del Padre e hizo Sus obras (5.36; 14.10); fue enviado al mundo por el Padre (5.23).

Como en 13.19, en relación con la traición de Judas, Jesús dijo en 14.29: **Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis**. La declaración destaca el conocimiento previo de Jesús, un tema que se repite en 16.4; 18.4 y 19.28. Si bien los discípulos no entendían completamente lo que Jesús les estaba diciendo, más adelante

³² Brown, 655.

³³ Beasley-Murray, *Juan*, 262.

recordarían que Él les había dicho lo que estaba a punto de suceder antes de que esos acontecimientos tuvieran lugar. La realización de Su conocimiento previo aumentaría la fe de ellos en Jesús.

Versículos 30, 31. La declaración de Jesús **No hablaré ya mucho con vosotros** no marca el final de Sus comentarios de despedida a los discípulos, sino que apunta a Su inminente arresto y última crucifixión. Jesús pronto cesaría Su enseñanza porque **[venía] el príncipe de este mundo** (vea comentarios sobre 12.31–33). Si bien Judas y los soldados se acercaban, Jesús no los mencionó. Eran meras herramientas en las manos de Satanás. Jesús hizo hincapié en que era Satanás mismo, el gobernante del mundo, el que venía. La frase **él nada tiene en mí** es enfática en griego con el doble negativo (οὐκ . . . οὐδέν, *ouk . . . ouden*) y podría traducirse como «él no tiene nada contra mí en absoluto». La frase es «una representación idiomática de una expresión hebrea que se encuentra con frecuencia en contextos legales con el sentido de “no tiene ningún reclamo contra mí”». ³⁴ El diablo no tenía ningún reclamo contra Jesús; no tenía motivos para justificar el arresto y la crucifixión de Jesús. Jesús no era de este mundo (8.23; vea 17.11; 18.36), ni se le había culpado de pecado (8.46; vea He 4.15). Si Jesús hubiera sido culpable de pecado, el diablo habría tenido un reclamo contra Él. Por lo tanto, Su muerte habría sido merecida y el diablo habría salido victorioso. Por supuesto, Jesús era inocente y fue a Su muerte de manera voluntaria. De esta manera, derrotó a Satanás. Con esto, Jesús dijo que **el mundo [conoce]** que Él ama **al Padre** y que hace exactamente lo que el Padre le **mandó**. ³⁵ No dio ninguna causa para que Satanás hiciera lo que quisiera con Él, porque nunca pecó. Se enfrentó al diablo y al dominio sobre el cual reinó, y de buen grado dio Su vida por la redención del mundo.

Jesús cerró esta parte del discurso con las palabras **Levantaos, vamos de aquí**. Aunque la declaración es simple, su significado ha sido objeto de un debate muy crítico que ha llevado a varias soluciones propuestas.

1. Algunos eruditos han llegado a la conclu-

³⁴ Köstenberger, 445.

³⁵ Si bien se dice que el Padre ama al Hijo en 3.35 (ἀγαπάω, *agapaō*) y en 5.20 (φιλέω, *phileō*), este es el único lugar en el Evangelio de Juan donde se dice que el Hijo ama (*agapaō*) al Padre.

sión de que el material después de 14.31 ha sido desplazado y en realidad pertenece más adelante en el Discurso de Despedida. ³⁶ Sin embargo, no hay apoyo textual para esa idea.

2. Otra propuesta es que se pretendía un significado espiritual y Jesús no estaba llamando a los discípulos a moverse de una manera física. C. H. Dodd ofreció la siguiente traducción: «“El gobernante de este mundo está por venir. No tiene ningún reclamo contra mí; sin embargo, para mostrarle al mundo que amo al Padre, y hacer exactamente lo que Él manda, ¡levantémonos, marchemos para encontrarnos con él!”». ³⁷ Aunque ingeniosa, la sugerencia no es convincente.

3. Otros han dicho que Jesús en realidad no salió del aposento alto hasta después de los comentarios en Juan 17. ³⁸ Si este fuera el caso, entonces Jesús les pidió a los discípulos que partieran, sin embargo, entonces, «mientras permanecían en silencio en su presencia, dio la lección de Juan 15 y 16, y se dedicó a la oración de Juan 17...». ³⁹ Siguiendo estas palabras, Él y los discípulos salieron del aposento alto, salieron de la ciudad y cruzaron el torrente de Cedrón, según 18.1. Si bien este punto de vista les permitiría a Jesús y a los discípulos evitar las calles ruidosas de una ciudad abarrotada durante Su enseñanza, es difícil creer que Jesús y los discípulos se quedaran para una larga conversación. Homer A. Kent, Jr., observó que «es desconcertante por qué Juan escribiendo más de sesenta años después del evento pensaría que era importante incluir esta declaración si hubiera resultado tener muy poco sentido». ⁴⁰

4. El significado más obvio es que, en este momento en el discurso, Jesús y los discípulos salieron del aposento alto y la instrucción restante se dio mientras caminaban hacia Getsemaní. La salida a través del torrente de Cedrón fue probablemente una salida de la ciudad misma (18.1).

³⁶ Bernard, 2:556.

³⁷ Dodd, 409.

³⁸ Esta idea se basa en la dificultad de conseguir que un grupo se vaya después de ser despachado. Aquellos que han acogido grupos en sus hogares pueden identificarse con tal dificultad.

³⁹ Woods, 320.

⁴⁰ Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan)* (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 177.

La vid y los pámpanos

(15:1-11)

En el capítulo 14, Jesús pasó tiempo con los discípulos, asegurándoles que no había necesidad de que se preocuparan por Su inminente partida. Concluyó Sus comentarios diciendo: «Levantaos, vamos de aquí» en 14.31. La comida de pascua había llegado a su fin. Entonces Jesús y los discípulos comenzaron a abrirse camino por las calles de la ciudad hacia el torrente de Cedrón y el monte de los Olivos. Durante este viaje, Jesús presentó el discurso que comienza en el capítulo 15. El capítulo abre con la llamada «alegoría de la vid»¹, en la que Jesús se describió a Sí mismo como «la vid verdadera». Los discípulos, como los pámpanos, habían de permanecer en Él y llevar mucho fruto. Aunque hay varias referencias paralelas a viñedos, sólo unos pocos se centran en la vid misma.

No es evidente de manera inmediata qué motivó a Jesús a usar la figura de la vid para enseñar estas verdades.² Varios comentaristas ven en las

imágenes de la vid una referencia a la institución de la Cena del Señor, que había sido establecida en el momento de la comida de pascua; sin embargo, este punto de vista es poco probable. El énfasis en la alegoría está en la vid y no en el fruto de la vid. Nada en el texto alude al consumo del fruto de la vid, y no hay mención del pan (vea Mt 26.26-29; Mr 14.22-25; Lc 22.14-20). Lo más significativo es el tema de todo el discurso, como señaló C. K. Barrett, a saber: «La verdad es que Juan está hablando de la unión de los creyentes con Cristo, aparte de quien no pueden hacer nada».³

Algunos han sugerido que Jesús y los discípulos, después de haber salido del aposento alto, pasaron por un entorno de viñedos cuando cruzaron el torrente de Cedrón (18.1). Habrían visto viñedos en las laderas, y habría habido quemas para limpiar las vides a lo largo del torrente de Cedrón.

Otros han imaginado a Jesús y a los discípulos deteniéndose en el templo, donde la impresionante vid dorada que adornaba la entrada del santuario⁴ podría haber sido el estímulo para las palabras de Jesús: «Yo soy la vid verdadera» (15.1). Sea lo que motivara Su uso de las imágenes de la vid,

paredes de la casa y pendía sobre la ventana; o por “el fruto de la vid” [Mt 26.29]» (B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950], 216). Las demás conclusiones se basan en la opinión de que Jesús y los discípulos salieron del aposento alto al final del capítulo 14 y comenzaron su viaje desde la ciudad hacia el torrente de Cedrón y el monte de los Olivos (vea comentarios sobre 14.30, 31).

³C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John* (El Evangelio según San Juan), 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 470.

⁴Esta vid dorada es descrita tanto en fuentes judías como romanas. Vea Josefo *Antigüedades* 15.11.3 [394-95]; Mishná *Middoth* 3.8; Tácito *Historias* 5.5.

¹De acuerdo con H. van den Bussche, Raymond E. Brown declaró que no es una «alegoría cuidadosa en la que todos los detalles tienen significado» ni es una parábola. En lugar de ello, la designó un mashal (un dicho sabio o enigmático). (Raymond E. Brown, *The Gospel According to John* [xiii-xxi] [El Evangelio según Juan (xiii-xxi)], The Anchor Bible, vol. 29A [Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970], 668; citando H. van den Bussche, *Le discours d'adieu de Jésus* [Discurso de despedida de Jesús] [Tournai: Casterman, 1959], 102.) D. A. Carson la denominó una «metáfora extendida» (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991], 513). Al igual que el discurso sobre «el buen pastor», claramente tiene elementos alegóricos, ya que su enseñanza incluye una serie de metáforas (como la identificación de la vid, los pámpanos y la viñador) y por lo tanto se le podría llamar apropiadamente la «alegoría de la vid».

²Aquellos que creen que Jesús y los discípulos todavía estaban en el aposento alto durante el discurso que sigue al capítulo 14, como señaló B. F. Westcott, «suponen que el símbolo fue suministrado por una vid que crecía en las

Jesús enseñó que Él cumplía la intención de la vid de Dios y se convirtió en «la vid verdadera». Describió a Sus discípulos como pámpanos de «la verdadera vid», Cristo mismo. De la misma manera, los cristianos (miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia) están relacionados con Cristo (la cabeza de la iglesia) en las descripciones de Pablo en Efesios 1.22, 23; 5.23; y 1ª Corintios 12.

«YO SOY LA VID VERDADERA» (15.1–3)

¹Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. ²Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. ³Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.

Versículo 1. Este versículo tiene el último de los refranes «Yo soy»⁵ y el único con un complemento de predicado adicional describiendo al Padre: **Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador** (vea 15.5). Las imágenes de vides eran comunes en el mundo antiguo. Aquí Jesús reflejó las imágenes de la vid del Antiguo Testamento, donde la vid o la viña es a menudo un símbolo de Israel bajo el cuidado y mantenimiento de Dios.⁶ Las referencias a Israel como vid de Dios enfatizan constantemente el fracaso de Israel en producir frutos, dando como resultado el juicio de Dios. En contraste con este fracaso, Jesús se presentó a Sí mismo como «la vid verdadera», Aquel que cumplía fielmente la intención de la vid de Dios.

Salmo 80 reúne ambas imágenes de Israel y el Hijo del Hombre como la vid de Dios. El salmista habló de haber sacado una vid (Israel) de Egipto y de haberla plantado. Se lamentó de que ya no era productiva y había sido cortada y quemada con fuego. También oró para que Dios cuidara de la vid:

Mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña,
La planta que plantó tu diestra,
Y el renuevo que para ti afirmaste.
Quemada a fuego está, asolada;
Perezcan por la reprensión de tu rostro.
Sea tu mano sobre el varón de tu diestra,
Sobre el hijo de hombre que para ti afirmaste
(Sal 80.14b–17).

⁵ Vea comentarios sobre 6.35. Las afirmaciones anteriores de Jesús eran «Yo soy el pan de vida» (6.35, 48); «Yo soy la luz del mundo» (8.12); «Yo soy la puerta de las ovejas» (10.7; vea 10.9); «Yo soy el buen pastor» (10.11, 14); «Yo soy la resurrección y la vida» (11.25); y «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14.6).

⁶ Vea Sal 80.8–16; Is 5.1–7; 27.2–6; Jer 2.21; 12.10–17; Ez 15.1–8; 17.1–10; 19.10–14; Os 10.1, 2.

El «hijo del hombre» representa a Jesús, la «vid verdadera» (ἀληθινός, *alēthinos*; «real», «genuina», «auténtica»; vea 1.9). Era «el varón de [la] diestra» de Dios, en contraste con el infiel Israel. En 15.1, como en el salmo, se dice que Dios es el «labrador». La palabra griega común para «labrador», γεωργός (*geōrgos*), técnicamente quiere decir un «agricultor», a pesar de que la palabra «agricultor» no se utiliza normalmente en relación con la vid o un viñedo. *Geōrgos* denota a alguien que trabaja la tierra. Como labrador en el Antiguo Testamento, Dios desenterró la vid (Israel) de Egipto, hizo espacio para ella, la plantó y cuidó de ella (Sal 80.8, 9). Aun después de todo esto, como dijo Isaías, produjo uvas «silvestres» (Is 5.4) y, en consecuencia, cayó bajo el juicio de Dios (Is 5.5). Las identificaciones de Jesús como «la vid verdadera» y del Padre como «el labrador» llaman la atención a la estrecha relación entre el Hijo y el Padre, tema que se ha enfatizado en todo el relato del evangelio (vea, por ejemplo, 5.19–30). Jesús ya ha sido descrito como «el pan verdadero», «la luz verdadera» y «el buen pastor». Ahora es visto como «la vid verdadera».

Versículos 2, 3. La morada mutua de Jesús y Sus discípulos en 14.20 («vosotros en mí, y yo en vosotros») se expresa en este pasaje en términos de una vid y sus pámpanos. Jesús es la vid, y Sus discípulos son los pámpanos que extraen su vida de la vid.⁷ La figura de la vid y los pámpanos retrata una relación mucho más cercana que la de un pastor y las ovejas (cap. 10). Mientras el pastor cuida de las ovejas, la vid imparte fuerza que produce vida a sus pámpanos. Aparte de la vid, no hay vida para los pámpanos.

Al Padre, como el labrador, se le describe en términos de cuidar de la vid para hacerla lo más productiva posible. La tarea es doble: 1) **quitará** (αἶρει, *airei*) los pámpanos infructuosos, y 2) **limpiaré** (καθαίρει, *kathairei*) los fructíferos. Además, la palabra *kathairei* está relacionada con «limpios» en 15.3 (καθαροί, *katharoi*). Esto recuerda el comentario de Jesús en 13.10, «... vosotros limpios

⁷ Los grupos religiosos a veces intentan justificar su existencia argumentando que los pámpanos representan varias sectas, lo cual es evidentemente falso de dos maneras: 1) Jesús les dijo claramente a Sus discípulos en 15.5, «vosotros [sois] los pámpanos». Cada discípulo individual de Jesús es un pámpano. 2) Un pámpano produce frutos coherentes con la naturaleza de la vid a la que está unido. Las denominaciones enseñan varias doctrinas, muchas de las cuales son contradictorias. Este no sería el caso si todos estuvieran unidas a la misma vid dadora de vida.

[*katharoi*] estáis, aunque no todos». Judas no estaba limpio porque era el traidor.

Jesús dijo que el Padre quitaría **Todo pámpano que en mí no lleva fruto**. Los pámpanos que no dan fruto no son pámpanos vivos, productivos, sino pámpanos muertos. Así como el labrador corta pámpanos infructuosos de la vid, el Padre corta pámpanos infructuosos del Hijo. Algunos niegan el punto de vista de que un verdadero creyente pueda caer. Aunque podría debatirse que pámpanos infructuosos nunca fueron pámpanos verdaderos (creyentes fieles), Jesús dejó claro que incluso los pámpanos infructuosos estaban en Él («en mí»). La idea central del análisis de Jesús fue que los pámpanos infructuosos, como los pámpanos fructíferos, estaban unidos a la vid y derivaban su vida de la vid, pero no eran fructíferos.

A continuación, Jesús dijo que el Padre limpiaría **todo aquel que lleva fruto [...] para que lleve más fruto**. El fin último de un viñedo es dar fruto; por esta razón, el labrador «limpia» («poda»; NASB) los pámpanos para que «lleven más fruto». La palabra «limpiará» indicaba que Jesús estaba pasando a una aplicación espiritual. Mientras que los pámpanos infructuosos (muertos) fueron completamente cortados, los pámpanos vivos no fueron cortados de la vid; de lo contrario, no podrían dar fruto en absoluto. Por el contrario, todo lo que impidiera la producción de frutos fue quitado de los pámpanos vivos.

El proceso figurativo de limpieza incluye sin duda la disciplina espiritual que el Señor da a Sus propios hijos, de la misma manera que un padre disciplina a sus hijos. Aunque el proceso sea doloroso, Dios nos disciplina «para lo que nos es provechoso» (He 12.10). El Padre desea que Sus hijos tengan la vida más fructífera posible; desea que Sus discípulos lleven fruto y «lleven más fruto». Llevar fruto es una metáfora familiar de la actividad de los creyentes fieles (Ro 7.4; Col 1.6, 10). Judas es un claro ejemplo de un pámpano poco fructífero que fue «quitado»; Pedro es representativo del proceso de limpieza. El objetivo de la disciplina que recibió de parte de Jesús era permitirle llegar a ser lo más fructífero posible, y ciertamente lo hizo.

Jesús les dijo a Sus discípulos que ya estaban **limpios**. Esta palabra griega para «limpios», *katharoi*, es la misma utilizada en el episodio de lavado de pies de 13.10. El énfasis ahí estaba en la limpieza corporal, con implicaciones espirituales. Aquí Jesús continuó la alusión espiritual con la idea

de la poda (limpieza) de los pámpanos (15.2) por parte del gran labrador, el Padre. Jesús deseaba que Sus discípulos supieran que no estaba siendo crítico con ellos; por el contrario, les aseguró que estaban «ya [...] limpios».

Los discípulos que guardaran la **palabra** de Jesús, y en los que Sus «palabras» encontraran una morada perdurable, estaban «limpios» en ese relato. La «palabra» (λόγος, *logos*) de Jesús es la totalidad de Su mensaje (vea 14.23); Sus «palabras» (ρήματα, *rhēmata*) en 15.7 son las secciones habladas de la enseñanza de Jesús. A pesar de que estaban limpios, los discípulos necesitaban una limpieza (o poda) continua para mantenerlos limpios (o productivos). Esta limpieza continua se llevaría a cabo por medio de la «palabra» (*logos*) que Jesús les había hablado, que incluía todo lo que Jesús era, todo lo que dijo y todo lo que hizo. Es por medio del poder purificador de la «palabra» que el Padre realiza Su proceso de limpieza. Lejos de reprender a estos discípulos, Jesús los alentó llamando su atención a cómo podrían mantenerse limpios, es decir, progresar espiritualmente.

«PERMANECED EN MÍ» (15.4–11)

⁴Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. ⁵Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. ⁶El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. ⁷Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. ⁸En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. ⁹Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. ¹⁰Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. ¹¹Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

Versículos 4–6. Después de Su aliento a permanecer limpios, Jesús dijo: **Permaneced en mí, y yo en vosotros** (15.4). Aunque la forma de la frase es algo vaga, probablemente debería interpretarse como una declaración condicional. La idea de la de-

claración puede entenderse como «Si permanecen en Mí, yo permaneceré en vosotros». El énfasis de Jesús era que la limpieza continua y el llevar fruto dependían de la permanencia en Él. Sin la vid, **el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo**. La vida de un pámpano depende de su vínculo con la vid; de lo contrario, no tiene vida en sí mismo y es totalmente inútil. La única forma en que un pámpano puede ser productivo es estar conectado a la vid. Como es con un pámpano literal y una vid, así es con los discípulos de Jesús: **así tampoco vosotros [llevan fruto] si no permanecéis en mí**.

A diferencia de los pámpanos de una vid literal, los «pámpanos» figurativos propiamente son responsables de permanecer en la vid. La enseñanza de Jesús es clara: «Permanecer» requiere que se continúe viviendo en unión con Él y extrayendo vida de Él. Sólo así un discípulo puede llevar una vida de productividad espiritual. La palabra «permanecer» (μένω, *menō*) se ha utilizado previamente en Juan tanto en un contexto no espiritual (1.38, 39) como en uno espiritual (6.56; 8.31); sin embargo, su significado espiritual alcanza un pináculo en este capítulo, con diez apariciones solo en 15.4–10. La exhortación de Jesús a Sus discípulos fue que ellos tenían que permanecer en Él y en Su amor; y para hacer esto, tienen que obedecer Sus mandamientos (vea 15.9, 10).

En 15.5, Jesús repitió Su última declaración «Yo soy» de 15.1, aunque con un énfasis diferente. Si bien el énfasis anterior estaba en Su relación con el Padre, el labrador, el énfasis aquí está en Su relación con los discípulos, los pámpanos. Dijo: **Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto** (15.5). Siguiendo la declaración «Yo soy», el versículo esencialmente repite la idea de 15.4. Permanecer en Jesús es volverse fructíferos, sin embargo, **separados de mí nada podéis hacer**. Merrill C. Tenney llamó la atención a una triple medida de productividad cuando dijo que «el orden divino» es «fruto, más fruto, mucho fruto».⁸ La naturaleza del fruto no se especifica en el texto, pero abarca todas las diversas evidencias de crecimiento espiritual y de desarrollo en la vida de los creyentes. Pablo capturó la esencia de este fruto: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales

cosas no hay ley» (Ga 5.22, 23). A lo anterior debe añadirse llegarle al mundo con el mensaje del evangelio (vea 15.16, 27). Edwyn Clement Hoskyns comentó: «Aquellos que han creído en Jesús mediante la predicación apostólica son el fruto de la vid y sus pámpanos».⁹ Llegar a ser fructíferos se puede lograr orando (15.7), obedeciendo a Jesús (15.10), experimentando Su gozo (15.11) y amándose unos a otros (15.12).

Después de Su declaración en positivo que dice que quien permanece en Él, llevará mucho fruto, Jesús dio una dura advertencia: A menos que uno permanezca en la vid, será echado al fuego y quemado. Jesús dijo que quien no permanece en Él **será echado fuera como pámpano, y se secará [...] y los echan en el fuego, y arden** (15.6). Esta amonestación subraya la necesidad de depender continuamente de la vid para ser fructíferos. Los pámpanos que no permanezcan en Él se volverán infructuosos; serán arrojados, recogidos y arrojados al fuego. Un pámpano separado de la vid no tiene vida. Un pámpano que no produce fruto es bueno para nada más que como combustible para fuego. Jesús pretendía que Sus discípulos entendieran que el juicio está reservado para aquellos que no dan fruto, más fruto y mucho fruto.¹⁰

Versículos 7, 8. Jesús dijo a continuación: **Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros**. No hay ninguna diferencia fundamental entre Jesús permaneciendo en Sus discípulos y Sus «palabras» permaneciendo en ellos. Las «palabras» de Jesús (ῥήματα, *rhēmata*) fueron las secciones habladas de Su enseñanza (vea comentarios sobre 15.2, 3). Raymond E. Brown escribió: «Jesús y su revelación son virtualmente intercambiables, porque él es la revelación encarnada (el Verbo)».¹¹ Si uno permanece en Jesús, Sus palabras permanecerán en él; de la misma manera, la obediencia a la enseñanza de Jesús está directamente relacionada con estar en continua unión con Jesús, «la verdadera vid». Es esta unión del creyente con la vid lo que da como resultado el llevar fruto.

Al creyente que conforma su vida a las enseñanzas de Jesús se le promete que sus oraciones serán contestadas. Jesús declaró: **pedid todo lo que**

⁹ Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 476.

¹⁰ Así como los pámpanos que son improductivos no sirven para nada, Israel es retratado como una vid improductiva, apta sólo para el fuego (es decir, el juicio de Dios) en Ezequiel 15.

¹¹ Brown, 662.

⁸ Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 228.

queréis, y os será hecho. En 14.13, 14, la promesa de las oraciones contestadas fue a aquellos que pedían en el nombre de Jesús, es decir, de acuerdo con todo lo que Jesús era, dijo e hizo (vea comentarios sobre 14.13, 14). Aquí Jesús hizo la misma promesa a los que «permanecen» en Él. Aquellos que están en unión con Jesús entienden que deben desear y pedir sólo lo que aprobaría Jesús. Jesús confiaba en que los creyentes fieles jamás pedirían de manera inapropiada.

Jesús dijo: **En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.** El Padre fue glorificado en la obra redentora del Hijo (13.31, 32), y ahora el Padre sería glorificado por la abundancia de fruto que llevaban los discípulos de Jesús. Como Sus discípulos, no podemos llevar fruto por nosotros mismos (15.4). Es sólo por medio de estar unidos a la vid que podemos llevar frutos. Ser fructíferos es evidencia de la vid dadora de vida (la obra redentora del Hijo) de la cual el Padre es el labrador. El fruto que llevan los discípulos da lugar a la glorificación del Padre por medio del Hijo. El Padre no sólo es glorificado por medio de discípulos que lleven fruto, sino que llevar fruto también demuestra que se es un discípulo fiel.

Versículos 9, 10. La relación íntima del Padre y del Hijo se menciona con frecuencia en el Discurso de Despedida. La unidad del Padre y del Hijo, como se describe aquí, servía como modelo para la relación que prevalecía entre Jesús y Sus discípulos. Jesús dijo: **Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado.** El Padre extendió Su amor por el Hijo «antes de la fundación del mundo» (17.24). El Padre amó al Hijo porque Éste estuvo dispuesto a dar Su vida (10.17). Fue a causa del amor del Padre que al Hijo se le confió con Su misión (3.35; 5.20). Así como el Padre amó al Hijo, Jesús amó a Sus discípulos.

Luego, Jesús instruyó a los discípulos, diciendo: **permaneced en mi amor.** Entonces aclaró lo que quiso decir: **Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.** Jesús equiparó Su amor con guardar Sus mandamientos (vea 14.15, 21, 23; 15.14). Permanecer en Su amor no es una cuestión de experiencias místicas o prácticas ascéticas, sino de una simple obediencia. Aquí nuevamente (vea 15.4), el énfasis está en la responsabilidad individual. Si bien Jesús ama a Sus discípulos como el Padre le amó a Él, el beneficiario de ese amor tiene que responderle a Él (vea Ef 2.8, 9). Esta respuesta no debe estar motivada por el temor ni

por el mero deber de «cumplir las reglas»; el motivo más elevado para la respuesta de obediencia es el *amor*. Para demostrar cómo deben responder los discípulos a Su amor, Jesús apeló a Su propia respuesta de obediencia al **amor** de Su Padre. Jesús nunca les pidió a Sus discípulos que hicieran nada que Él no estuviera dispuesto a hacer (vea 13.13–15). Para que Jesús permaneciera en el amor del Padre, era necesario que fuera obediente (vea He 5.8, 9). Así como Jesús guardó los mandamientos del Padre de permanecer en Su amor, Sus discípulos tienen que guardar los mandamientos de Jesús de permanecer en Su amor.

Versículo 11. Estas cosas que he hablado (ταῦτα λελάληκα, *tauta lelalēka*) es una cláusula que ocurre otras seis veces en el Discurso de Despedida (14.25; 16.1, 4, 6, 25, 33). En todas estas ocurrencias las palabras hacen referencia a instrucciones anteriores. En algunos casos, se da el propósito de la enseñanza. «Estas cosas» fueron dichas a fin de que los discípulos 1) tuvieran **gozo** (15.11), 2) se les advirtiera (16.1, 4) y 3) tuvieran paz (16.33). En 14.27, Jesús les dejó Su paz a Sus discípulos. A esto, Jesús añadió, respectivamente, «mi amor» y «mi gozo» (15.10, 11). El gozo del que habló Jesús fue el gozo pleno que tuvo en Su relación con el Padre y Su obediencia incondicional al Padre. Jesús desea que Sus discípulos experimenten el mismo gozo que Él experimentó (vea 1^a Jn 1.4). Así como el gozo de Jesús se basó en el amor de Su Padre, así es con el gozo de los discípulos. El verdadero gozo se basa en el amor del Padre. Jesús dijo que Sus seguidores demostrarían amor por el Padre siendo obedientes a Él. Hasta el Discurso de Despedida, el concepto de «gozo» (χαρά, *chara*) en Juan apareció sólo en 3.29; sin embargo, aquí y en el resto del evangelio, la palabra aparece siete veces más (15.11 [dos veces]; 16.20, 21, 22, 24; 17.13).

En consonancia con Su mensaje de vida abundante (10.10), Jesús deseaba que Sus discípulos tuvieran gozo en este mundo presente. Muchos creen que es imposible experimentar gozo en un mundo imperfecto, con todas sus pruebas y tribulaciones. Sin embargo, los primeros cristianos sirvieron como ejemplo de experimentar un gozo pleno (Hch 13.52; Ro 15.13; 2^a Co 2.3; 2^a Ti 1.4), incluso ante la persecución y el sufrimiento (Hch 5.41; 1^a Ts 1.6; He 10.34; Stg 1.2; 1^a P 1.6). La promesa de Jesús de que el **gozo** de los discípulos **[fuera] cumplido**, dada en la víspera de Su inminente muerte y partida al Padre, era consolarlos a medida que los problemas inundaran sus corazones.

(Viene de la página 2)

simplemente «gente pecadora». Dios no esperó a que llegáramos a ser justos antes de enviar a Su Hijo a morir por nosotros. Más bien, «siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8).

Se podría dar otra respuesta igual de verdadera: «Todas las personas del mundo». Dios ama a todos por igual: de toda raza y nacionalidad, rica o pobre, joven o vieja. «... todo aquel que en él cree» (3.16), «el que quiera» (Ap 22.17), y «Si alguno quiere» (Mt 16.24) puede pertenecer a Cristo. Ese hecho quiere decir que *yo* puedo ser salvo. Nos sentimos humillados por el mensaje, porque quiere decir que todos los demás tienen la misma oportunidad de ser salvos. Jesús me ama a mí, sí; pero también ama al mendigo de la calle, a los ricos en sus palacios y a las personas que viven en todos los países del mundo. Sabiendo esto, ¿qué derecho tengo a pensar en mí mismo como más digno que cualquier otra persona? ¿Cómo podría prejuzgar a cualquier persona de cualquier raza o nacionalidad? ¿Cómo podría negarme a hacer todo lo que esté a mi alcance para llevar el Evangelio a los demás?

4. *El Cristo como el único camino a la salvación.* Este amado versículo también presenta a Cristo como el único camino a la salvación. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (énfasis añadido). Incluso antes de que Dios mirara hacia abajo desde la eternidad y viera la situación desesperada de la humanidad, decidió salvar a Su pueblo. ¿Cómo lo hizo? Proporcionó un camino de salvación por medio de una sola Persona: Jesucristo. Por lo tanto, leemos que Jesús dijo: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (14.6). Pedro predicó: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hch 4.12). Sólo aquellos que creen en *Cristo* y se comprometen con Él tienen alguna esperanza de vida eterna.

5. *La deidad de Jesucristo.* Además, el versículo proclama la deidad de Cristo. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (énfasis añadido). Cristo era, y es, el Hijo de Dios. No hay manera de ser salvos a menos que estemos dispuestos a aceptar y confesar ese hecho (vea Mt 16.16; Mr 16.16; Jn 8.24; Hch 8.37; 1ª Ti 6.12, 13).

6. *La necesidad de fe.* Además, el versículo enseña la necesidad de fe. «Porque de tal manera amó

Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que *en él cree*, no se pierda» (énfasis añadido).

La necesidad de fe es presentada a menudo en el Nuevo Testamento:

Cuando el carcelero preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?». Pablo y Silas respondieron: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hch 16.30, 31). En la Gran Comisión, Jesús dijo: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Mr 16.16).

Cuando el eunuco etíope pidió ser bautizado, Felipe respondió: «Si crees de todo corazón, bien puedes» (Hch 8.37a).

Pablo escribió: «pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Ga 3.26).

En la carta a los romanos, Pablo dijo que somos «Justificados, pues, por la fe» (Ro 5.1) y que «si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Ro 10.9).

Jesús dijo en Juan 5.24, «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida».

La fe es necesaria; no hay *manera* de que alguien sea salvo sin creer en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios.

Sin embargo, lo anterior no quiere decir que «la fe sola» salva. No basta simplemente con decir: «Creo en Jesús». El que confiesa a Jesús como el Hijo de Dios no es salvo inmediatamente, independientemente de lo que haga o no haga; tiene que obedecer la Palabra de Dios. La fe que salva incluye comprometerse con Jesús. De hecho, la preposición griega casi invariablemente utilizada después del verbo «creer» no es solamente «en», sino «de lleno en». No sólo creemos «en» Jesús; creemos «en» Él, en el sentido de que aquellos que tienen fe salvadora se comprometen con Jesús y confían en Él.

Ese tipo de fe salvadora —esa confianza o compromiso— no puede concebirse sin obediencia. La obediencia es un ingrediente esencial de la fe. Sin obediencia, una persona realmente no tiene este tipo de fe.

En consecuencia, creer «en» Jesús incluye el acto

del bautismo. Jesús dijo: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo» (Mr 16.16a). A las personas que ya habían aceptado el hecho de la deidad de Cristo se les dijo «Arrepentíos, y bautícese...» (Hch 2.38). El arrepentimiento y el bautismo eran necesarios para transformar su consentimiento mental para tener una fe que salva.

Si usted desea ser salvo por la misericordia amorosa de Dios, necesita creer en Jesús comprometiéndose con Él en una obediencia confiada. Necesita arrepentirse de sus pecados, confesar su fe en Jesucristo como el Hijo de Dios, y luego ser sepultado con Él en el bautismo para el perdón de sus pecados. Todas estas cosas están incluidas en la fe que salva.

7. *La realidad de la condenación.* El versículo presenta la realidad de la condenación. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, *no se pierda*» (énfasis añadido). Condenación, muerte espiritual e infierno eterno: Este versículo de amor asombroso indica que estos conceptos son realidades.

La expresión involucra la misma situación que hizo necesario que Dios enviara a Su Hijo. ¿Por qué envió Dios a Jesús? Para que las personas no se pierdan. Eso nos dice que las personas habrían perecido sin Él. Hasta que llegó, todos los pecadores estaban condenados a perecer. A menos que las personas acepten a Jesús, se perderán.

El siguiente versículo dice: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (3.17). ¿Por qué la venida de Jesús no condenó al mundo? *Porque el mundo ya estaba condenado.* Jesús ofreció entonces, y ofrece ahora, la única esperanza para el mundo, en su estado pasado y presente de condenación. Por lo tanto, cualquiera que decida rechazar a Jesús es condenado porque ha rechazado la única salida del estado de condena en el que se encuentra (vea 3.18).

¿Por qué estamos condenados? Sólo hay una razón: Un hombre es condenado debido a su propio pecado. Leemos: «por cuanto todos pecaron» y «la

paga del pecado es muerte» (Ro 3.23; 6.23). Por lo tanto, todos somos pecadores condenados —muertos espiritualmente y condenados a la condenación eterna— a causa de nuestro propio pecado.

El destino de los que no escapan de esta condena será un «lago que arde con fuego y azufre» (Ap 21.8). En ese lugar, los condenados sufrirán una agonía eterna, «donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Mr 9.44, 46, 48). Además, toda persona que ha pecado (es decir, todo el mundo) merece estar allí.

No obstante, Dios ha proporcionado una salida, y esa es son las nuevas del evangelio. La salida es por medio de Jesús. Si creemos en Él, confiamos en Él, nos comprometemos con Él y le obedecemos, ¡podemos escapar de esa condenación!

8. *La promesa de un galardón eterno.* Por último, el versículo presenta la promesa de un galardón eterno por aceptar la salvación que se ofrece sólo en Jesús: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, *mas tenga vida eterna*» (énfasis añadido).

En ese lugar, no habrá muerte, ni dolor, ni llanto, ni enfermedad. Estaremos con los hombres y mujeres de fe de tiempos pasados y los santos que hemos conocido en este mundo. Lo mejor de todo es que los que estén en los cielos vivirán para siempre en la presencia de nuestro Padre y de Jesucristo nuestro Salvador.

Conclusión. Así como tendemos a preguntar, «¿Cuánto?», también nos inclinamos a preguntar, «¿Qué importará?». Cada día, usted tiene que decidir cómo responderá al evangelio. Tal vez usted está preguntando, «¿Qué importará?». He aquí un recordatorio: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Sea que usted responda o no a ese amor marcará la diferencia entre perderse y tener la vida eterna. Elija hoy responder a la invitación de Jesús, a saber: creer, confiar y comprometernos con Cristo.

Coy Roper

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).